

VOCES CRUZADAS

Cuentos

Compilado y corregido por

RAMONA ESTHER SÁNCHEZ

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2018

Voces cruzadas / Delia Guadalupe Barla Schiavoni ... [et al.] ; compilado por Ramona Esther Sánchez ; fotografías de Araceli Ortiz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dunken, 2018.

232 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-763-657-4

I. Cuentos. I. Barla Schiavoni, Delia Guadalupe II. Sánchez, Ramona Esther, comp. III. Ortiz, Araceli, fot. CDD A863

Contenido y corrección a cargo de los autores

Compilado y corregido por: Ramona Esther Sánchez

Coordinadora editorial: Belén De Urquiza

Ilustración de tapa: Araceli Ortiz

Convocatoria ROI: seleccion@dunken.com.ar

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.org

Hecho el depósito que prevé la ley 11723

Impreso en la Argentina

© 2018 Autores Varios

ISBN 978-987-763-657-4

PRÓLOGO

La convocatoria ROI, consigue materializarse nuevamente en este ejemplar que lleva el nombre de Voces Cruzadas. Hecho que puede ser posible gracias al compromiso que ha adquirido Editorial Dunken con el campo literario.

Esta obra tiene la particularidad de reunir las voces de ciento veinte escritores que decidieron abandonar la comodidad del anonimato para compartir sus textos y someterlos a la exigencia que caracteriza a la comunidad de lectores que acompaña dicha convocatoria. Cada uno de ellos se destaca por advertir que las temáticas, ya sean de carácter real o ficticia, son portadoras de una singular transparencia. De esta característica, que les permitió la multiplicidad de lecturas, ellos han sabido sacar provecho, al punto de licenciarlas como materia narrativa. Para lograr que esta pudiera formar parte del mundo verosímil, han puesto su talento al servicio de las tramas textuales. Han moldeado y transformado sucesos, caracterizado personajes, embelleciéndolos por medio del arte verbal hasta dejarlos totalmente cristalizados.

Sin más preámbulos los invito a disfrutar de las construcciones narrativas que forman parte de esta compilación de cuentos. A vivir el recorrido como una aventura que propicia el encuentro con el espíritu soñador y creador de cada autor.

EL RESIDENTE

por DINA AGUIRRE

Buenos Aires

La niebla cubría todo con su manto impenetrable el día de mi llegada.

Después de un interminable viaje, el chofer con cara de preocupación me indicó que aquel era mi destino.

Caminé por una lóbrega vereda de césped amarillento y húmedo, un escalofrío recorría cada vértebra de mi cuerpo.

De pronto así, de la nada apareció ante mí, el vetusto edificio lúgubre... pensé.

Un grito grotesco rompió el silencio. Haciendo acopio de un coraje que no tenía ingresé al lugar sintiéndome desolado. Inhale y exhale varias veces, el aire helado me hizo sentir un poco mejor.

Me apoyé en la pared de un color grisáceo enfermizo para así recuperar fuerza.

Luego de un rato avance por los tenebrosos pasillos.

El grito parecía multiplicarse.

Me acerqué lentamente hacia lo que parecían habitaciones, me sentí totalmente inoperante, yo que había llegado lleno de entusiasmo, con miles de proyectos, típico de un recién graduado.

Tenía la firme convicción de poner en práctica todo lo aprendido.

Ahora ya no tenía la misma seguridad.

Qué pensarían los directivos si me vieran así.

Tomé el picaporte y empujé... El olor nauseabundo penetró en mis fosas nasales.

Estaban en filas.

Algunos parecían dormir.

La delgadez de sus cuerpos me impresionó enormemente.

Me sentí realmente impotente.

Sentí miradas, miedo, dolor.

Y nuevamente el grito intensificándose.

No percibí su llegada... Avanzó hacia mí, algo en ella me hizo sentir reconfortado.

Su mirada era profunda, sincera, pero a la vez triste, de esas que lo han visto todo.

¡Bienvenido! –dijo con voz suave de niña– ¿Es el nuevo “residente”?

Conteste afirmando con la cabeza. Me resultaba extraordinariamente conocida, intenté recordar de dónde. Ella interrumpió mis pensamientos”, espero no se arrepienta” –dijo con énfasis.

El asombro no me dejó articular palabra.

Una mujer con cara de desconfianza ingresó al cuarto, su mirada era cruel y sombría.

¡Buenos días! –exclamó, intentando ser amable– ¿Es usted el nuevo? Sígame.

Perdón –dije– tengo una curiosidad, recién estuvo acá una señorita, por su vestimenta parecía doctora o algo similar ¿me podría decir, usted, el nombre o dónde la puedo ubicar? Es que no me dio tiempo a presentarme.

La risa despreciativa de la mujer me golpeó cómo un cachetazo.

¡Ya lo visitó la doctora! Ja, ja, ja.

Entonces ¡bienvenido a La Colonia!

MAXIQUIOSCO-CARNAVAL

por NELLY CRISTINA AGUIRRE

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Mucho calor, el sol de la tarde golpeó a la ciudad con sus rayos incandescentes, el asfalto parecía que se derretía, las gotas de agua que caían de los aparatos de refrigeración se evaporaban antes de llegar al suelo, no había una brisa y en el aire se olía la pesadez húmeda del verano... pero siempre era así en carnaval. Ramón estaba dentro de su kiosco con su camiseta escotada, ahora toda pegoteada en su cuerpo, levantaba cajones de cerveza que traía desde el patio para cargarlos en el freezer.

–María –a los gritos– ¡Cerrá la puerta que se va el frío, tarado!

–Ramón: ¿no ves que estoy trayendo los cajones de cerveza? ¿So ciega vo o cree que soy Superman para traerlos todo de una ve? ¡Hoy es carnaval y todos van a pedir cerveza!

–María: ¡Yo te pedí las cajas de nieve que están abajo de otras cajas, esta noche no vamos a tener!

–Ramón: ¡Ya va María... además nadie juega a la nieve! Con esta calor sólo van a pensar en tomar!

El sol lentamente iba bajando y recién con el crepúsculo podía divisarse el adorno de las calles con sus guirnaldas de triángulos de colores, el corso se hacía justo en la calle frente al kiosco de Ramón. Él quería sacar provecho de esa ubicación preferencial “pa’salvar el verano”, como le dijo a su vecino. A tono con la calle puso guirnaldas iluminadas y mucha música de samba brasileira y como “extra” hizo dos hileras de sillas en el espacio de su vereda, atadas con una sogá para que ningún “mano rápida” se las llevara, para alquilarlas durante el transcurso de la velada.

Estaba trabajando arduamente terminando de asegurar las sillas cuando escucha a María desde la ventana de “atención rápida” del kiosco: ¡Ramón, no sacaste las cajas de nieve!

–Ramón: Uf... María, no jodas, ya las saqué.

–María: ¿Dónde las pusiste? ¡No están a mano! Hay que tenerlas al lado de la ventana... antes que los ambulantes nos saquen la clientela.

–Ramón: María, nuestra clientela tiene sed, y todos van a venir por la cerveza... heladita y de primera.

–María: ¡Los hijos de tu clientela no toman cerveza y van a pedir nieve! ¡Traé las cajas que yo ya hice el cartel de los precios!

Ramón ya no contesto y se fue para adentro.

La noche ya se instaló y comenzó a sentirse la algarabía de la llegada de toda la gente, los parlantes con música que ensordecían y un griterío del juego que hacían los chicos corriendo para mojar a todos con la nieve. Ya se anunciaba la entrada de las primeras carrozas, nombraban a las chicas que lucían en las mismas y como fondo mucha música de carnaval. Si bien el omnipotente sol había desaparecido de la vista, el efecto de sus rayos había quedado en el ambiente, se sentía el calor que salía del asfalto, como así también de las paredes de las casas. El viento pareciera que odiaba el carnaval pues se fue con sus brisas a otra parte... el aire seguía denso, pegajoso.

El kiosco de Ramón lucía como una carroza fija, lleno de luces y colores con carteles de letras color flúor ofreciendo sus productos. Su platea improvisada ya se encontraba completa. María detrás de la ventana para atender a la clientela y Ramón, entrando y saliendo para servir a los que pedían cosas desde sus sillas. Unos chicos se acercan a María y le piden NIEVE, ella gira y busca a sus costados, ahí donde le dijo Ramón que la iba a dejar, pero no había nada. Busca por abajo, en otros estantes y los chicos corriendo hacia otro “oferente” le dicen: “Gracias Ña, ya tenemos”.

María siente que va a explotar pero no puede gritarlo en plena fiesta, la impotencia la lleva hasta la heladera para descargarse con una cerveza, desesperada buscar una bien fría para apagar su furia y calmar su rabia, pero... ahí... al abrir el freezer y estirar su mano para tomar la botella helada, se encuentra agarrando ¡un tubo de nieve!

MAL PRESAGIO

por MARIA DEL CARMEN ALTAMURA
Buenos Aires

Atardecía en el campo. Las primeras luces del ocaso teñían el paisaje llano de la pampa con tonos rosados, y los sonidos de los pájaros se mezclaban con el silbido del viento entre las ramas del espinillo.

Manuela terminaba sus tareas, mientras espía el horizonte. Para ella ese era un momento mágico, el mejor del día. Enseguida llegaba la noche y aparecía el lucero, verlo era como una bendición, signo de que todo iba a estar bien.

La estancia era su lugar de trabajo, pero también su casa, su mundo, se había criado allí desde que la habían parido.

De lejos vio llegar entre polvaredas la camioneta del patroncito y se acercó al camino para saber qué lo traía a los corrales. Ya más cerca del vehículo pudo ver que no era el patrón quien llegaba, sino su hijo y sintió cómo se le ruborizaba la cara. Juan Ignacio era muy apuesto, parecido a su padre, alto, elegante, con porte de buen jinete y los ojos claros como el cielo. Sabiéndose bello, joven y rico, un dejo de vanidad y arrogancia había en su persona, y estaba dispuesto a seducir a todas las mozas del lugar.

Se saludaron y conversaron sobre los animales. El patrón mandaba un encargo, y cuando terminó de dar las órdenes, invitó a la joven a montar a caballo e ir hasta el arroyo para ver unos borregos recién nacidos.

Manuela, ingenua campechana aceptó la propuesta y así partieron los dos. Se apearon de sus caballos y después de pasar un momento con los corderos, se recostaron cerca de la orilla, el agua corría con fuerza y el atardecer creaba un ambiente mágico. La luz fue bajando de a poco y el joven le insinuó su deseo de besarla, sabía que a ella también le gustaba. A un beso le siguió otro, y con el ímpetu de la juventud a flor de piel, terminaron entreverados entre flores de manzanillas, tréboles y pastos tiernos, los cuerpos húmedos y exultantes de amor. La primera vez en el amor para la dulce Manuela.

Pero noches de insomnio siguieron a ese día. La chica comía poco, sin embargo, se sentía hinchada y molesta. Preocupada, le contó a su madre lo que había ocurrido, quien palideció de repente como si hubiera visto a la mismísima muerte.

La mujer se arrodilló sobre la tierra áspera del campo y tomándose la cabeza con ambas manos gritó un “NO” lastimero que salió de lo profundo de su pecho... y resonó en la inmensidad de la llanura.

Años atrás la había seducido el patrón y fruto de ese amor fugaz nació su hija, que fue criada en la estancia junto a los ricos herederos de la familia, pero sin conocer su linaje.

Las dos caminaron entre sollozos hasta el rancho de la matrona. Ese niño no debía nacer...

Y en las noches sucesivas, unas nubes negras opacaron el horizonte y el lucero no se vio por mucho tiempo.

LA VISIÓN DEL VITRUBIO

por *MARÍA CRISTINA ALTOBELLI*

Salta

*“Huye de esos estudios cuyo resultado
muere con el que los hace”.*

LEONARDO DA VINCI

El asfalto resplandecía bajo las luces de los autos que enfrentaban otra jornada de lluvia intensa. La fuerza de la tormenta había expuesto los pozos convirtiéndolos en manantiales. Cada vez que los autos los cruzaban, el agua salpicaba a modo de fuente y embarraba los parabrisas cercanos.

Los vehículos sostenían la marcha, al ritmo de los pocos semáforos que resistían el colosal aguacero que impedía el ingreso de la luz natural, y demoraba el amanecer.

Después de un tramo, el tráfico se desordenaba debido a un inesperado obstáculo instalado a mitad del camino. Los conductores pugnaban por ganar un espacio para rodear el estorbo que les impedía avanzar. Las bocinas protestaban en contra de la demora, pero se silenciaban repentinamente frente al inconveniente. Los velocímetros se paralizaban ante la presencia erguida de un hombre casi desnudo que, con los brazos elevados en forma de cruz, permanecía firme sobre sus piernas abiertas, complicando aún más el tráfico impaciente, propio de la temporada escolar.

Como quien agota su descanso, y de un solo salto, el hombre retomaba su actitud frenética de sacudir la cabeza y de saltar, mientras abría y cerraba sistemáticamente sus piernas y brazos, hasta que el agotamiento y la agitación lo obligaban a detenerse otra vez. Su cuerpo empapado resplandecía bajo la luz de los faros que iluminaban su aura que, cual arco iris, se hacía difícil de ignorar.

Era como si el espíritu de Da Vinci estuviera ahí, dominando la situación, obligándolos a observar un ejemplar de El Hombre de Vitrubio, el modelo de belleza heredada de los griegos, y a corroborar la proporción áurea derivada de sus cálculos geométricos.

Quienes frecuentaban esa avenida reconocían al hombre, y también a la mujer que permanecía acostada detrás de él, en posición fetal, sobre el pavimento, desafiando al tráfico.

No había quien pudiera entender la acción decidida del individuo que se presentaba en cada tormenta y que, con su cuerpo como escudo, protegía a la mujer que, cual ovillo abandonado, se instalaba en el centro de la calle.

Entre saltos y jadeos, el hombre volvía a trasladarse a unos campos lejanos, de cañas ya crecidas, que seguían ardiendo entre sus recuerdos. Era el lugar adonde volvía a ver a sus compañeros de lucha huyendo a los tiros entre los pasillos de la siembra, en medio del incendio. Corrían perseguidos por las tropas oficiales, que avanzaban disparando sin piedad, en represalia por alguno de los ataques que habían perpetrado. Las cañas altas, listas para la zafra, habían valido de guarida a los opositores al régimen, pero las llamas, encendidas por el perseguidor, o acaso por los mismos fugitivos, cercaban a quienes habían quedado entre los flancos.

Él seguía saltando en el mismo lugar, agitando los brazos con desesperación, para proteger a su mujer que, sobre el suelo, envolvía con su cuerpo al hijo recién nacido.

Los había salvado la tormenta tropical que les apagó las ropas, mientras él daba gracias al cielo, que lavaba tantas imprudencias, como la de haber permanecido en esos campos, presos del ideal.

Desde entonces, cuando los cielos anuncian una nueva tormenta, la pareja burla la guardia del Psiquiátrico, donde permanecen desde hace décadas, con las miradas perdidas y las memorias ausentes.

Ellos vuelven a escapar juntos para apagar el fuego que sigue ardiendo entre sus únicos recuerdos, con la sublime ilusión de retroceder el tiempo y recuperar al hijo que perdieron entre los campos de cañas ardientes.

NOCHE DE RITUAL Y ESPANTO

por LEONEL ALVAREZ ESCOBAR
Santa Fe

Las embestidas de la tempestad abatían la quietud del bosque en nocturno. Las oscuras vestimentas se arrastraban sobre la tierra. Las llamas se alzaban a vuelo, parecían brazos que clamaban la piedad a los cielos. En el interior del antro todo estaba impregnado por el olor hediondo a tripas, vísceras y pellejo animal putrefacto. Estaban conjurando y feneciendo la vida de un repugnante y casi negro batracio. Los repentinos nubarrones entraban en pugna con la intención de desatar la más frenética tormenta.

Los seres de la noche y el espanto. Los seres del miedo y la cultura de las regiones nada remotas al susto. Esas viejas verrugas. Esas rayas pronunciadas. Esos ojos de mirada encendida. Estaban perdidas en la venta de su alma. Estaban reunidas en su aquelarre. Iban augurando fantasías. Seguían provocando el despertar de las sombras desde el fuego de la caldera. Provocaban el hervor de su magnífico y sórdido conjuro. Profetizaban en enigmas el destino del rey de Escocia.

Los nubarrones comenzaban a teñir el paño de azul profundo. Las hojas secas se elevaban en círculos hacia el cielo. Luego se dispersaban con la brisa caliente que empezaba a enfriarse. Los conjuros se transfiguraban en alaridos. Los aleteos anunciaban la pronta lluvia. Las cúpulas de los pinos empezaban a danzar. La corriente de aire zumbaba. Las carcajadas comenzaban a viajar. Los ademanes dibujaban en el aire. El sapo se reventaba. Las burbujas se explotaban. La olla hervía...

Así los maquiavélicos personajes del embrujo culminaron el rito. Seguramente hicieron sus reverencias al desalmado que, incitado como Adán por una Eva ambiciosa, cargará por siempre con una corona bañada de sangre.

INCONTENIBLE

por ANDREA ARMOA
Buenos Aires

Silencio sepulcral. Cientos de miradas dirigidas a un joven interlocutor que todavía no ha decidido tomar la palabra. Un escritorio. Un vaso de agua cristalina. La quietud de la espera. Hojas blancas. Mentes expectantes. He aquí, el escenario más propicio para el horror.

Dispuesto a comenzar, repasa su esquema mental, sabe qué palabras dirá, cuáles no, qué mirada, qué actitud, sabe cómo se ve su rostro cuando las pronuncia. El espejo de su modesto baño se lo hizo saber cada mañana en la que él ensayaba sus palabras.

Toda aquella práctica matutina lo instruyó del más fino conocimiento acerca de sus gestos y entonaciones, pero todo aquello no bastó. Jamás habría previsto lo que ocurriría. Jamás su mente lo hubiese imaginado. Y Quizás lo peor es que, de imaginarlo, nunca hubiese podido evitarlo, nadie en la historia ha podido hacerlo.

Nuestro afán de “controlar todo” nos lleva muchas veces a un estrepitoso fracaso. La fobia al error pareciera aumentar las posibilidades de una temible catástrofe. Queremos hacer las cosas solo a nuestra manera. Pero el destino nos escucha y nos demuestra quien manda. Eso fue todo.

El joven da una última mirada al impaciente, pero silencioso público. Seguro de sí sonríe levemente. Moja sus labios. Traga saliva. Abre su boca. Y allí decidido a comenzar siente como, sin anticiparlo, se acciona el primer eslabón de esa maquinaria de relojería que es el cuerpo humano. Siente que algo está pasando, algo en su interior. Sí, en ese instante descubre lo peor: algo se ha apoderado de él. Algo que no lo dejará hasta concretar su misión, hasta alcanzar su meta, hasta lograr lo que ha venido a hacer.

Allí paralizado por el terror, inicia una intensa búsqueda en su mente. “¿Qué hago? No, ahora no”.

Milésima a milésima de segundo siente como todo su discurso mental se desmantela, todas las palabras comienzan a mezclarse. Un desesperado escalofrío lo envuelve, su mente grita “¡NO! Por favor”.

Siente su cuerpo totalmente tenso. Su boca está abierta. Y no, no puede evitarlo. Allí, una terrorífica sentencia se dicta en su interior. No hay escapa-

toria. No hay más caminos. Debe suceder. Instintivamente niega con la cabeza, como si pudiese gobernar sobre su propio cuerpo.

Quiere llorar. Quiere gritar. Pero sabe que cualquier movimiento, por más mínimo que fuere, solo apresurará aquel funesto acontecimiento.

Aquellos cientos de ojos comienzan a observarlo con un morboso detenimiento. Algunos se intercambian miradas. Y el silencio. El cruel silencio llena toda la habitación, se ríe y espera agazapado.

Siente su abdomen contraerse. Su boca se abre aún más. Cierra los ojos. Sus manos comienzan a hurgar desesperadamente sus bolsillos, deseando evitar la catástrofe.

Pero todo intento es inútil. Ya nada se puede hacer. Nada.

Y allí, lo inevitable. Lo incontenible.

Un escandaloso estruendo, con la fuerza de mil caballos decididos a alcanzar la libertad, se oye a lo largo y a lo ancho de toda la sala.

Millones, quizás billones de partículas viajan y se dispersan por doquier, generando un verdadero Big Bang de mucosidad.

Todo el salón se halla estupefacto. No podríamos definir si lo que sienten es asco, risa, vergüenza ajena, náuseas o quizás una mezcla de todo.

El joven solo atina a mirar para abajo. Lentamente comienza a secarse la nariz, pensando que todo se ha terminado, que no hay vuelta atrás, que solo debe disculparse e irse, correr, mudarse, cambiar de nombre, de profesión, entregarse a una vida de miserable vergüenza.

Pero ignora que siempre hay una luz al final del camino. Todos lo hacemos. Siempre olvidamos que un error no significa nuestra ruina, una palabra no dicha no debe condenarnos para siempre, una caída no es para sepultarnos, una mala decisión puede redimirse...

Luego de unos segundos eternos, escucha un susurro entre la multitud, una voz que le dice: "Salud".

Aquella palabra le pegó en el pecho como un shock eléctrico, volviéndolo a la vida.

Suspira. Una tímida sonrisa se dibuja en sus labios.

Pronto las palabras vuelven a su mente, el esquema mental cobra fuerza. Siente renovadas esperanzas y una nueva oportunidad.

"Gracias, ahora si podemos comenzar".

LA CASAMENTERA

por MARIANELA BALCARCE

Buenos Aires

La llamaban doña. Era anciana, de ojos café y mejillas rosadas. Vestía como la tierra. Era una mujer añosa como pocas, respetada por la gente del pueblo.

Bautizada bajo el nombre de Carmen, se autoproclamaba “casamentera”.

El amor para ella no era secreto. Lo conocía bien: podía sentir su arrullo al dormirse, el brillo dorado al despertarse, las mariposas revoloteando en su interior, el calor de la sangre alejando a la pesada muerte que se sorprendía del aura juvenil que rodeaba a la meiga.

El amor la mantenía sana, radiante, viva.

Una tarde de invierno, de esas que invitan un chocolate caliente y grata compañía, llegó a su puerta un hombre tímido de gran corazón. Le contó con pesar y poca fe su padecimiento: estaba enamorado, completamente hechizado por una mujer única, irrepetible. Una mujer que robaba sus sueños y fantasías. Una mujer con la que quería compartir su vida, pero su timidez lo delataba, no podía confesarle su amor aunque lo intentase. Por eso estaba allí, porque aguardaba una esperanza en esa mujer que llevaba sus manos decoradas por anillos y que con su mirada dulce parecía entenderlo todo.

El desesperado esperaba un conjuro, patas de cabra y de araña, ojos de gato y pétalos de flores, pero no encontró eso en la mesa de confituras de doña Carmen. La mujer le ofreció bombones, masitas y un rico café. Le preguntó sobre su niñez, sobre sus gustos y temores. El hombre tardó en abrirse ante su amabilidad, pero cedió tanto que la bruja del amor ya había entrado en sus más profundos pensamientos. Carmen era parte de él y sabía de su temor. Lo sentía como propio; era una médium de los sentimientos.

La voz de la meiga salió disparada hacia el exterior y le confesó lo que ella, en sus conocimientos del dios Eros sabía: la mujer en cuestión le correspondía, eterna enamorada en silencio. Sólo bastaba decir las palabras mágicas para que ella viviera junto a él la historia de amor tantas veces soñada, tantas veces convertida en poemas desconocidos, guardados en el cajón de la mesita de luz. Carmen le ofreció una caja de bombones, le dijo que se la regalara a la mujer. Le prometió que resultaría y él se marchó complacido.

El hombre, creyendo en el hechizo de la casamentera, tocó la puerta de su enamorada. Llamó cinco o seis veces. Ella salió, arreglada a las apuradas. Él le extendió la caja de bombones con el rostro sonrojado. Ella lo agarró y se lo llevó al corazón. Juntos compartieron una tarde, una noche. Pasaron amaneceres compartiendo la dulzura de los bombones de doña Carmen.

Él siempre creyó que la bruja lo había ayudado con un poderoso conjuro. Ella desconocía la mano de Carmen en el asunto, pero la casamentera del pueblo sabía la verdad. Bastó una tarde llena de dulces, palabras bonitas y confianza para darle a aquel hombre la valentía que necesitaba.

Los bombones sólo eran una excusa, una pequeña ayuda para que un corazón tímido se confesara. Después de todo, lo que la volvía a doña Carmen la casamentera del pueblo eran sus experiencias pasadas y un poquitito de terrones de magia.

TERROR EN PRIMERA PERSONA

por DELIA GUADALUPE BARLASCHIAVONI

Buenos Aires

Siento la boca pastosa, intento abrir los ojos, pero los párpados pesan demasiado. Los músculos entumecidos no responden a mis intentos por moverme. Parece como si hubiese dormido días, o tal vez semanas.

Trato de reconocer los ruidos a mí alrededor, pero nada me es familiar. Un pitido intermitente y agudo me hace pensar que estoy en un hospital, sin embargo, no recuerdo haber llegado hasta aquí. De hecho, no recuerdo ni mi nombre.

Por momentos cruzan imágenes por mi cabeza: unos ojos penetrantes y oscuros me miran desenchajados.

Siento dolores en el cuello como si una tenaza se hubiera cernido sobre mí, entonces recuerdo sus manos grandes y fuertes rodeando mi garganta impidiéndome respirar.

Un nuevo intento y logro por fin separar mis párpados. Al principio veo todo borroso, pero de a poco voy haciendo foco y puedo descubrir que efectivamente estoy en una sala de hospital.

Veo cables y tubos conectados a mi cuerpo, tengo el brazo derecho vendado y una pierna enyesada. Entonces una nueva imagen cruza por mi cabeza y puedo ver esos ojos, esas manos; yo trato de defenderme, pero él es muy fuerte. Estamos en el balcón, puedo sentir la brisa de la noche en mi rostro. De pronto él me suelta y mi cuerpo, como un objeto del que ya no tengo dominio, se dirige desde el abismo hacia la oscuridad.

Un estremecimiento me invade y vuelvo a la habitación donde una enfermera me higieniza. Ella me mira y sonrío, se para y se dirige hacia la puerta.

Escucho que habla con un hombre, le dice que se quede tranquilo que voy a estar bien. El hombre solloza y le agradece. Ella vuelve a entrar y me llama por mi nombre, el cual no reconozco. Dice que mi marido está afuera y que lo va a hacer pasar.

Me pregunto cómo será, estoy ansiosa por verlo e intentar recordar algo de mi vida. Entra un hombre apuesto, es corpulento y bien vestido. Nada. No recuerdo ni su cara ni su nombre. Nada me transmite la imagen de aquél sujeto que sonrío.

No puedo hablar, no sé si serán las drogas que me suministran o simplemente el desuso de mis cuerdas vocales.

Sostiene un ramo de flores en su mano derecha, esa mano grande y firme. Se acerca a mí y me mira con sus ojos oscuros y profundos. Entonces lo reconozco, pero mi garganta no emite sonido alguno por más que lo intento.

Siento el sudor invadir mi frente, las palmas frías, taquicardia. Conozco esa sensación, sólo mi mirada expresa el terror de su presencia.

Me pregunto si habrá venido a terminar lo que quedó inconcluso.

13 DE SEPTIEMBRE

por MARÍA LOURDES BASUALDO
Catamarca

En un sábado cualquiera por la mañana, mientras mis padres hacían sus maletas para uno de sus viajes, se me ocurrió la genial idea de hacer una gran fiesta en casa. Sabía que era mi oportunidad para ganar un poco de popularidad, pero debía tomármelo con calma para no estropearlo.

Entonces, empecé a planearla. Pase todo el día haciendo compras en el supermercado, pretendía dejar todo listo hasta esta noche.

Tan pronto mis padres se marcharon, comencé a llamar a mis pocos amigos, no tan populares. Nathan, Lenna, Oscar y Hannah.

—¡Chicos! Corran la voz, esta noche fiesta en mi casa, 22:00 h Pase libre, incluyendo consumición.

Mis amigos parecían estar muy entusiasmados por la idea y eso me animaba más, quería que todo fuera perfecto. Mientras recorría una vez más la casa para cerciorarme de que todo esté en orden, sonó el timbre.

Al llegar hacia la puerta, traté de observar por la mirilla de quien se trataba. No era ni más ni menos que el oficial Quinteros. Mi reloj de mano marcaba las 21:30 h, estaba molesta e impaciente. Debía deshacerme de él cuanto antes.

Me dirigí lentamente a la cocina. Con audacia levanté el rodillo de madera de la mesa. Caminé hacia el interruptor y bajé la llave. Aun estando a oscuras logré regresar a la sala. Quité el seguro de la puerta. Giré la perilla y me oculté detrás sin hacer ruido.

Mientras el policía intentaba ingresar a la casa cautelosamente, al observar la puerta entre abierta, yo no hacía más que contar sus pasos, uno, dos y al tercero lo golpeé fuertemente en la cabeza. Pero ¿Por qué tuve que hacerlo? Me preguntaba una y otra vez, mientras tiraba de sus piernas para arrastrarlo fuera de allí.

A pocos minutos del inicio de la fiesta, alguien llamó a la puerta nuevamente.

—¿Anna, estas ahí? —dijo Nathan.

—Sí, abro en un minuto.

—Lenna y Oscar están en camino. Agregó Hannah.

No pretendía abrirles, sin antes haber asegurado bien la puerta del sótano. Sabía que ocultarlo ahí no era una buena idea, pero eso me mantendría un poco tranquila, al menos hasta que la fiesta acabe.

–Anna, ¿Te sientes bien? Actúas un poco extraña.

–Estoy bien Hannah, son solo nervios por la fiesta.

–No te preocupes tanto, todo estará bien. Por cierto ¿qué paso con la luz?

–La luz, se fue por un tiempo y regresó.

–Solo espero que no suceda otra vez, sino tendremos que cometer un crimen para hacer que regrese. Insinuó Nathan.

–¿Un crimen? Yo no hice nada, no fue mi culpa.

–Ya, tranquilízate Anna, estoy bromeando.

Algo de esa conversación me dejó pensando. Sentía que Nathan sospechaba un poco de mí, por las actitudes raras que tenía.

Al cabo de unos minutos, la gente comenzó a llegar de a poco. Compañeros, vecinos, amigos de mis amigos, y así, unos que otros tantos. Sin duda, era la chica más popular de toda la clase.

Las horas pasaban, y los tragos que había bebido comenzaban a hacer efecto. No sé bien el por qué. Pero por una extraña razón, me urgía tanto ir al sótano.

Al llegar, todo estaba oscuro y parecía bastante normal, excepto la pila de ropa que estaba tirada en el suelo. Así que, la tome del suelo y la guardé en la cajuela del auto para llevarla a la lavandería.

–¿Anna, te pasa algo?

–Creo que bebí demasiado.

–¿Necesitas ayuda?

–No, estoy bien, solo saldré a tomar un poco de aire.

Pasé toda la noche, dando vueltas en el auto por toda la ciudad. Ya no me importaba ser la chica popular de la escuela, ni mucho menos el estado que tenía. Solo quería perderme en la ruta y conducir hora tras hora sin importar el tiempo que me lleve hacerlo.

El 13 de septiembre del corriente año, la policía investiga un auto abandonado en la carretera. Una adolescente fue hallada sin vida al otro lado del precipicio, corresponde al nombre de Anna Miller. Al parecer no estaba sola, llevaba como acompañante en la cajuela del auto, el cadáver de un oficial de policía.

LA BÚSQUEDA

por SUSANA BAVIO
Mendoza

Se respira desolación en un aire sin estrellas.

Los hombres que la rodean y las heridas que los pueblan, muestran sin tapujos sueños decapitados de un progreso que no llega.

Sin embargo ella, única mujer del grupo, con su cría sobre la falda y otro en su vientre, se mantiene alerta.

Necesita encontrar la salida a ese laberinto de la realidad.

Sabe que hoy su ocasional compañero guarda entre la ropa el pago semanal de la faena.

Está acostumbrada a correr detrás de lo difícil, urgida por la voz del niño que reclama comida.

Ansiosa espera la noche, su cómplice. Con la sangre galopando en sus oídos hunde con saña el cuchillo en el cuerpo del infeliz.

El tipo se lo merecía.

Había sido sometida, golpeada, humillada a cambio de migajas.

Protegida por la oscuridad se aleja.

Avanza hacia la esperanza con el niño dormido en brazos, un fajo de sucios billetes y la libertad agazapada en su espalda.

***SIN TITULO ***

por FABIAN BENASSI

Río Negro

Por el año 2000 Roberto Landers recorría las calles de la ciudad de Bahía Blanca y a quien le prestara “oreja” y un minuto de su tiempo le descargaba su historia que, como una queja, rayaba en el desencanto y la indignación:

–Yo trabajé con todos– contaba– con Mirtha Legrand, con Alterio, con Federico Luppi, pero cuando yo vaya a Buenos Aires el que me va a tener que escuchar es Sandro. Dicen que no recibe a nadie, pero a mí me va a recibir, y le voy a preguntar por qué nunca me llamó.

Cuando él estaba por empezar a filmar “Operación Rosa Rosa”, me mandó a buscar. Nos reunimos en su casa y me dijo: Roberto quiero que vos y tu gente sean los “extras” de las escenas de acción de mi nueva película. Si vos estás de acuerdo y te interesa, ahora arreglamos de palabra y unos días antes de comenzar la filmación, firmamos los papeles y arreglamos la plata. Por supuesto que le dije que sí.

Pero me quedé esperando y nunca me llamó. Un día me entero que la película ya estaba en marcha y que en mi lugar había convocado a “Los Titanes en el Ring”.

Sí, a mí me va a atender y me va a tener que responder.

Yo inventé el personaje “El verdadero hombre de goma del cine nacional”, pero cuando lo fui a mostrar ya lo estaba haciendo otro, me lo habían robado ¿A usted le parece? Sí, Sandro me va a escuchar, a mí me va a escuchar...

Su relato era siempre el mismo (incoherente en parte), y siempre se cortaba de golpe como si algo interrumpiera bruscamente su memoria y la callara, y la dejara detenida allí, como al borde de un precipicio, de un desierto de olvido, de un silencio impenetrable de más de veinticinco años que separaba a “Operación Rosa Rosa” (película estrenada en 1974) de los días de su deambular por esta otra ciudad portuaria.

Era un hombre de unos sesenta años, atlético, vigoroso. Algo de su textura física hacía pensar en un artista de circo, un equilibrista o quizá un acróbata. El pelo cano y lacio le caía sobre los hombros. Su voz era grave y potente. Su mirada vivaz, despierta, intimidante. Vestía casi como un mendigo. Y lo cierto es que Roberto Landers vivía de “ocupa” (como tantos otros en esa

época) en una casilla del ferrocarril. De todas maneras en ese aspecto era un privilegiado, había familias que solo habían podido acceder al cobijo de algún vagón abandonado.

Se lo solía ver comiendo en los puestos de comida callejeros y prometiendo pagar cuando recibiera “la platita” que le llegara de Buenos Aires.

Cuando cobraba “la platita” se lo podía encontrar sentado a la barra de un buffet de una estación de servicio, platicando con una mujer veterana que allí trabajaba.

En ese trance sus ropas andrajosas y su pelo desgredado contrastaban notablemente con los movimientos de su boca, sus gestos y sus ademanes, que mágica y simbióticamente traían hasta allí, la personalidad seductora y felina de quién fuera quizá su mayor ídolo, el reconocido cantante y actor cinematográfico Roberto Sánchez. Ídolo popular, éste, que pasó a la inmortalidad como “Sandro de América”.

En la página de internet que registra y nos informa sobre la actividad filmica del cine argentino, Roberto Landers aparece en el “reparto” de las siguientes películas: “Furia Infernal” y “La Mala Vida” de 1973, “La Gran Aventura” y “La Patagonia Rebelde” de 1974 y “Los Irrompibles” de 1975. Pero no hay fotos de su persona.

UN PAR DE ZAPATOS

por ROBERTO BOCHATAY

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Estoy parado en la vereda más húmeda y gris de Buenos Aires. Miro hacia arriba buscando un consuelo, pero sólo veo las suelas de un par de zapatos. Pareciera que son nuevos y grandes, aunque quizás es una distorsión de mi visión, ya que aparecen a la altura del cuarto o quinto piso del edificio. Hacia arriba de ellos, observo el extremo inferior de lo que seguramente será la botamanga de un pantalón oscuro, que por las características del mismo debe pertenecer a un hombre. De cualquier manera, no descarto que sean de una mujer robusta.

Pienso que el dueño de esos zapatos debe estar sentado en una ventana, en una actitud un poco rara, y sin lugar a ninguna duda, muy preocupante.

Por mi obstinada costumbre de inferir historias sin saber la verdad, retrocedo en el tiempo y digo para mí:

Está desesperado. Es el fracaso crónico de una vida, o solamente es la decisión rápida de alguien que está solo y en un momento de gran angustia.

Y en un momento de mi observación veo que la gravedad hace su obra.

Veo caer un par de zapatos que cada vez se notan más grandes. Creo que no vienen solos, aunque me puedo equivocar porque la niebla es cada vez más cerrada.

Y entonces mi confirmada cobardía me ordena que me aleje de allí rápidamente. Así lo hago sin mirar hacia arriba ni hacia atrás. Ni siquiera me detengo cuando escucho un grito desgarrador, y luego un golpe seco sobre la vereda.

Corro como loco sin mirar a nadie ni a nada. No me detengo en ningún cruce de calles.

Mañana los noticieros dirán que un automóvil atropelló y mató a un peatón en la noche lluviosa. Nadie mencionará la caída de algún suicida. Tampoco nombrarán a Juan, el pordiosero, que casi constantemente se mirará sus relucientes zapatos nuevos, encontrados a dos cuadras del luctuoso accidente vial.

EL PRÍNCIPE

por ADRIÁN CESAR BORDON
Córdoba

Los majestuosos muros del palacio, tan oscuros como fastuosos, esperan su modesto paso. El rey, intranquilo, desea hablar con él. Tal vez sea algo importante. O no. Quizás, su majestad, aprecie al príncipe solo por su fiel compañía, pero no para ningún asunto importante.

El Príncipe no está. Nadie lo ha visto por los jardines cantándole sus penas a las aves que anidan en los añosos pinos del palacio.

Tampoco en la cocina lo vieron preguntar por los suministros, de los que se encarga celosamente.

No hay impaciencia. El príncipe es solitario y taciturno. Tiene permitido esos desplantes, todos saben que en cualquier momento aparecerá con su sonrisa triste y sincera.

Nadie le teme, todos lo respetan. De su boca siempre se desgajan consejos y palabras amables.

Casi nunca sale del castillo y las pocas veces que lo hace, nadie, salvo el rey, lo sabe. Podría decirse que con el paso de los años y ya entrado en su madurez, se ha convertido en un privilegiado prisionero de su labor de honor y compromiso.

Las habitaciones del príncipe permanecen mudas, como siempre. Conservan el prolijo desorden habitual, no hay testimonio de alguna presencia por, al menos, el último día.

El rey se impacienta.

Se ha ordenado un silencio general para poder escuchar sus pasos, su canto, una señal de actividad, pero ha sido inútil. Algún noble, envidioso de la posición del heredero, que ni siquiera es el primogénito, ha aceptado de mala gana, la orden de buscarlo en las calles y burdeles; odioso de saber que en su secreta búsqueda no hallará absolutamente a nadie que le hable mal del hijo del rey.

Se sospecha la causa de su ausencia. No hace mucho su majestad cometió la infidencia de comentar a un amigo que el príncipe estaba enfermo.

Sucede que desde hace un largo tiempo, el príncipe padece de una tristeza incurable. Son muchos años en el palacio, como para que un cuerpo maltratado por los inexplicables sacrificios que ha ofrecido a las obligaciones filiales lo resista.

También se sabe que el hijo del rey sufre por un amor sin respuesta. Es una desdicha que se ha vuelto más dolorosa que la propia enfermedad.

Transcurre la tarde y un bullicio pasajero de paso a un atardecer silencioso y tenso.

Tal vez el príncipe, muy cansado, se ha marchado sin decir una palabra. Tal vez su cuerpo exhausto o inerte yace en un rincón secreto, de esos que habitúa no pocas veces, del edificio.

Posiblemente su muda desaparición lo ha dicho todo. Sin chances ni aspiraciones al trono que, por la longevidad del soberano y la imposibilidad de que su corazón tuviese por fin a su reina, ha decidido abdicar el doloroso privilegio de una eterna vida de espera.

Alguien se ocupará pronto del rey, como es un hombre fuerte, se sobrepondrá.

Accidentalmente, vendrá a la memoria vagamente el recuerdo de nuestro príncipe melancólico.

Aunque jamás se sepa que sucedió con él. Su recuerdo se esfumará como una sombra más, de esas que proyectan en su interior los fastuosos muros del palacio.

LA SOLICITUD

por SEBASTIÁN BORKOSKI
Misiones

Apenas iba por el segundo vaso de cerveza y la noche se anunciaba obvia. Viajar tantas veces acarrea estas monotonías, principalmente cuando uno se entrega a la observación solitaria de la gente.

Había elegido la mesa del centro de lo que podría describir como un bar al aire libre. En realidad, era un conglomerado de pequeños puestos que rodeaban una población bastante considerable de mesas en el centro de la plaza. Un bar cooperativo, comunitario si se quiere. Parejas, grupos de amigos y algún que otro ridículo hombre solitario. Entre los amigos había risas, alguna discusión, miradas en dirección a otras mesas de vez en cuando. Las parejas también, por momentos osaban mirar hacia otro lado durante algún valle de la conversación. Yo estaba en el centro y podía observar lo que me apeteciera. Siempre con discreción, refugiado en mi bebida y en las distracciones mundanas de la gente que jamás notaría a un hombre como yo.

Pasó algún tiempo y ordené el tercer vaso. Ya las parejas se habían ido, quedaban algunos grupos de amigos que ahora confesaban emociones o querían cambiar el mundo. Fue entonces cuando ellas comenzaron a acercarse. Como moscas pululaban alrededor de las mesas esperando encontrar algún hombre con los pantalones tensos y la muñeca suelta. Desde luego siempre había alguno, a veces solo, a veces eran varios. Cuando eran varios, la negociación solía extenderse un poco más. Esta no era una escena exclusiva de la ciudad en la que estaba. Era una obviedad más de tantas otras que había presenciado en mi vida. Jamás me había interesado. Veía en las mujeres de este tipo cierto aire de grandeza que no podía tolerar. Un andar impuesto, falso, petulante y efectivo. “Heme aquí y voy a costarte, otario del mundo moderno”, podrían ellas sintetizarlo en una frase similar si tuvieran la capacidad de componerla con agudeza. En las noches anteriores, todas habían tenido éxito después de algunos pocos intentos. Ahora, sin embargo, quizás los bolsillos estaban más secos que las gargantas. Tal vez por esa razón una de ellas llegó hasta mi mesa. Era joven, mucho más que yo. Sus ojos sin embargo mostraban una madurez propia de las mujeres de este oficio. Se atrevió a posar su mano en la mía. Dijo algunas palabras de manera automática. Su ofrecimiento parecía estar esperando una negativa de mi parte. Me sentí asqueado de formar parte

del cuadro que había contemplado las noches anteriores, anotando lo que veía en mi libreta, pintando con palabras un fresco de mágica realidad urbana, vestigio de una sociedad que se corroe en su propio hedonismo.

–Salga de esta mesa. Levántese. No voy a darle lo que busca. Pierde usted su tiempo-dije cuando ella puso su rostro frente al mío.

–No es necesario que te erices así. Podrías pasar un buen rato –respondió luego de apoyar su mano rematada con pinturas coloridas sobre la mía–, vas a divertirte.

Insistí en mi negativa, pero su mano seguía cubriendo la mía y el rechazo me paralizaba. Fue entonces cuando, en un ademán, la joven volteó su cabeza hacia un grupo de árboles de la plaza cubierto de oscuridad. Su mano se cerró sobre la mía, extendió sus dedos retráctiles más allá de mi muñeca, sus uñas coloridas se llevaron parte de mi piel mientras regresaban a presionar mis manos con la fuerza de tenazas. Aumentando un poco más la presión, dijo: Ayúdame, por favor, ayúdame. Y como un pájaro, fue a posarse en otra parte de su jaula. Entonces dirigí mis ojos a aquellos árboles, donde solamente podía ver la fosforescencia de algunos cigarrillos encendidos. No muy lejos, ella volvía a repetir las líneas básicas de todas sus compañeras. Fui a buscarla, esperando darle una respuesta que la acercara un poco más a su libertad. Un brazo me detuvo. Era el mozo del bar. Las luciérnagas naranjas que había visto en la oscuridad que rodeaba la plaza ahora eran figuras soberbias que me contemplaban con la rigidez de retratos antiguos. Uno de ellos llamó a la joven, la tomó del brazo y la guió por la noche hasta que ambos desaparecieron. El mozo me recomendó pagar la cuenta y alejarme con rapidez. No volví a verla la noche siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente... No la vi nunca más.

DON HACHE

por JORGE BRISEÑO

Tucumán

Don Hache era, por donde se lo mire, el vecino más mezquino y miserable de la cuadra, actitud que era ejercida por él sin hacer distingos de ninguna clase. Don Hache, invariablemente, podía ser así de mezquino tanto con sus vecinos como con su familia, incluidos sus propios hijos.

Para demostrar que es cierto lo que digo, contaré lo que sucedió una tarde. Como es habitual en los barrios a esa hora, don Hache salió a tomar mate a la vereda de su casa. Lo acompañaban en esa gesta cotidiana su señora esposa y sus dos hijos, el Cabezón y el Bizco. El que cebaba los mates, como no podía ser de otra manera, era don Hache, que además se aprovechaba de esa situación de líder familiar para hacerse el oso y no compartirlos como se debe; recién cuando iba por el cuarto mate, le pasaba uno amablemente a su esposa. Y los chicos que esperen otro tanto. Y medio amargos, porque a don Hache le gustaban los mates medio amargos, aunque no del todo. Cada dos o tres cebadas le ponía una cucharadita de azúcar y despacito; “para que no se caiga”, costumbre que arraigó en él, no tanto por los temores a engordar o a un posible ataque de acidez, sino porque el azúcar cuesta, como él se justificaba.

Esa misma tarde, uno de sus hijos, si no me equivoco el Cabezón, que era el más inquieto de los dos, “parece que tenés hormigas en el culo” le decía su madre, estiró de más sus piernas, movió la mesa y volcó la pava con agua. ¡Ay! Qué drama, la que se armó. Se le cayó encima de los muslos de don Hache gran parte del agua caliente que contenía la pava, “y diga que no estaba hervida, que si no...”, comentaba luego su esposa a las vecinas.

No se imaginan ustedes el escándalo que armó don Hache. ¿Qué no fue para tanto? Lo mismo pensaba yo, pero pava y restos de tortillas fueron a dar a la parte más visible del cuerpo del Cabezón que, a pleno raje, trataba de esquivar pava y tortillas y los denuestos de su padre. Y lo que es ser miserable... ese momento de descuido de don Hache fue finamente aprovechado por su esposa para hacerse con dos tortillas gruesas que habían quedado rodando por la mesita, con el sano propósito de provisión de alimentos para la noche; mientras que el Bizco primero mojaba su dedo índice en su boca, lo babeaba, y luego lo metía en la azucarera, para luego volver a meterse el dedo ya azucarado en la boca.

El batifondo en la vereda de la casa de don Hache llegó a su fin cuando decidieron él y su esposa que ya era mucha la vergüenza que estaban pasando delante de los vecinos que cogoteábamos para poder ver qué sucedía con esos gritos de don Hache.

Yo aquí en mi poder tengo como prueba de la barbarie ocurrida aquella tarde, la pava y los restos de yerba que quedaron esparcidos por el suelo. Creo que es la única manera de sacarle algo al miserable de la cuadra.

DECISIÓN HIPOCRÁTICA

por JUAN ANGELBURGIO
Santa Fe

Los reflectores iluminan intensamente el abdomen y la región pelviana del paciente, un hombre de 58 años portador de HIV y empleado bancario. El personal médico de la sala de emergencias del hospital en base al diagnóstico había indicado una apendicectomía.

Todo está dispuesto para comenzar. En estos años finales del siglo veinte, en las urgencias y a modo de presentación me llegan fichas con datos e informes del ignoto paciente de turno. Entrar al quirófano me produce una fría sensación de posesión y de poder, es mi primer contacto físico con el enfermo anestesiado e indefenso. Mirarle la cara me ayuda a mitigar y a superar esa situación. Esta vez, como siempre, con el bisturí en mano y antes de iniciar la incisión en la fosa ilíaca derecha, lo observo.

Reconozco esos rasgos que me remontan a mi temprana edad de los catorce, cuarenta años atrás. Pido la ficha a la asistente, la releo, no hay dudas, el paciente es el Pocho.

El Pocho era el petitero del barrio y unos 4 años mayor que yo. Verlo llegar en su Lambretta y bien empilchado me hacía detener mis juegos para mirarlo. A pesar de la diferencia de edad, el Pocho a veces venía a jugar a la pelota. Prolija y deportivamente vestido se diferenciaba de nosotros que andábamos mugrientos y con las mismas zapatillas con las que íbamos a la escuela pública.

Nuestra relación era cordial. Un día, durante una charla sobre un tema ya olvidado lo contradije, se enfureció y así de sopetón, sin preámbulos ni artulugios, frente a toda la barra de purretes, me vomitó aquel tajante “¡Rajá de aquí, maricón!”.

Esa fue la última vez que hablamos. Nos vimos muchas veces, pero sin intercambiar palabras ni saludos. Luego, nuestras familias se mudaron de barrio y nunca más supe de él hasta el día de hoy.

El bisturí hizo contacto con su piel, pequeñas gotas de sudor comienzan a deslizarse por mi frente. Una sucesión de recuerdos e imágenes abandonados en algún rincón de mi memoria resucitan y se presentan como un aluvión lacerante.

Aquella sentencia lapidaria me costó sudor y lágrimas. Sentir vergüenza por no encajar en los cánones de aquella sociedad argentina mayoritariamente discriminatoria y homofóbica. El camino no fue fácil. El tiempo fue cerrando cicatrices y consolidando mi homosexualidad.

Estoy por extirpar el apéndice vermiforme de unos 8 cm localizado en el borde inferior del ciego. Necesito tener el cuerpo relajado. Es imprescindible la lucidez mental y enfocar mis acciones en la cirugía. La vida de este hombre depende de todo ello.

Este hombre que me humilló. Este hombre que hirió mi autoestima al inicio de mi adolescencia. Mi torrente sanguíneo se acelera, mis músculos se tensan. Mi frente se humedece aún más. La furia dormida se vuelve presente, me domina, me altera. No deseo, no debo traicionar mi juramento hipocrático. La educación, la madurez, los años me enseñaron que la inclinación sexual de un individuo no afecta ni decide el comportamiento y la ética del mismo. Mi vida profesional es exitosa. Soy un hombre de bien. No puedo ni debo tirar por la borda todo lo construido. De inmediato debo terminar esta lucha interna entre la medida y la insensatez.

Mi labor finiquitó, los colegas y las enfermeras ultiman los detalles finales de la intervención. En el vestidor estoy solo, una paz interior invade mi ser. Estoy feliz. ¡Soy feliz!

TRANS-FIGURARSE

por MATÍAS BUSQUED
Buenos Aires

Con la última burbuja de aire vio salir los recuerdos más recientes, el resto ya no solo se habían fundido con el todo, sino que nunca podría volver a decir que alguna vez, le pertenecieron.

El cúmulo de oxígeno que ascendía velozmente hacia la superficie contenía la arena cálida de una noche de otoño, la indecencia de los pequeños granos que se cuelan por todos lados y que además golpean el cuerpo con la suavidad de la brisa húmeda y salada que solo se aprecia a la orilla del mar.

Antes, el desapego. Mucho antes de las burbujas, el desarraigo de las superficialidades. Donde el mundo se despidió de su cabello rubio y ondulado que desde temprana edad había cautivado tanto a mujeres como a hombres; de su mirada transparente y profunda; de su piel suave y pálida; de sus labios que por tantos años creyeron ser de abrazador fuego; de sus manos, de sus hermosas manos conocedoras de los placeres de este mundo.

La fragilidad de su vigoroso cuerpo se despojó de las marcas del engaño y del dolor. Ya no quedaban rastros de quien hubo sido, si es que alguna vez fue. Los engranajes de su vida se unían ahora a las mareas, ralentizando su ritmo habitual; el que su vida le permitió seguir.

Las licencias, tan condenadas por un sistema cimentado sobre máscaras y mentiras ya no eran necesarias. No allí, donde pudo descubrir que la libertad tenía un sabor salado, al menos eso le pareció.

Otras criaturas, bellas y nuevas, salían a su encuentro, susurrando, buscando por nombre de pila bautismal a alguien que no encontraron, que ya no era él, ni era ella. Que podía ser nadie, podía ser quien quisiera, porque era todos y cada uno.

LA PATAS NEGRAS

por MELISA LAURA CABELLO
San Juan

La “*Patas Negras*” había llegado al Puerto de Santa María de los Buenos Aires allá por fines del siglo XVIII, en un navío portugués que trasportaba esclavos africanos. Había nacido a bordo del buque, hija de una negra que no llegaría a conocer las tierras americanas, sino tan sólo el fondo del Atlántico, adonde fue arrojado su cadáver sin ninguna ceremonia. Así comenzó la vida de la Patas Negras, criada en sus primeros meses por la gente de su pueblo hasta que fue vendida o mejor dicho regalada junto con un lote de negros, dado el escaso valor que tenía una criatura que apenas comenzaba a vivir.

Le tocó en suerte ser destinada al hogar de un próspero comerciante de la capital del Virreinato y durante sus primeros años de vida estuvo al cuidado de Ramona, una de las esclavas domésticas. Ahí aprendió su oficio como sirvienta y la devota familia del comerciante se encargó de los rudimentos de una educación cristiana, con el correspondiente bautismo y el temor a Dios que todo lo ve, todo lo oye y todo lo juzga. Recibió un nombre castizo, pero para la familia siempre fue conocida como la Patas Negras por su manía de andar descalza, aún en las más bajas temperaturas invernales.

La vida de la negra pasó sin mayores inconvenientes, salvo el nacimiento de dos criaturas, hijos de su patrón, que no sobrevivieron más que unos meses. Mientras tanto, la vida de nuestra Nación tomaba un camino sin retorno. La libertad de vientres no afectó a la Patas Negras, ni benefició a sus hijos muertos. Pero los aires de libertad sublevaron a algunos esclavos. Algunos se unieron a los ejércitos patrios, otros simplemente se escaparon de su cautiverio. Así es como la Patas Negras, al encontrarse en la estancia que su patrón tenía por la zona de San Nicolás de los Arroyos, conoció a un esclavo fugitivo. Esta vez, la negra no sucumbió a la indiferencia que normalmente le provocaban los de su raza. Y allí en los pastizales es donde la Patas Negras tomó por fin contacto con los suyos y con su cultura, porque el fugitivo no había sido domesticado por las creencias del hombre blanco. Aprendió acerca de los espíritus que protegen a los africanos, aprendió los bailes rituales y las invocaciones mágicas.

Ya transformada, se dio cuenta que la lealtad que siempre había tenido hacia su amo y su familia había sido impuesta, tal como los óleos que cuando

era una bebé le habían señalado la frente. En las manos de aquel hombre, la Patas Negras fue nuevamente bautizada con un nombre oscuro como ella. Y dándole la extremaunción a su vida de sirvienta, lo siguió hasta perderse en las pampas.

VACÍO SOFOCANTE

por DIEGO CAMPS
Córdoba

Mientras trabajábamos nos informan de un incendio, las llamas eran altas, demasiado altas, se veían desde la calle, nos mirábamos unos a otros. Rápidamente se nos pidió que nos mantuviéramos en nuestro lugar y ofreciéramos contención a los niños de una escuela del lugar. Un informe preliminar de la situación, indicaba que una industria de químicos o alguna fabrica importante se estaba incendiando y las versiones entre la gente eran desde serias hasta disparatadas.

Veíamos las llamas, esperábamos que vinieran a evacuar a los niños. El incendio se originó a algunos kilómetros, pero las llamas se veían nítidas, se alzaban al cielo, el humo sofocaba todo y oscurecía el sol que ya estaba bien arriba. Me preguntaba si la altura a la que yo las veía guardaba relación con la magnitud del incendio. De igual manera, a quién podría preguntarle, cuando suceden estas situaciones no hay teléfonos, ni luz, ni nada, todas son suposiciones y versiones que no ayudan a mantener la calma. Así que comencé a tener más preguntas que respuestas.

El calor era sofocante, fines de primavera, se anunciaba el verano, el sol no daba tregua. Todos los años había incendios forestales en la zona, tal vez este incendio comenzó como uno más. Yo pensaba mientras colaboraba. Era probable que el calor se haya incrementado o la sensación de calor, porque unos momentos antes estábamos tomando mates y charlando, todos trabajando como un día más y ahora nos pesaban las remeras y sudábamos. ¿O realmente la temperatura había aumentado? ¿O era la adrenalina que corría por dentro?

Tenía las manos reseca, calor, tierra, la boca seca, sudor en la remera, ensordecidos, pero escuchando todo lo que sucedía; la remera mojada, el sol que quemaba la piel. Los niños comenzaban a llorar y un efecto en cadena, llantos y más llantos.

En los animales el instinto y algunas señales corporales, los alejan del peligro y si existe una memoria en el animal solo está ligada a ese instinto primitivo de preservación si se quiere. En el hombre suceden otras cosas que tienen que ver con las emociones. Cada acción, cada señal corporal, cada reacción, cada recuerdo conlleva una emoción. Todos nuestros sentidos aportan

datos para que nuestro cerebro interiorice información de un momento puntual y lo fusione con la emoción de ese mismo instante. Eso nos distingue de todos y nos distingue los unos de los otros, ya que, de esa manera, una misma situación queda grabada en nuestra memoria de forma diferente, aunque hayamos estado en el mismo lugar al mismo tiempo.

De repente, no hubo nada. Todo se quedó quieto, inmóvil. Una fracción de segundo donde se detiene todo y no hay nada, ni ruidos. El vacío lo ocupó todo. Un vacío que asfixia, que oprime. No escuchas, pero allí está la ausencia de sonido tan sonora, tan audible.

Y luego de ese vacío, una fuerza que succiona hacia donde estaban las llamas, una leve atracción, un segundo, un instante y finalmente una explosión, una detonación, que te empuja hacia atrás, te ensordece, te oprime el pecho, te atraviesa la cabeza, te deja un zumbido aterrador.

Luego del vacío comienzas a escuchar. Gritos, gritos y gritos, llenos de temor y angustia. Niños se te aferran y te arañan, se orinan y te orinan y gritan. Gritan. Y lloran. Y el calor, la piel reseca, los labios ensangrentados. Lágrimas. Miedo. Las caras de miedo sin saber qué sucede. Llantos enfermizos y fuego. Todos corren, muchos pidiendo ayuda. Tanto calor. Tantos gritos.

Y luego todo termina.

A las 7 suena una alarma. Me senté en la cama. “Qué mal sueño”, pensé de inmediato.

Se enciende una luz. Miro a mi alrededor. Una enfermera controla mis signos vitales y me pregunta como estoy.

Comienzo a recordar y a llorar. Cada recuerdo conlleva a una emoción. Eso nos distingue de todo, y de los unos a los otros.

INDEFENSIÓN

por CLARA CANTORE
Buenos Aires

Ya son interminables las horas en las que Benicio sigue en la misma posición: sentado en un endeble banquito con la espalda apoyada en la áspera rugosidad de la pared externa de su rancho y la mirada perdida en la inmensidad de la nada. Los abejorros y tábanos zumban a su alrededor, se apoyan en la piel de sus brazos curtidos por el sol y las canículas de la selva misionera, pero él no los siente. Su perro cimarrón que siempre lo sigue a todos lados apoya su hocico sobre las rodillas de su amo, mueve la cola, husmea sus alpargatas gastadas y ronronea en un inútil intento para que se mueva. Lo único que logra es que Benicio apoye la mano en su cabeza en una muy leve caricia. Luego vuelve a su postura de estaca viviente. Si no fuera por estos mínimos movimientos hacia su perro o porque de a ratos pita el último cigarro de chala que le queda o, de vez en cuando, le da un trago a la botella de caña que tiene a su lado, pareciera que está muerto.

Su memoria se retrotrae al día de anteayer en que salió hecho una exhalación hacia lo de doña María, la comadrona. La Dorotea, su Dorotea, había roto bolsa y empezaban las primeras contracciones. Iba a nacer su primer gurí. Recuerda que decidió tomar un atajo de la selva, a la que conoce como la palma de su mano. Sus pies, agrietados como tierra reseca, no sentían las zarzas ni las espinas. Con su cuchillo de monte iba apartando las ramas que se cruzaban cual tentáculos en el camino. Grande fue su alivio cuando llegó al claro y, del otro lado del sendero de tierra colorada, alcanzó a divisar a doña María sentada bajo el alero de su casa al amparo del ardiente sol de la siesta.

Un ramalazo instintivo vuelve a nublar su mente. Aun así, sabe que tendría que avisarle a don Igarzábal, el dueño de la maderera donde trabaja como hachero, por qué no está yendo a trabajar. Pero la inmovilidad lo domina y sigue así, sin ganas, en un solo transcurrir sin tiempo. El roce del silencio llega hasta el confín de sus entrañas. No entiende, no alcanza a discernir lo que le pasa. Ni siquiera tiene fuerzas para ir hasta el bar que está en el recodo del río para emborracharse y olvidarse de todo. No puede. No sabe qué pasa.

Otro trago de caña trae, como un estertor, un poco de vida a su cabeza confundida. Hace un esfuerzo por recordar algo y le sobreviene la imagen del sulky de la comadrona que, a los tumbos, ese día había tomado el camino

que rodea el bosque para llegar lo antes posible a su rancho. En el trayecto, la alegría sumada al nerviosismo, porque venía su gurí, hacía que Benicio no dejara sus manos quietas, se aferraba al asiento del sulky y, acto seguido, volvía a tocar su facón, se ponía y sacaba el sombrero, espantaba insectos que solo existían en su imaginación en ese momento, sentía que podía morder el viento a dentelladas a la par que rogaba a su Diosito que todo fuera bien.

El perro se echa a su lado al ver que su amo no se mueve y, con las orejas enhiestas, está atento ante la posible intromisión de alguna alimaña en la opacidad de esa tarde triste. En un momento, Benicio se levanta y se acerca a un túmulo de tierra fresca, al costado del rancho, coronado por una rústica cruz hecha con dos palitos. No comprende todavía que su Dorotea está allí abajo. Sin pensar en nada, vuelve a su banquito. Vuelve a la grisura de su vida. Se empina otro trago de caña y sigue así, sin ganas, en un solo transcurrir sin tiempo.

Cuando ya las sombras de un atardecer infinito se van explayando, Benicio empieza a salir de ese pozo sideral de quietud, corre la lona que sirve de puerta y en la honda oscuridad de su rancho, como si fuera un fogonazo, vuelve a recrear el cuadro terrible con que se encontraron al bajar del sulky un día y medio atrás.

Dorotea estaba tendida con la pierna derecha hinchada, de un color ceniciento y emitiendo sus últimos suspiros de vida, mientras que, a los pies del catre, los piecitos del bebé desaparecían en la boca de una enorme yarára.

EL FINAL

por LEILA CAPDEVILA
Buenos Aires

Estaba solo, pero había alguien más y no era él.

La imagen era confusa, pero lo decía todo.

Era él y no lo era. Estaba ahí, pero no había llegado, estaba sólo y acompañado.

Era medianoche y más allá de que fuese él, o no-era una posibilidad, no un secreto— era siempre el mismo cuerpo.

Estaba tácito y sereno, pero poco a poco comenzó a inquietarse al pensar en la tragedia.

Esa inquietud de no saber quién era le molestaba, pero se dijo que era vana y la rechazó.

Notó que estaba parado en un lugar desconocido, como de otra dimensión y con inconsciente ademán de angustia reprimió todas sus emociones.

Abominó por un instante esa figura criminal y quiso retroceder, pero algo le impidió volverse; como una fuerza superior, completamente desconocida.

No quiso indagar más allá de lo que podría saber y sacudido por una intuición lejana, cerró los ojos para escapar de esa realidad, y cuando los abrió, allí estaba de nuevo.

Se estremeció de repente, perseguido por la sensación de que no podría decidir qué hacer, como si su camino ya estuviese marcado y decidido por él.

Quería desechar ese instante y aferrarse a uno ajeno, tal vez uno menos confuso.

Por momentos era él, y por momentos él no estaba, o era otro, pero no sabía quién. Era el enigma que alguien más buscaba.

Abúlico, observó el paisaje que tenía en frente y resignado a no poder huir, hizo una mueca suspicaz con una imperceptible amargura en los ojos.

Aceptó esa realidad como la única que tenía. No había nada que recordar, nada que anhelar de un recuerdo.

Ese momento lo definía todo.

Él solo era un guión de alguna historia de terror, como otros antes también lo habían sido, en otro tiempo, y en otro lugar, en otras historias.

Comenzó a caminar, dominado por la confusión de no saber quién era.

Caminaba atravesando la blanca neblina de ese sombrío lugar, que guardaba miles de almas bajo la misma tierra.

La luz de la luna era opaca y tenebrosa. Se abría paso entre las nubes que lentas y grises recorrían la oscuridad del cielo.

Sobre la oscuridad del fondo, que apenas podía distinguirse entre el cielo tan fusco, brotaban las voces de las aves nocturnas interrumpiendo el silencio que parecía inquebrantable.

El hombre se sentía inseguro, asustado, casi sin aliento.

Funesto, con la ligera esperanza de que esa no fuera su perdición, entreabrió sus labios e involuntariamente dejó escapar un suspiro.

Su esperanza quedó frustrada por ese momento de desesperación, sin nada que poder hacer.

No obstante, espantado por el olor nauseabundo, se sentó sobre una de las sepulturas.

Pegado a la piedra fría, proyectándose en sombra a la luz de la luna su perfil indefinido, quedó completamente inmóvil al ver el epitafio grabado en la piedra.

Vio que allí estaba escrito su nombre, y le subió a los labios un involuntario grito de pavor que repentinamente emblanqueció el misterio.

—¡Qué terrible! ¡Qué terrible! —exclamó sobresaltado, aun confundiendo las escenas del sueño con la realidad.

Era terrible esa extraña sensación de huir del sueño, antes de llegar al final.

POR SIEMPRE JUNTOS

por ALICIA ELSA CAPECE
Buenos Aires

A Juan Ponte y Alicia Rego

“Les voy a contar un cuento”, así empezaba Alicia un nuevo relato, siempre incierto e inesperado, a veces con remate y final, otras con la intriga de los cuentos sin terminar. Al escucharla uno no sabía con qué se iba a encontrar, su imaginación como su nombre, la llevaban al país de las maravillas donde a veces nos invitaba a entrar. Esa mujer mayor tenía un espíritu tan joven que a veces dudo que haya muerto, para mí se fue por un rato a buscar alguna historia. Pero esta sí es especial.

Había una vez una hermosa mujer, nacida en un pueblo de Buenos Aires, era la menor de sus hermanos, llegó al mundo una primavera en los años ‘20. Dueña de una dulce voz, que era el deleite de quien la escuchara cantar, al punto que instalada en la gran ciudad, formó parte de un staff de radio y con sus tangos amenizaba las tardes porteñas. Llegar no fue fácil para ella, eran tiempos donde Oscar Casco enamoraba jovencitas con su “Mamarrachito mío” y ella disfrutaba de oír novelas donde daba rienda suelta a su imaginación como toda muchacha de su edad. De riguroso trajecito, sombrero o gorrito, guantes y sobre en la mano, se disponía además a ir a trabajar cada mañana.

Un día de principios de otoño, él la descubrió. a juzgar por sus palabras, la entrada de ella era casi una aparición, no vio jamás una mujer con esa belleza, sonrisa franca, ojos grandes, cabello semirrecogido debajo de un coqueto gorrito. Quedó deslumbrado, no pudo evitar seguirla con la mirada, ella lo miró de reojo y con una sonrisa recatada apenas lo saludó para no dejar a la vista que la mirada de ese buen mozo la había seducido.

La vida echó a andar, los días transcurrían, eran tiempos de tranvías y tangos, visitas a la plaza y sobremesa los domingos, soñar con un hogar propio e hijos corriendo alrededor de la mesa y así fue.

¿Hace falta decir que esa mañana sus ojos se cruzaron para no bajar la mirada nunca más? ¿Que el sueño de un hogar con hijos fue real? ¿Que apostaron al amor juntos? Creo que no. Fue Alta Gracia, la bella Córdoba sello y testigo de un amor que no supo de engaños, sí de compromisos, del amor al hogar y el deseo de seguir juntos, un amor inmortal.

Será que no hay vida ni amor después de la muerte, puede ser. Lo cierto es que Alicia nunca terminó su cuento porque quiso el destino que su historia quede en suspenso, sin final y nos deje en una profunda intriga, imaginando qué pasó.

Ella se fue una mañana a un lugar de descanso para mayores, él la siguió. Sí, la siguió, Juan no soportaba que las cálidas paredes del hogar con olor al perfume de su Alicia sean testigos de un frío atroz, húmedo y sin sol. Ese hogar que supo ver hijos y nietos correteando en medio de risas ya no existía. Juan tan seguro de sí, conoció ese día el miedo, una sensación extraña lo invadió, sabía que no oiría la voz de Alicia entonando un tango y ni a sus nietos sentados en la falda de ella. Y él la siguió, como se sigue hasta el fin del mundo solo aquello que amamos más que a nosotros mismos, como se busca un tesoro escondido donde solo él tenía el mapa de ruta. Y la siguió, porque su mirada no tenía sentido sin la de ella. Juan no podía seguir, no quería continuar. Se disculpó y quedando sin excusas decidió que no le importaba lo que pensarán, él sin Alicia no era él.

Cuentan las enfermeras del lugar que cada mañana Juan pedía permiso para visitar a su esposa en la alcoba, acariciarle la mano y contemplarla. Cuentan que los ojos de ella aún con su mirada perdida brillaban al verlo llegar y que disfrutaban ese pequeño instante de intimidad.

Una tarde de abril, él se fue, anticipando la partida, allanando el camino al Cielo, para recibirla con los brazos abiertos.

Ella se fue poco después, cuando en su desvarío no encontró su mirada, cuando sus manos frías no hallaron refugio en las de Juan que le daban calor. Su piel y sus ojos no la engañaban, Juan se había ido, pero ella sabía que no la había dejado y así tranquila, mansa como vivió, partió sin final y sin adiós como a Alicia le gustaba, se fue con el atardecer en la mirada, una ligera sonrisa en los labios, seguramente la misma sonrisa que le regalaría una vez más a él.

CORONITA COBRA VIDA

por ROMINA NATALIA CARAFFA
Santa Fe

En un reino muy lejano vivía la princesa Catalina. Ella era una hermosa joven de cabellos claros, ojos verdes y piel blanca. Además, tenía una hermosa coronita, llena de piedras brillantes de todos los colores. Sin embargo, ella no quería llevarla puesta, la veía ahí tan aburrida sobre su cabeza que un día decidió consultar a el Mago Patatuli para ver si la podía ayudar a darle vida a Coronita. Patatuli, que era el mejor mago del Reino, realizó el hechizo y Coronita cobró vida. Sin embargo, le aclaró que si alguien que la necesitara la encontraba, ella volvería a ser una corona sin vida, pero que ayudaría con su magia a su nueva dueña.

Catalina, muy feliz, besó a Coronita y la dejó partir.

Coronita recorrió el mundo entero, conoció hermosos lugares, diferentes culturas, conversó con algunos animales en un zoológico, con otros en la selva y hasta se hizo amiga de un duende muy amable y divertido llamado Ceferín.

Una noche, muy cansada, decidió descansar bajo un árbol de paraíso que se encontraba en un país llamado Argentina. A la mañana siguiente, muy temprano, pasaba por allí una niña de cinco años, Renata, quien tomó a Coronita, quedando deslumbrada con su brillo y sus radiantes colores. Ella siempre había querido una corona de princesa, pero su familia era muy humilde y no podía comprarle una.

Renata era una pequeña muy buena, le gustaba dibujar y cantar. Vivía en una casita de chapa con sus padres y su hermano de dos añitos, Santino. Sus padres eran cartoneros. Hacía dos meses que Sebastián, su hermano mayor, había fallecido a causa de una cruel enfermedad llamada leucemia a la que no pudo vencer. La niña pensó que su adorado hermano le había mandado a Coronita desde el cielo y se sintió muy bien por eso. En su casa también estaban muy contentos por el hallazgo de Renata. Por supuesto que Coronita ya no tenía vida porque encontró a quien la necesitaba.

Renata creció, y con el correr de los años logró estudiar y recibirse de enfermera. Pensaba que, con esta profesión, ayudaría a muchas personas y así fue.

Un día, regresó a su hogar y no encontró a Coronita. Se puso muy triste, pero luego se consoló pensando que ya la había acompañado mucho tiempo y ya era hora de que otra niña la tuviese para que la ayudara igual que a ella.

Ceferín había ido a buscar a su amiga Coronita; es que la princesa Catalina, ya Reina, había tenido una niñita a la que llamó Elizabeth. La nueva princesa tenía siete años y anhelaba una coronita como la que su mamá le contaba que un día había tenido. El heroico duendecito, que también se había hecho amigo de Elizabeth, recuperó a Coronita y se la entregó a la niña.

La princesita llevó a Coronita hasta que cumplió dieciocho años, cuando decidió hacer lo mismo que su madre Catalina, darle vida para que se vaya a pasear y encuentre una niña a la que pueda ayudar con su luz y su magia. Así fue como Coronita, junto al fiel Ceferín, recorrió el mundo entero ayudando a las niñas que creen en princesas y cuentos de hadas y que les gusta imaginar otros mundos, como el de Catalina y Elizabeth, por ejemplo. Quizá un día te la cruces en alguna parte, o a lo mejor te acompañe a vos.

Y así termina el cuentito de la princesa Catalina y la Coronita que cobró vida.

EL HADA

por MOISÉS CÁRDENAS
Córdoba

La noche del sábado crucé el portal de los sueños hasta llegar a Las Colinas. Allí noté a unos hombres robustos persiguiendo a una chica vestida con un traje de seda, que a la luz de la luna reflejaba un color verde.

Seguí sus pasos entre los ramajes. La dama corría asustada y temblorosa. Los varones batían palos y entonaban cantos oscuros. Enternecido por la fémina salí en su auxilio. Como pude la alcancé, la tomé del brazo y la introduje entre unas malezas. Del otro lado, se encontraba un jardín gigante separado por dos caminos. Entonces ella sintió un profundo alivio, y mirándome a los ojos dijo con voz musical:

–Gracias caballero.

–De nada– le contesté sonriente.

–Que tengas un feliz viaje y saludos a Gabriela– pronunció risueña.

Por unos minutos me quedé en silencio, y me pregunté cómo sabía ella el nombre de mi amada. Parada frente a mí se acomodó sus ropas, luego se acercó y me dio un beso en la mejilla.

–¿Quién eres? Pregunté curioso.

Hubo un breve silencio. Miró al cielo y respondió:

–Me voy, se hace tarde...

Y se fue por unos de los senderos del jardín. La seguí con la mirada. De pronto, de entre sus brazos comenzaron a salir alas y se transformó en una pequeña mariposa de bellos colores. Voló por el cielo.

Embelesado proseguí por el otro sendero. Apresuré mis pasos para llegar rápido a casa. Cuando estuve a punto de encontrar mi hogar, observé un árbol que resplandecía. Me acerqué, alcé la vista y vi que bajaron de sus ramas varias mariposas que revolotearon sobre mí.

Con mis manos traté de espantarlas. Ante mis ojos estaba ella. ¡Sí, ella! La misma muchacha que corría asustada y temblorosa. Era un hada vestida de verde y alas de mariposa.

UN LLAMADO PARA UNA SOLEDAD

por ELVIRA ISABEL CASCARDO
Buenos Aires

—¡Ah! El teléfono— se dijo en voz alta, aunque estaba sola en el patio haciendo como que arreglaba el jardín... por darle un nombre a ese montón desordenado de verdes, unas cuantas plantas que se las arreglan solas, tal como hace ella desde que nació; de vez en cuando una regada, una caricia al pasar. Y la mirada. ¡Cómo le gusta saber que el patio está ahí! Que se ve el cielo y algo verde y se escuchan los pájaros que, cuanto mayor es la soledad, más habitan. La paz que les da la ausencia de humanos... A ella, sus cantos le dan paz.

Entró en la casa. ¿Era el teléfono? Le pareció... Revisó la memoria. No. No hay llamadas perdidas. Vaya a saber qué sonido se le había parecido al ringtone (se ríe de su modernidad). Sí, le había dado esa impresión... como si el teléfono sonara. No. El viejo no, porque ya nadie tendría ese número. Sí, claro. Hay dos teléfonos en la casa.

Tal vez debería dejar la línea de una vez. Claro que llamar para avisar esa decisión significaría una hora de ofertas de otros costos, ventajas y de hasta cambiar el equipo por uno más moderno. Esos pobres chicos y chicas con la cabeza cuadrada o no, redonda; pensamiento redondo: vuelvo siempre al mismo punto: Vender. ¿Los castigarán económicamente si una línea se cierra?

No sonará el viejo. ¿Y el otro? ¿Cuánto hace que no suena? ¡Bah! ¿Para qué sacar cuentas? Por supuesto que hay que tener un teléfono. Si le pasa algo... Y en realidad le pasa. Y grave. Le pasa la soledad. Uno no va al médico porque sufre de soledad. ¿Al psicólogo? Te dará recetas aparentemente mágicas. Es que la soledad no es sólo que uno no sabe buscar compañía.

Tendría que llamar a Eliana. Hace ya como un mes que la encontró y quedaron en llamarse, verse, rehacer con los retazos esa linda amistad que se cayó por nada... por nada.

Bueno... ella también podría llamar. ¡Si! Ya sabe la historia. “Sipensás así nunca lograrás salir del aislamiento”.

¡Ahora sí! Sonó el teléfono. Casi corre. Llega. Atiende. (Un ¡hola! más fuerte de lo conveniente)

¿Marta? – Preguntó una voz un tanto cansada.

No-responde– No. Equivocado.

Le dan ganas de estrellar el aparato contra el piso o una pared, o un sillón de los inútiles sillones... inútiles sillas, mesas... ¡Inútiles paredes que encuadran la nada!

Vuelve y de pasada, mira el cielo. La estela blanca de un avión lo cruza. ¡Cuánto hacía que no veía esa señal tan bella contra el celeste! ¡La bandera! Ja, ja... Seguro que Belgrano no vio eso (se acuerda de haber usado el chiste en otra oportunidad).

Retoma el pensamiento anterior, de antes de que ese puto teléfono sonara en serio para hacerle burla. Sí. El teléfono es una persona mecánico-electrónico-imánico-plástico-metálico... ¡Su servidor! ¡Úsenme cuando me precisen! Puede salvarte, puede comunicarte: comunidad X.

Sos parte. ¡Partite! ¡Compartite! Partite con.

Llamar ella. Tiene que llamar ella ¿Para qué? Nadie espera que ella llame. Nadie necesita su voz, su... “¡Qué! Si estás, mejor. Si no estás”.-le dijo alguna vez alguien. Y es así.

Los pájaros no se necesitan entre sí. Quizás sí los que viven en bandada. Los que no, forman su pareja para armar nido y cuando los pichones vuelan se deja el nido ¿Y?

¡Ahora sí! Es el teléfono. Corre, limpiando sus manos en el pantalón usado, ese que deja para trabajar en el patio. Llega al teléfono. No suena. Igual lo acerca a su oreja. ¡Hola! Nada. No se convence. Ella oyó la llamada. Vuelve a escuchar, pero ahora suena afuera. Sale al patio, asombrada, si allí no hay teléfono.

Hay un taller al fondo. Nunca vio a los dueños. Oye un sonido que se repite. ¡Ah! Es del taller.

Vuelve a la casa. Se quita la ropa. La lluvia tibia sobre su cuerpo... No cierra la puerta. La música llena los espacios y los silencios. Así, en relax... ¡Oh! ¡Ahora sí! Es el teléfono. Se tira una toalla sobre la espalda. Resbala la alfombra. ¡Siempre pensó que no la debía poner ahí! ¡Que dolor en la cabeza!... ¡El teléfono! Estira un brazo, la mano, tiene que levantarse, el teléfono... No llega... no llegará.

La música gira en la casa y el teléfono... sigue sonando.

(Este final me recuerda otro, de una obra teatral, pero es el justo)

EL OTRO LETRADO

por EDUARDO LIONEL CATANIA
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Nadie reconoce haberlo conocido. Solo se sabe de él por unas insignificantes espadas que le pueden haber pertenecido, y que pendían de la pared de un bar de la calle Viamonte.

Como Domingo Faustino Sarmiento, que recibió el título honoris causa de abogado, otorgado por la Universidad de Michigan en 1869... jamás había estudiado derecho en la universidad. Sin embargo-dicen- se animó inclusive a escribir sobre él, tal vez llevado por su condición de autodidacta.

Su historia comienza en el territorio oriental, en fecha y hora desconocida, tal vez en Tacuarembó, de donde narraba episodios épicos de su infancia.

La ley uruguaya que permitía el duelo por motivos políticos le dio calce para sus hazañas con la espada. Se jactaba de haberse peleado allí varias veces en duelos a cuchillo, y de haber integrado las huestes de Aparicio Saravia, pero las fechas y sucesos nunca coincidían.

Años más tarde, ya en Buenos Aires, con más calma, aprendió el ajedrez, y la esgrima que lo cautivó; el derecho, vendría después.

En los duelos, le interesaban las condiciones, y variaban de acuerdo a la calidad de los duelistas. Él era quien se encargaba siempre de redactarlas por escrito. Las peleas en su deporte, la esgrima, eran una cosa seria para ser reguladas. El derecho le pareció una forma feliz de continuar espadeando, cuando ya no pudo.

Serafin Johnson, fue el espadachín que le propinó involuntariamente el golpe en una de sus piernas, y que le impidió continuar con la práctica de su deporte preferido: la esgrima. Años tardó en encontrar -dicen- alguna disciplina que compensara las satisfacciones que le proporcionaba aquel deporte. Se lo veía lagrimear en los sendos rincones de los dorados salones, sabiendo que los floretes habían acabado, y pensando tal vez en alguna actividad que se asemejara a su deporte preferido, que ahora lamentablemente no podría practicar. Su mano derecha llegó a exhibir el color rojizo de la sangre entre lamentos. Gustaba hasta del cansancio controversial, pero sabía que debía evitar el esfuerzo físico. Quiso la suerte, o la divina providencia que se encontrara cierto día con un letrado, el doctor Sam Rosales, en el mentado bar de la calle

Viamonte y tal vez fue éste quien le narró las alternativas de un juicio por Cobro Sumario de Pesos que lo tenía como letrado. El esgrimista, tras degustar una medialuna de manteca, escuchó entonces con atención.

La “demanda” le recordó el primer lanzamiento de la espada que alguna vez había sabido imponer; y entonces, en la persona del imparcial árbitro, vio al Juez.

En los expedientes archivados, entrevió las espadas que dejaban de usarse. Desde que comenzó a leer sobre derecho, advirtió la similitud.

Los empolvados Manuales de derecho Procesal, que llegó a comprar en los puestos tribunalicios, lo cautivaron hasta la pasión. En las palabras, entrevió la espada; en las reglas de los juegos; los códigos; en los ocasionales contrincantes, a los abogados. Quienes lo conocieron afirman que sintió repulsa por los tramites unilaterales, los libramientos de oficios, el diligenciamiento de cédulas, y las notificaciones espontáneas, que nada tenían que ver con el juego principal del litigio judicial.

Los tramites incidentales lo cansaban hasta aburrirlo, porque eran accesorios al expediente principal, nudo gordiano de la pelea. Las

Excepciones previas le quitaban el placer de pelear, y las interpretaba como actos de cobardía, o simplismos por parte de quien las interponía; los Recursos de apelación, una segunda oportunidad de lucha. Tan solo el viento y los ruidos permanentes lo ponían nervioso.

En la lucha judicial encontró la forma de continuar espadeando, cuando ya no pudo.

Enterado el presidente del patrocinio gratuito del lugar, junto al presidente del Colegio de abogados, lo convocaron como auxiliar, sin título, y lo destinaron con sueldo fijo al Consultorio gratuito del Colegio de abogados.

Nadie recuerda su nombre. Solo estuvieron las espadas del bar de la calle Viamonte. La firma digital borró su nombre para siempre.

EL DEBUT

por PABLO CAVIGLIA
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Juan Santunez estaba nervioso, debutar justo en el Clásico. Imaginaba el Monumental lleno, la enorme bandera rojiblanca cubriendo media tribuna y los gritos en azul y oro prolongando en el tiempo un duelo sin fin.

Juan Santunez sabía que la multitud iba a fijarse en él, solo en él. Que por un instante miles de ojos iban a posarse en su pequeña figura.

Juan Santunez estaba nervioso. La noche del sábado sintió el dolor de estómago que sienten los enamorados en el instante previo de unir su tiempo...

Juan Santunez se levantó temprano, frente al espejo preparaba la garganta y ensayaba el grito. Guardó la ropa en el bolsito negro, miro la foto del General que le sonreía desde la vieja pared de la pieza y se sintió confiado. Tomo el 29 en Pacifico. Durante el viaje trató de pensar en nada, se bajó en Barrancas, para retrasar un poco la llegada, caminó despacio, y ya sobre Libertador, la imponente fachada del templo futbolero lo paraliza por un instante, pero no, ya no era tiempo de volver atrás, era su tarde. El duende de la globa, ese que esta todos los domingos en la Popular se lo había confesado en secreto.

Por fin, Juan Santunez llegó a la Cancha. Entró por Udaondo y empezó a recorrer los pasillos del Club, se detuvo en una oficina de la Administración y espío por una ventanita alcanzando a ver las tribunas todavía vacías. Se aferró al bolsito negro con más fuerza que antes y siguió el camino. Pasó por el vestuario cuando el Técnico estaba en plena charla con el equipo, pensó en escucharlo, pero no había secretos del fútbol que Juan Santunez no conociera.

Se acercaba la hora y una misteriosa tranquilidad lo invadía por completo. Él solo había estado en canchas chicas y partidos de reserva, pero ahora, en el Clásico. No importaba, Juan Santunez no podía fallarle ni a su familia ni a sus amigos. Salió a la cancha, miró a la gente una por una, los sentía cerca, vibraba con ellos. Entonces se paró delante de la tribuna y comenzó el grito ensayado: “Gorros, banderas, hay gorros y banderas”.

LA NOVIA DE LUCIFER

por JUANA GRISSEL CAYO SIVILA

Jujuy

Llegó el tren procedente de la ciudad de Oruro un día de invierno, el frío calaba los huesos, bajo al andén una señora, tenía la mirada perdida, traía por vestimenta unos harapos, nadie la esperaba, salió a la calle y comenzó a caminar hasta que no pudo más.

Amaneció acostada en la puerta de una casa, se levantó y comenzó a bailar por la calle, la diablada (danza originaria de Oruro). Bailaba tarareando el ritmo, la gente la miraba sorprendida porque llamaba la atención, así llegó a la plaza, vio un banquito y se sentó con la mirada perdida.

Hablaba como si estuviera charlando con alguien, todos pasaban y la miraban con extrañeza, ya que Villazón era un pueblo de pocos habitantes y se conocían unos con los otros.

Nadie sabía nada de ella, un día pasaba por la policía del pueblo y entró. La secretaria la atendió amablemente, cuando le preguntó cómo se llamaba ella respondió “¡¡Soy la China Supay, chola de Lucifer!!” La secretaria sintió pena porque se dio cuenta que era una señora que tenía problemas mentales.

Al verla, el coronel ordenó que le dieran de comer en el casino que se encontraba dentro del mismo edificio de la policía, donde tenían peluquería, y contaban con los servicios de una enfermera que también hacía de visitadora social.

Después de comer se fue, como siempre, bailando y tarareando el ritmo de la diablada. Pasó más de un mes. Dormía donde la encontraba la noche, a pesar del intenso frío que hacía.

Una familia se apiado de ella y le dio una pieza que tenían desocupada para que tuviera un lugar donde vivir.

La vida transcurrió y la gente se acostumbró a verla y comenzó a tenerle cariño, ya que no le hacía daño a nadie. Le regalaban ropa, comida y plata. Ella bailaba por el medio de la calle y hasta le dejaban el paso abierto, los pocos autos de la época.

Una mañana pasó por la comisaría, entró a visitar a la secretaria, esta se encontraba con una mujer que al verla se sorprendió y reconociéndola le dijo: doña Teresa ¿cómo está? Todos en la oficina la miraron con curiosidad, ya que

en el pueblo le habían puesto de apodo “La Diabla”, por la danza que bailaba. Ella la miró un segundo y le dijo: ¡¡Yo soy La China Supay, chola de Lucifer!! Y salió bailando y tarareando el ritmo de la diablada.

La secretaria y todos los que se encontraban en la oficina, comenzaron a preguntarle a la mujer de dónde la conocía. Qué sabía de la vida de la diabla.

La mujer les relató que Teresa era su verdadero nombre, que era oriunda de Oruro, muy trabajadora, que estaba casada con don Ascencio Que ambos, con el trabajo de comerciantes, habían llegado a ser una de las familias más ricas del lugar, que tenían varias casas, camiones y almacenes grandes.

Que vivieron siempre trabajando, pero que nunca pudieron tener hijos.

Don Ascencio comenzó a despreciarla por esto –agregó la señora–, sacándole en cara su infertilidad. Así conoció a una mujer de nombre María que quedó embarazada al poco tiempo de tratarlo y entonces, él decidió dejar a doña Teresa.

Sacándola de la casa a empujones, la dejó en la calle sin nada de nada, a pesar de que, todo lo que tenían era producto del trabajo de los dos. Su mente se aturdió por el dolor y la impotencia de verse despreciada por el hombre que amaba y le había jurado amor eterno.

Se dedicó al alcohol, la pobre, y su mente desvariaba. Anduvo por Oruro hasta que desapareció y no supimos qué pasó con ella, hasta hoy que la vi –Culminó la mujer.

Villazón fue testigo de la vida de La Diabla donde encontró cariño y contención. Como llegó, suponen que se fue, pero las personas que vivían cerca de ella dicen que se suicidó maldiciendo a la mujer que se quedó con su marido y al hijo de estos.

Cuenta la leyenda que cuando cae la noche se la ve bailando y tarareando la diablada por las calles del pueblo.

SUEÑO DE PRIMAVERA

por SILVIA BEATRIZ CECCHI
Buenos Aires

Duele el frío de la mañana. La niña, lo conoce. Convive con él cada día. Sabe que punza la carne y trepana los huesos y penetra en los arroyos de su sangre. Al alba va por el camino hacia la escuela. Usa todo el abrigo que posee, que no es mucho. La pollerita tableada, unas medias que no llegan a la rodilla y bajo el delantal blanco, que está vedado tapanlo con abrigo, un saquito de lana.

Antes de emprender el viaje entibia sus manos sobre el fuego mientras calienta la taza de leche que luego sostiene entre sus dedos para atrapar la tibieza. Bebe lento cada sorbo. Retiene la temperatura que emana del recipiente de loza.

Toma la cartera y sale.

Alza la mirada hacia la veleta antes de iniciar el viaje: el viento viene desde el sur.

La escarcha transmuta el paisaje en techos blancos, el aire es gris y los charcos se cristalizaron en cada bache del camino. Crujen sus pasos bajo los pies de hielo y dedos inflexibles. Su aliento diseña nubes en el aire y el trayecto se torna grato mientras adivina las formas.

El viento curtió su piel, las mejillas ásperas brillan como manzanas. Hoy se ensañó con su pelo alborotado y se escabulle entre sus dedos ajados que no encuentran un sitio de reparo.

A lo lejos, detonan las campanas que llaman a clase. Apura el paso, aunque sus pies doloridos resisten sobre los montículos de tierra negra moteados de blanco. Falta poco.

Un brote amarillo sale a su paso y le regala un sueño de primavera mientras su jadeo blanco dibuja en el aire el relámpago de una sonrisa.

UN CUENTO Y TRES FINALES.

por MARÍA MARTHA CHAPARRO
Buenos Aires

Eran las 3 a.m. cuando comenzó el terremoto. Fue la hora que vio en el reloj despertador. Desvelada pensó en levantarse a leer.

Primero, un rugido extraño como una bestia que despierta malhumorada, inmediatamente el movimiento violento, ruido de vidrios rotos, objetos que caen, su marido saltando de la cama al grito de “¡LA NIÑA!” Lo vio correr. Luego todo se desplomó. Cayó bajo la estructura de la habitación. Estaba aturdida, dolorida, sus piernas se hallaban atrapadas por algo muy pesado. La oscuridad total. Se hallaba inerte en un hueco húmedo, frío y negro. Escuchaba un silencio atronador. Quería gritar. De su garganta no emergía sonido alguno. El frío hacía temblar su cuerpo con una violencia irrefrenable. ¡Estaba enterrada, pero viva! El terror la hizo desvanecerse.

Entre sueños o recuerdos se veía en el patio de su casa. Estaba tendiendo las sábanas recién lavadas. Su hijita jugaba con su mascota, un perro lanudo llamado Morgan. Las sábanas danzaban en la soga con el ritmo que la brisa les marcaba. Entre los movimientos de éstas, veía a los pájaros bañarse en un cuenco de barro lleno de agua. A un lado, la jaula herrumbrada que hacía un tiempo había recogido de un basural. “He de pintarla para darle vida” –había pensado. Ahora pendía de una rama del ciruelo. Le había quitado la puerta y dentro, colocado un cacharro con semillas. Quería que los pájaros entraran a comer y luego siguieran su vuelo. Escuchó a Camila, su vecina, llamándola. Llegó hasta ella trayendo entre sus manos una maceta con tierra.

¿Sabes que he plantado en esta maceta? –le preguntó. Ella la miró intrigada.

“¡Una bellota de roble! La que tanto me pediste. Colócala en un lugar sombrío y no la riegues demasiado”.

La mesa estaba tendida, sólo le faltaba buscar en la despensa una botella de vino. Sintió el silbido inconfundible de su marido. Era la hora del almuerzo. Pedro tenía una hora para comer y volver a la fábrica. Le gustaba el trabajo que realizaba. Era feliz. Cada día entraba a la casa silbando o cantando un tango a viva voz. La abrazaba, la besaba...

Final feliz.

Despertó. El corazón le latía aceleradamente. Estaba empapada en sudor. Sentía seca la garganta. Era de día. Entre la nube de polvo, un rayo de luz se filtraba. Tenía que hidratarse para no morir. Recordó haber escuchado que beber orina había permitido sobrevivir a personas en casos extremos como el suyo. Trató de poner su mano ahuecada debajo del cuerpo para contener algo del líquido. Logró beber una ínfima cantidad. Miró alrededor. Debía encontrar un elemento para golpear. Era vital para que los rescatistas la hallaran. Tanteó en derredor hasta dar con un trozo de algo duro. Comenzó a dar golpes. No tenía fuerzas. El dolor era insostenible. Golpeaba dos, tres, cuatro veces y quedaba exhausta. Dormía, se despertaba y lloraba. Golpeaba, golpeaba... se desmayaba. No supo cuánto tiempo había pasado cuando escuchó el ladrido de un perro. Una voz gritaba: "HAY ALGUIEN CON VIDA".

Final dramático

Despertó. Quiso alzar el objeto para volver a golpear, pero no pudo. No tenía fuerzas. Sintió que un frío intenso la envolvía. Ya no sentía dolor ni miedo, sólo paz. Cerró los ojos. Quería dormir, sólo dormir. El perro y el rescatista habían permanecido 24 horas escuchando golpes bajo los escombros. El perro daba vueltas en círculos, escarbaba con sus patas y olfateaba. El hombre se acostaba y pegando su oído a la tierra, escuchaba. Los golpes, que al principio eran audibles, con el transcurso de las horas se habían hecho más débiles, casi un susurro. No podían localizar el lugar exacto. Unas pesadas vigas lo impedían. A la madrugada se oyó al rescatista: "Los golpes han cesado".

Final surrealista.

Despertó de uno de esos lapsos de sopor, su cuerpo se había recubierto de una cáscara dura que se estaba resquebrajando y una fuerza incontrolable la impulsaba hacia arriba. La luz del sol la cegó. Una brisa fresca y húmeda la sacudió del adormecimiento. Vio la cara de su hijita mirándola desde su corta altura.

"Papá, mira... ha brotado una plantita de la semilla que mamá tanto cuidaba". Entonces comprendió. Ahora era un roble.

LA DAMA DE AGUA

por AIDA VIVIANA CHARETTE
La Pampa

Fue una de esas tardes grises de mi infancia en que la tristeza rondaba por la casa, recordando ausencias.

El ruido de la lluvia descubría miedos escondidos en los rincones de mi cuarto, debajo de la cama, detrás de las puertas.

Entonces, corrí a abrir los postigos para ver que del otro lado todo era como siempre y dejar pasar la poca claridad que el día encapotado permitía. El corazón, que parecía querer huir al galope de mi pecho, comenzaba a calmarse y se serenaba el ritmo de sus latidos.

Traté de ocupar mi atención viendo jugar a las gotas de lluvia, deslizándose en loca carrera por el vidrio, hasta caer y confundirse todas en una misma acequia, que corría por el marco de la ventana y se precipitaba a un cantero, donde mamá esperaba que nacieran las gardenias.

Le di a mi imaginación la libertad necesaria para crear con la lluvia figuras inquietas en el vidrio, que se formaban, se deformaban, se juntaban, se repelían, corrían en caminos anchos y en hilos delgados, y caían en cascadas violentas.

Entre tantas, vi que las líneas de agua se unían y daban forma a una silueta de mujer, recortada por un contorno luminoso, que se desprendía del vidrio adquiriendo una tercera dimensión.

Miré atónito, sin habla, esa imagen acuosa que se corporizó y caminó hasta la calle, donde las luces que comenzaban a encenderse se precipitaban en haces de agua, proyectándose en los charcos del asfalto. La llegada de la noche era inminente.

La mágica mujer de agua avanzaba hundiendo sus pies en las venas por las que corría el agua del pueblo rumbo a los desagües.

Caminaba sola, sin prisa, y mis ojos la veían alejarse hacia la esquina, donde su figura se iba desvaneciendo entre la bruma que levantaba la lluvia, hasta desaparecer dejando tras de sí un hueco oscuro.

La esquina se sumió en la oscuridad: ya se había instalado la noche...

La noche, que llegó fría y húmeda, temiblemente larga, llena de presagios.

Cerré los postigos conservando aún la impresión del episodio vivido hacía apenas unos instantes. Encendí la luz y me dormí, tembloroso y friolento, acurrucado en el sillón de la sala, esperando a mamá.

Esperándola... como aún sigo haciendo.

Porque no llegó... Ni esa noche, ni a la mañana siguiente...

No volví a ver a mi madre, nunca supe más de ella.

En mi fantasía de niño pensé que era aquella dama de agua que se perdió en la bruma, llevándose consigo los cuentos de las noches más felices de mi infancia, los besos tibios de sueño en la frente, y el amor único que sólo encontré en sus brazos.

UNA CARTA

por JULIETA CHAVES
Buenos Aires

Aquella mañana se despertó temprano. No por voluntad propia o porque fuera madrugador, sino porque el retumbar de la puerta principal lo había privado de sus sueños. Se colocó la bata y se dirigió escaleras abajo. Abajo, el comedor estaba en completa oscuridad, pero no era de aquellas oscuridades cotidianas. No, esta era una oscuridad distinta. Una oscuridad tan pura, tan intensa, que lo dejó sin habla. Se adentró a aquella penumbra tanteando en busca de la luz, o de algo para sujetarse. Finalmente encontró el interruptor y la luz se bañó en una luz amarillenta.

Se dispuso a abrir la puerta. Aquella puerta negra y pesada que usualmente requería de un esfuerzo mayor para que cediera, de una patada se abrió al instante. Y allí, en el piso adoquinado de afuera, se encontró con una carta. Una carta tan poco llamativa, que de no haber sido por aquel golpe sordo en la puerta de entrada que lo había despertado, jamás hubiera llamado su atención.

La tomó entre sus huesudas manos y cerrando de un golpe la puerta negra, entró nuevamente a su casa. Con la intención de prepararse el desayuno la dejó de lado por un momento y cuando se disponía a preparar sus tostadas con manteca y mermelada, se detuvo. Dirigió su vista nuevamente a la carta. Aquella carta cuyo contenido era tan desconocido, cuyo contenido era tanto infinito como nulo. Esa carta podía decirlo todo, o no decir nada, o ambos a la vez. La curiosidad lo venció y abandonó la dedicada preparación de las tostadas para averiguar.

El sobre era de un tono indeciso, no era blanco, pero tampoco amarillo. Era de un color ambiguo, que no revelaba nada acerca del contenido de la carta. Siguió inspeccionando, y pudo ver una única palabra inscrita en el sobre: "Leer". Esto le pareció absurdo, pues, al fin y al cabo, el objetivo de enviar una carta es que esta sea leída. Dicha aclaración, "Leer" le pareció vacía e innecesaria.

Sin abrir la carta, se puso a pensar en las posibles variantes de su contenido. Podía ser el trágico aviso acerca de la muerte de un familiar que a raíz de una guerra había perdido su vida, cansado y agradeciendo con su último

aliento que una bala haya dado en su pecho. Un familiar que no volvería a ver jamás en su vida, cuyo último recuerdo sería simplemente aquella carta.

O podría tratarse también, de una carta donde le informaran que debía abandonar su casa de inmediato debido a su falta de dinero, ya que no le alcanzaba ni para la medicina necesaria para sobrellevar sus problemas de salud. En ese caso debería abandonarla, con la esperanza de que, el lugar que había sido su hogar, lleno de recuerdos maravillosos, no fuera destruido para convertirse en un supermercado o una ferretería.

O a lo mejor se trataba de una carta de su hija, contándole que planeaba casarse. Pero eso no sería todo. Casarse con un hombre sin trabajo ni educación, sin respeto por su hija ni por su familia. Casarse porque podría haber quedado embarazada de aquella persona irresponsable. O algo peor, podría ser que su hija hubiera decidido mudarse a otro país, a la otra punta del mundo, diciendo su adiós en una mísera carta que con el tiempo se perdería, cuyas palabras se borrarían o, simplemente se olvidarían.

Ahora, aquella carta, pequeña e indefensa, cuyo contenido no eran más que palabras, lo aterrorizaba. No saber que encontraría en su interior una vez que se dignase a leerla le ponía los pelos de punta. Porque si leía algo devastador no podría des-leerlo. Aquellas palabras se clavarían en su cerebro hasta el final de sus días y ese era un riesgo que no estaba dispuesto a tomar y menos en horas tan tempranas de la mañana.

Ignorando la única palabra que se había animado a leer de aquella carta, aquel “leer” escrito en mayúsculas, tomó el sobre en sus manos nuevamente, se dirigió a la cocina, prendió la hornalla, y la quemó.

Y al quemarla, se quemaron también aquellas palabras que tantas emociones y sentimientos le podrían haberle causado. Lo quemó todo.

Respiró profundo y volvió a preparar sus tortadas.

EL MAGO

por FLAVIA CIARLARIELLO

Santa Fe

Al principio le dio miedo, y corrió a esconder la cara en mi regazo. Lo espió un par de veces levantando la cabeza como quien no quiere la cosa, no fuera a ser que hiciera algo realmente mágico y se lo perdiera. Entonces hizo un chiste, de esos en los que confunden una palabra con otra simulando torpeza, y él se rió con ganas, y se fue caminando por el pasillo hacia el escenario, despacito. Tres chistes y dos pañuelos de colores más tarde, la atención era total. Entonces llamó a un niño y una niña del público y él volvió corriendo a ocultarse en mi regazo, debatiéndose entre el temor y las ganas, sólo para arrepentirse al instante de no haber sido el elegido para la mágica hazaña que todos aplaudieron. Volvió entonces a ocupar la primera fila, apoyado sobre el escenario, y esta vez no dudó en dejar clara su intención de ser el ayudante. Pero el truco requería dos niños más grandes, y otra vez lo embargó la decepción. El tercer y último acto involucraba la participación de los adultos, por lo que no dudé en ofrecerme como voluntaria, para que al menos pudiera decir que mamá había trabajado de ayudante del mago. Pero no había orgullo en sus ojos, sino más desánimo. ¡Hasta mamá participa y yo no! –debió pensar.

Llegaron los aplausos y todos salieron felices a comer la torta, mientras él permanecía en el medio del pasillo, llorando sin consuelo como... bueno, como un niño de tres años. Entonces alguien dijo: ¡subilo al escenario! Y el mago, tras revolver en el interior de su bolso mágico, sacó un truco a la medida ; un truco que tal vez hubiese despertado el escepticismo de los niños grandes, pero que llenó sus ojos de un brillo que sólo nace de la inocencia y del asombro, de esos asombros que sólo pueden suceder una vez en la vida. Y sonrió una de esas sonrisas plenas, de esas que sólo se esbozan cuando el mundo está hecho de polvo de estrellas, mientras aún sostenía la varita que el mago le había prestado para recordarle que, como siempre le decían mamá y papá, él lo podía todo. Después de los aplausos, y el agradecimiento eterno de toda la familia, el mago se despidió, sabiendo que, por un instante, había hecho magia de verdad.

HARAPOS

por GUSTAVO CONDANO

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Jorge vivía en la calle hacía ya varios años. Casi ni recordaba las razones por las que estaba ahí, con los años los recuerdos se hacían más difusos y vagos. Sus paradas eran unas pocas, las iba variando a medida que lo corrían o se inundaban y ya no eran buenas opciones para dormir. A pesar de lo poco que tenía, su vida era tranquila. Pero todo eso se alteró cuando un joven diseñador se cruzó en su camino.

Ya lo había visto un par de veces, se destacaba por su particular vestuario, había incorporado a su ropa envolturas de caramelos, partes de botellas de plástico y hasta neumáticos usados. Uno de esos días se le acercó, no recuerda exactamente qué le dijo, pero sí que después de una extraña perorata le ofreció un buen dinero por la ropa que llevaba puesta. Él miró los harapos que llevaba y no entendía mucho, pero mirando el dinero aceptó la oferta.

Después de volver a vestirse con algo de ropa que le quedaba en el changuito decidió utilizar el dinero para pagarse una noche en una pensión cercana. Una ducha caliente y una succulenta cena no le harían mal. Ya acostado en un colchón hundido, pero que era de plumas comparado con los cartones y colchas en los que dormía a diario, se puso a pensar en el pobre diseñador. Quién sabe que se le había cruzado por la cabeza.

Algunos días después empezó a ver gente por la calle, vestida con ropa muy similar a la que le había dado al diseñador, casi copiado, pero lo que más lo sorprendió es que era gente que tenía casa propia y otra ropa.

Para él esta tendencia no tenía sentido, y para peor, la gente no se conformaba solo con vestirse como él, empezó a querer dormir donde él dormía, como si se tratara de vacaciones exóticas. Poco de a poco esta moda fue creciendo, de tal manera que la gente iba a dormir a la calle, lo hacían en parejas o en grupos grandes, tanto que había noches que no encontraba sitio para dormir. Incluso otros vagabundos se ofrecían como guías para hacerles vivir la experiencia callejera.

La gente llegaba a pagar grandes sumas de dinero para pasar la noche en la calle sufriendo las inclemencias del tiempo teniendo un techo y una cama en perfectas condiciones en sus casas.

No contentos con eso, le ofrecían comprarle el carrito y sus pocas pertenencias. Era prácticamente basura, pero eran sus cosas. La gente a la que rechazaba no podía entender eso.

Los únicos lugares que encontraba disponible eran lugares lejos del reparo del viento o que no tenían un techo, por lo que muy a su pesar tuvo que aceptar la oferta y vendió sus pertenencias para volver a la pensión. En la basura sólo encontraba cosas nuevas o con muy poco uso, ropa, trajes, hasta grandes muebles y colchones que todavía tenían olor a nuevo.

Él siempre supo adaptarse a las situaciones que la vida le presentaba, por lo que decidió hacer lo mismo en esta ocasión, consiguió un buen traje en un contenedor, una corbata y unos zapatos, prácticamente nuevos y decidió ir a pedir trabajo. No fue fácil, hurgar la basura por más de veinte años no ayuda a la hora de completar un buen curriculum, pero con el tiempo se contactó con una empresa que necesitaba un cadete y estaba dispuesta a arriesgarse con él, especialmente viendo que la mayoría de las personas llegaba a pedir trabajo vistiendo con harapos. Consiguió el trabajo y se esforzó por adaptarse. No era bueno hablando con la gente, pero sí conocía muy bien las calles y llegaba rápidamente a cada entrega. Poco a poco se fue ganando la confianza de sus superiores que llegaron a efectivizarlo. Hasta consiguió alquilar un departamento a pocas cuadras de su trabajo.

Era difícil creerlo, unos meses atrás dormía en la calle y ahora tenía ropa limpia, un departamento y hasta un trabajo. Salía a la calle y veía durmiendo a los pocos que seguían la moda. Algunos la dejaron por el invierno, otros porque se aburrieron y muchos porque no tenían opción, el desorden en sus vidas hizo estragos, perdieron el trabajo y hasta sus parejas.

Jorge fue uno de los pocos que sacó rédito de todo esto, y eso posiblemente pudo ser así porque supo adaptarse a lo que la vida le puso adelante, en vez de subirse ciegamente a las modas impuestas por los demás.

VIAJE EN COLECTIVO

por MATÍAS CORBANI
Buenos Aires

De repente se distrae. La música fuerte le permite pensar en nada. Pero el pensamiento a veces tiene tanta fuerza que sobrepasa cualquier barrera sonora. Lo entristece un poco ver que casi nada, desde hace tiempo, ha avanzado. Imagina las historias de la gente que sube y que baja. Algunos rostros los reconoce, ve en ellos las duras marcas del trabajo, la sombra de una duda, las muecas de la tristeza disimulada.

Encontrar un lugar en el mundo parece ser difícil. Él levanta la visita y observa. No tiene más que unos pocos segundos, si no se afirma el vértigo se lo va a llevar; quizás al suelo, quizás a otro lado...

Acomodarse es el principio, el cuerpo toma cierto reposo, la mente, no.

Recuerda con una sonrisa la cantidad de dilemas que ha resuelto en ese lugar, la cantidad de misterios develados, los conocimientos adquiridos.

Ha visto el mundo hacia afuera y el mundo hacia adentro. Un solo viaje representa infinitos.

Agradece que no todo dependa de él, aunque nunca pierde de vista que tiene la vida en sus manos.

—¿De quién depende este camino? ¿Es un alma lo que habita dentro de aquel hombre? ¿O es un autómeta?

En el fondo entiende su mal humor y, paradójicamente, el buen humor que en ocasiones lo acompaña. Reconoce en ese hombre que está sentado, aunque jamás en reposo, la idea de “llegar al límite”.

Ha escuchado a personas insultar, quejarse, sufrir o preguntar de más. Ha sido receptor de violencia y con todo esto siente que una parte suya ha muerto. Lo ve manejar con esmero, pero ha visto y ha escuchado que algunos de sus pares se han hecho sangre en esos viajes.

Desea para él una vida mejor.

El movimiento lo adormece, se le entrecierran los ojos, pero la desconfianza se los vuelve a abrir. Incluso algún golpe, llegado no sabe de dónde. Esos ojos abiertos lo ayudarán a no sobrepasar su destino, el que fue indicado

de una manera cordial pero vacía. La música lo despabila, la misma que le sirve para no pensar. Revisa sus ideas, la mayoría están en cierto orden.

Es muy posible que algo lo haga levantar, no se siente feliz con eso, aunque reconoce su responsabilidad. Mira con cierto desprecio a aquellos que no cumplen con su deber, recordando los tiempos en que esa rabia debía materializarse para defender a los suyos.

La tosca lentitud de una parte del camino juega arriesgadamente con su paciencia, el llanto de un niño no ayuda a aplacar los ánimos. Ve por la ventanilla que afuera el mundo se está volviendo más hostil, y se pregunta “cuál será el límite”.

Estar familiarizado con el entorno le da sosiego, revive diversiones, sonrío con los recuerdos. Se ve de pie, caminando, esperando por esas calles. Hoy también las recorre, pero desde adentro y con su nariz pegada a la ventanilla. Cierta ansiedad alegre le avisa que está llegando. Dará aviso a quien corresponda esperando ser escuchado (metáfora de la vida). La velocidad disminuye, la concentración se enfoca en lo nuevo, en lo que vendrá. Lo llena saber que va a hacer algo, que va a crear. Interiormente se despide de cada uno de los que han compartido su viaje, aunque el paso al olvido será casi inmediato.

La puerta que se abre gracias a la acción mecánica del aire lo envalentona. Sabe que afuera está el mundo y que lo espera. El miedo va a intentar picarlo con su aguijón, y quizás lo haga, pero ya es tarde para eso, lo ha hecho tantas veces que hoy, es el miedo el que huye. Ya no hay espacio en su corazón para el miedo.

Pone un pie en la calle, agudiza su mirada. Sabe que el viaje en colectivo terminó, que vendrán muchos más y que los afrontará con valentía.

LA PUERTA

por VERÓNICA MARÍA CORES GÓMEZ
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Era domingo por la tarde, la luz comenzaba a escasear, pero era ése el mejor momento para colocar las flores. A esa hora el cementerio estaba, por lo general, casi vacío. Paula se dirigió hacia la tumba situada al fondo, en la tierra, al lado del pequeño apartado dedicado a los niños. Angelitos –decía su tía.

Tal y como esperaba no había demasiado movimiento. La mujer de negro que vio de pasada hacía lo esperable, colocaba flores en una de las tumbas verticales. Paula caminó hacia el fondo, no por el angosto pasillo de pequeñas piedras que quedaba entre la hilera de tumbas y la pared, sino por donde aquellas estaban, eso sí, sin pisarlas. No se pisa a los muertos –decía su abuela.

A cada paso una tumba quedaba entre sus dos piernas y el crujido de las pequeñas piedras sonaba bien claro en la tarde de domingo.

Claveles para los muertos –decía su madre. Y allí estaba ella, colocándolos en el jarrón de aquella tumba compartida. Su tío, su abuelo y otro pariente que ni siquiera sabía quién era. Qué extraño eso de compartir tumba, pensó. Recordó cuando se lo habían contado, cuando muere el siguiente y no hay lugar, se desentierra al anterior, se meten los huesos en una bolsa y esa bolsa se mete junto con el nuevo cadáver y así sucesivamente. No quería pensarlo, pero aquello era atrayente como un imán y la retahíla de huesos, muertos y enterramientos circulaba por su cabeza con vida propia. Los claveles, cada vez le importaban menos. Los teóricos angelitos que tenía detrás de ella ya no le parecían tan angelicales. El silencio se sentía mayor que antes y de que había oscurecido, no quedaban dudas. Ni por todo el oro del mundo quería escuchar en ese momento el crujir de las piedras, pero lo escuchó. El corazón le latía en todo su cuerpo, brutal, como un palpito gigante. Pensó en la mujer de negro.

Será ella –se dijo– ¡Por Dios que sea ella!

Dejó el jarrón y se levantó. La puerta con reja estaba en el medio del pasillo, caminó rápido, los pasos sobre las pequeñas piedras eran crujidos violentados, quejidos. La mujer de negro estaba al fondo, al final del camino, también caminaba hacia la puerta. Midió su velocidad y caminó más rápido, pero ella también incrementó la suya, cada vez menos camino adelante y menos camino atrás. El rostro de la mujer no se distinguía, por más que se

acercase no conseguía verlo. El velo tapaba su cara, el luto la cubría de pies a cabeza. Solo podía distinguirla porque era más negra que la noche que ahora las cubría a ambas. Las piernas le temblaban, las sienes le latían, avanzaba como podía, con pánico de llegar a la reja y con horror a quedarse allí adentro con aquella mujer. Corrió como pudo, cuanto pudo, con la boca seca, con el terror en cada ápice de su cuerpo, enfrentada a la sombra negra, acortando la distancia, acercándose, sintiéndose, comiéndose aquella separación que quedaba con atroces dentelladas de un pánico hasta entonces desconocido. Llegó al último borde atrás de la puerta, sabía que era estrecha, sabía que la tocaría, aquel, aquello, eso que venía de frente y ella se tocarían. No lo pensó, no lo dudó, no tuvo opción. Llegaron al unísono al lugar por el que sólo una saldría y saltó. La traspasó, la puerta, la reja y la mujer. Ésta se evaporó. Lo único que ella recordó al otro lado de la puerta mientras se agarraba el pecho fueron aquellos huecos negros que tenía por ojos y que sabía con total seguridad que la habían mirado.

LA ÚLTIMA BOCANADA

por SILVANA D. ANTONI
Buenos Aires

El mensaje estaba en el contestador. Lo escuchó repetidas veces, pero no pudo entender el nombre del desafortunado. La voz ronca y poco clara lo estremeció; mientras volvía a escucharla, por alguna extraña razón, se le hizo conocida.

Ese hombre... Ese hombre de voz gutural, pausada y arrítmica...

Ese insecto molesto que se atrevía a dejarle un mensaje, sin siquiera dejar en claro los detalles, pensó. Sí, pudo anotar la dirección y al día siguiente, lo conoció.

Las luces del amanecer empezaron a entrar por la ventana del departamento. Encendió un cigarrillo y el humo se metió por su garganta quemándola. Desde temprano había estado dando vueltas, nervioso, alterado. Apagó el cigarrillo. Hoy sí, se sentía enfermo.

Se llevó varias veces los dedos a la boca y tironeó de sus uñas hasta hacer sangrar sus dedos y pensó, que pese a lo que los médicos le habían pronosticado, un cigarrillo más, en nada iba a alterar su malestar.

Frente al espejo, se detuvo en su barba tupida y desprolija, y de pronto comenzó a toser, mientras desde su adentro, arrastró una flema sanguinolenta que terminó manchando la pileta del baño.

Encendió otro cigarrillo. Siguió fumando mientras tosía y le pareció que el pecho se le iba a desarmar, pero ése era su último cigarrillo.

Después comenzó a vestirse de mala gana; odiaba esos lugares, detestaba encontrarse con gente que hacía años no veía, solo para escuchar llorar a algunos y hablar de cosas vanas con otros.

Ya en la puerta y antes de entrar, volvió a su vicio, sabía que el olor de las flores le produciría náuseas y prefirió retrasarse un rato más saboreando el tabaco amargo, antes que enfrentarse con todos aquellos que de una u otra forma, también estaban muertos.

Escupió la vereda y observó el fósforo quemado que recién había arrojado, delgado y negro, y otra vez la tos lo desgarró.

Cuando recuperó la respiración, se acomodó el abrigo y se dirigió escaleras arriba.

—¡Rodríguez! ¿Vos acá?-le dijo el hombre irónicamente mientras le acercaba su mano para estrecharla con la de él.

—Qué mejor lugar que este para encontrarnos—le contestó malhumorado. Sorprendido, aturdimiento y confuso. Se quedó estático y no pudo estirar su mano.

—Pero... No era que vos... — Agregó, pero el hombre comenzaba a darle la espalda y creyó que no pudo escucharlo:

—¡Vení, pasá que están todos!

Y Rodríguez caminó entre aquellos que hacía años no veía, sin importarle la presencia de ninguno, total, de alguna u otra forma estaban todos muertos. Algunas caras le resultaron familiares, otras no.

No quiso acercarse al cajón, le impresionaban esos rozagantes rostros sin vida enfundados en puntillas baratas.

Allí adentro había demasiadas personas, en un jolgorio nada usual a la ocasión. Una corona con un ilegible texto yacía en un rincón, con hojas mustias y ajadas. “¡Pobre cristiano!”, pensó.

Rodríguez continuó caminando mientras los invitados de lo que parecía una fiesta macabra, deambulaban entre risas, ignorándolo, sin prestarle la mínima atención.

Una mujer que estaba sentada en un sillón encendió un cigarrillo.

¿Era la difunta Mabel? ¿Era ella? Enseguida, todos los integrantes comenzaron a fumar y el humo hizo que el ambiente se volviera nebuloso, turbio y sofocante, y Rodríguez aspiró aquel humo, para llenar lo que quedaba de sus pulmones con aquella inmensa bocanada.

—Veo que escuchaste mi mensaje... —murmuró el desconocido, con voz gutural, pausada y arrítmica, mientras se acercaba a Rodríguez para entregarle su mortaja.

EL QUE CAMINA EN EL VIENTO

por NICOLAS DE LUCA
Buenos Aires

El mar de los sueños había congestionado la mente de Lucio durante la noche, impregnando su cabeza con pesadillas que lo habían sumido en un profundo sopor, de esos de los que parece difícil despertar. Por eso, cuando sus ojos se abrieron a la realidad y esta rompió el cristal del ensueño, Lucio se halló perdido, enredado en las sábanas, sudoroso hasta el alma. En la antesala de la noche anterior, antes que el reloj convirtiese el presente en pasado con su goteo interminable de tics tacs, Lucio había estado calado en la lectura. Había estado leyendo Lovecraft, y eso le había provocado una marea de imágenes inconexas pero abrumadoras que habían estado devorando su cerebro en las inconscientes horas del sueño. No recordaba mucho de lo soñado, pero tenía la sensación de que había sido algo horrible.

Afuera de su casa silbaba el viento en rachas intermitentes y la lluvia azotaba con saña las ventanas. Había amanecido amoratado de nubes negras y grises que tapizaban el cielo, que lloraban sin cesar sobre las adoquinadas calles del suburbio; una niebla se agolpaba por doquier y fluía mansamente al igual que las aguas de un fantasmal río en rizados jirones que el viento desgarraba.

Lucio se levantó preocupado, como si la sombra de aquella pesadilla aún estuviera prendida a su piel. Caminó lento, escuchando el sonido hueco de sus pasos sobre el piso de madera que llenaba de ecos la casa. Tenía un presentimiento extraño que le oprimía el corazón y le provocaba una punzada de angustia en el estómago. Estaba casi seguro de no saber de qué se trataba, pero algo, un asomo que la memoria no llegaba a iluminar del todo, le decía todo lo contrario. Impresiones de una noche tensa lo asaltaban fugazmente; muy poco recordaba, frases sueltas, nombres quizá, algo que había pronunciado ensueños y que ahora era incapaz de reproducir de forma completa.

Tomó asiento en la sala, una estancia austera y sórdida en donde se acumulaban libros; se sentó en un sillón junto a una ventana que daba una mortecina luz e intentó recordar lo que había murmurado dormido. Cayó en la idea de que se trataba de nombres, pero ¿nombres de que, o de quiénes? Lentamente comenzó a acordarse. Azathoth era uno, y Nyarlathotep era otro, pero, ¿a quienes les pertenecían?

Transcurrió una hora y más nombres fueron apareciendo en su mente. Cthulhu, después Hastur, luego Yog-Sothoth; más tarde Ghatanothoa y Shub-Niggurath. Por último, su mente escupió el nombre final, que lo estremeció cuando de modo involuntario lo pronunció casi sin aliento: Ithaqua. Este sonó en las paredes de su cráneo como un rugido que parecía venir desde las profundidades del espacio. De a poco fue diciendo en voz alta aquellos nombres que, si bien recordaba no sabía cómo se escribían. Los pronunció con tono fúnebre. Al terminar de hablar, el viento enloqueció. Afuera una corriente de aire frío gritaba y golpeaba la casa. Cada ráfaga que la azotaba parecía el llanto de un niño que repetía la misma palabra en su bramar: Ithaqua... Lucio se convenció de que no era su imaginación, una presencia asechaba su casa, un ser incorpóreo que viajaba con el viento e invadía el interior de su hogar. ¡Los nombres! – pensó – he formulado los nombres en voz alta, yo lo llamé, y él está aquí. Aquellos nombres pronunciados habían sido el conjuro que permitió a esa entidad primigenia volver a caminar entre los hombres. Lucio sintió que su esqueleto vibraba y que se tensaban sus músculos como si fuese la cuerda de un violín estirada a más no poder. Sintió un aliento gélido en el rostro y atestiguó como aquel fenómeno sobrenatural se apoderaba de él. Entonces supo que no podía huir de Ithaqua. Se quedó sentado en su sillón, siendo erosionado por ese viento que manaba del antiguo ser hasta que su piel se secó y desapareció, hasta que su carne se consumió bajo el desgaste del viento y sólo quedaron sus huesos, únicos testigos de que el que Camina en el Viento, había regresado.

EL AMANUENSE

por OSCAR DELGADO
Santa Fe

Las Antípodas, veintitantos días de este mes y año.

Querido amigo, Iván Tolomeo:

No recuerdo si ya lo había informado en documentos anteriores, pero teniendo en cuenta que lo que abunda no daña, voy a lo mío.

Desde que descubrí la existencia de este mundo, que coexiste con otros, me he prometido llevar registro escrito y memorial de aquellos acontecimientos que a mí buen o mal saber y entender son sorprendentes.

Uno de ellos ocurrió hace apenas unas cientos de semanas, mientras releía por primera vez la “Biblia de los Ateos Ortodoxos”, atesorando con fruición entre mis entretelas neuronales, el inciso bisiesto de la un décima columna del centro; cuando levanté descuidadamente los ojos y por consiguiente la vista y la vi: delgada, sutil, etérea y tostada por el sol del jueves *non* santo.

Hasta ese instante no me sorprendí, se trataba de una vulgar hormiga voladora (vulgarus Atta) como tantos millones de otras que revolotean por el mundo, pero fue su actitud posterior la que me dejó perplejo. El insecto alado dio unas cabriolas a pocos centímetros de mi nariz, como si deseara mostrarme sus habilidades volantes: un tirabuzón, una caída libre, un *lupin*, un paralelo al horizonte, y luego como si lo hubiese preparado desde su más tierna infancia y sin decir agua va, azapató, lenta pero decididamente.

Hasta acá cualquier mortal o inmortal, lo tomaría como algo habitual en estos bichos engreídos, que cuando no tienen dueños tangibles, suelen lamer el zapato de desconocidos como muestra de sociabilidad. Pero estimado y nunca bien ponderado Iván, la hormiga en cuestión, que desde ahora, la referenciaré como H1, azapató en mi zapato izquierdo, cuando todos en el más acá y en el más allá, sabemos que las hormigas voladoras solo están autorizadas a azapatar en zapatos derechos, salvo la ausencia de éste, en cuyo caso se les permite abotamangar, siempre en botamangas derechas, ya que las izquierdas están destinadas desde hace siglos a juntar pelusas, chirolas y restos geológicos si los hubieren o hubiesen.

H1, no conforme con su falta de respeto a las normas preestablecidas en múltiples documentos sagrados, con mirada torva y desafiante comenzó a masticar con su diminuta boquita el cuero ovejuno de mi mocasín preferido, laboriosa y constante como son ella y sus congéneres, apenas pasado un año un tercio y 22 minutos, ya había raído un hueco de medio cuarto de centímetros alemanes, superficie suficiente para que su alado cuerpecito pudiese pasar holgadamente, con gesto de satisfacción se aferró al filo de la recién nacida oquedad mientras batía desesperadamente sus alas, tratando infructuosamente de llevarse consigo al calzado y todo lo que a él estuviese unido; resignada, malhumorada y con el entrecejo arrugado, mirándome con el rabillo del ojo, saltó a la profundidad del hoyo desapareciendo de mi campo visual.

Aunque me esforcé ya no la pude observar, ni siquiera con mi tercer ojo sin párpados, pero sí podía sentirla, H1 prosiguió su empeñosa labor masticativa con mi zoquete, al que destejió completamente, sacando por el agujero cada hilo y hebra que lograba arrancar y regurgitar, luego siguió con los delicados vellos que cubrían mis dedos bajos; actualmente la siento royendo el metatarso del pulgar inferior, con dirección Norte-Sur.

Afortunadamente la proximidad con el hecho en cuestión y mi sensibilidad, me permiten un reconocimiento minucioso y localizado de los acaecimientos que se suceden. La transcripción minuciosa regida por protocolos científicos que realizo de los mismos seguramente servirá para sentar las bases de alguna cátedra en la “Universidad del Camino Colorado” a orillas del monte Exipion 2º, también llamado el inmóvil.

Como sabes Tolomeo, la paciencia no es una de mis virtulencias, pero esta vez seré filosóficamente correcto y no opondré resistencia a las actividades rumiarías de H1, hasta que llegue a mi talón de titanio, estoy sinceramente ansioso de registrar los hechos posteriores a ese encuentro, teniendo en cuenta que las hormigas voladoras, son alérgica a ese noble metal.

Te saludo desde Las Antípodas.

El Amanuense

NECESIDAD DE UN COLOR

por JULIÁN DÍAZ
Buenos Aires

Siempre con la angustia a flor de piel, jamás con una sonrisa fluorescente. Niño Gris transita las calles con la mirada gacha, como pidiendo disculpas a cada uno de los transeúntes. Le pesa el mundo sobre los hombros y arrastra un pasado, como si cargara toneladas de piedras comprimidas en una bolsa. A su paso, todos ríen.

El contraste de su piel lúgubre con los vivaces colores de los demás genera bur-las interminables. Hay quienes lo miran con repugnancia y otros que sienten lástima por él. Pero ninguno en República Colorinche se acerca a interrogar sobre su origen.

Niño Gris no ha sido gris toda su vida. Hasta los cinco años, las luciérnagas bailoteaban en su cuerpo, el mundo era un lugar digno de ser habitable y la esperanza lo tomaba de la mano. Pero quiso el destino que un hecho desafortunado irrumpiera en su conciencia de indefensión y lo dejara inmerso en un callejón sin salida. A partir de entonces, su tonalidad fue escaseando hasta adquirir una coloración grisácea, motivo por el cual alcanzó la máxima marginalidad registrada en República Colorinche. Sin embargo, el aire presagiaba una inminente reconversión...

Niño Gris, ensimismado en sus laberintos incoloros, colisiona sin querer con Niño Rojo, quien camina con pasión repasando mentalmente sus vitales decisiones, tan enraizadas como un árbol, inquebrantable, a la tierra. Un segundo basta para la fusión de miradas, para la caricia necesaria entre dos subjetividades. Y el resto de la historia la protagoniza el tiempo.

Con el correr de las semanas, ambos niños van entramando sus pieles, desempolvando las miserias y despidiendo con pañuelos blancos las espinas que destiñen intempestivamente a las rosas. Niño Rojo se despoja de toda idea preconcebida y besa el deplorable cromatismo de su compañero, pese a los señalamientos recriminatorios de los habitantes de República Colorinche.

¡Y el milagro tiene su lugar en el mundo! Poco a poco, los pigmentos van resurgiendo, Niño Gris comienza el proceso de metamorfosis hasta llegar al resultado de su color original: un VERDE tan esperanzado y jovial que deja boquiabiertos a todos los espectadores y que se convierte en motivo de orgullo y felicidad de su ahora inseparable amor complementario.

ESO QUERÍAS

por AMELIA ESTELA ETCHEVARNE

Entre Ríos

Eso querías.

Crecer fue maravilloso junto a un amigo, mejor aún, codo a codo; paso a paso, en iguales veredas. Las calles pedregosas eran causantes de caídas, de rodillas lastimadas. Las de tierra suelta oscurecían las zapatillas blanqueadas al sol. A pocas cuadras, la escuela. El sonar de la campana cortaba la charla y apurábamos el paso. La maestra en la entrada esperando a sus niños, espera que te hacía sentir importante.

Crecíamos y la amistad se agigantaba dándonos seguridad, mucho no entendíamos lo que significaba, pero en mi amiga la belleza aumentaba, hermosos ojos verdes, llenos de chispitas, y una amplia sonrisa. Yo, muy lejos de tener esa apariencia. Ella bulliciosa, yo más bien callada, con voz baja, muy poco atractiva. Las diferencias no condicionaban la amistad, la fortalecían.

A la tarde estudiábamos en casa. Nos sentábamos al frente con los libros y hacíamos como que leíamos, pero apenas mirábamos los textos. Era adelante porque así veíamos pasar a los dos jóvenes que nos gustaban. Nosotras nos formábamos en docencia, ellos ya ejercían una misma profesión. Eran de otras provincias y se habían hecho amigos. Cuando pasaban fingíamos no verlos, nos seguían el juego y al rato volvían a pasar. Los adolescentes de hoy no lo entenderían.

De novias a esposas en poco tiempo. Fui la primera en casarme, al poco tiempo lo hizo ella y nuestros encuentros se hicieron cada vez más esporádicos. Yo empecé a dictar clases en la ciudad, ella ejercía en una escuela de la zona rural. Llegaron los hijos, los míos, muy seguidos, se llevaban apenas un año. Dejé la escuela y me dediqué a criarlos.

Ella tuvo tres niños, mientras seguía trabajando en la misma zona. En cuanto nos veíamos tratábamos de ponernos al día con mucha ansiedad pues nuestro tiempo era escaso.

Con el cuarto embarazo, debí guardar reposo y la docencia quedó relegada.

El destino nos traía una sorpresa. Llegó la noticia inesperada. Habían llegado los pases. En un mes nos trasladaban al sur, a un pueblo dentro de la

Cordillera. No podía optar, tenía que organizar todo, casa nueva, escuela para los niños. Dejar mi hogar, familiares, amigos, el barrio... todo. Era demasiado para mí.

No sabía que a mi amiga le pasaba lo mismo. Solo que ellos debían ir a una ciudad cordillerana del norte.

Nunca perdimos contacto, nos veíamos al visitar a nuestros padres.

Las viviendas que un día habitamos fueron alquiladas por otras familias. Esto me dolía porque no había elegido irme y me costaba mucho aceptarlo.

Para mi amiga era más llevadero, pasado un tiempo, volvería.

El invierno como siempre, muy crudo. La nieve complicaba todo, las rutas se cerraban impidiendo el paso. El evento climático acortó los días de vacaciones. En ese Julio, nos vimos en la esquina, apenas pudimos hablarnos. Sentí algo raro, no sabía qué.

Otra vez, las montañas, el encierro. Estiraba el tiempo consumiendo de a poco los dulces de mi pueblo, no quería perder esos sabores. Volví a la rutina que me disgustaba y me negaba a aceptarla. Pasaron diez días.

Me levanté temprano y aunque había nevado fui a buscar leña, caminaba con cuidado temiendo resbalarme, recogí unos trozos y volví. Todavía me costaba encender la cocina a leña sin inundar todo de humo...

Encendí la radio. No hacía ruido para que los niños no se despertaran.

En la puerta habían dejado una pila de diarios, noticias viejas, me servirían para encender el fuego.

Separé las hojas, enrollándolas para encenderlas. Oí el llanto, mi bebé se había despertado, traté de hacerla dormir de nuevo.

En puntas de pie volví a la cocina y junté los diarios caídos. Al levantar las hojas desparramadas, leo una noticia que no podía ser cierta. Sentí que se me venía todo encima, me fui contra la pared y mi corazón golpeándome el pecho. El humo que inundaba todo, mis lágrimas que caían pesadas. Temblaba, dejé el diario, necesitaba entender. No había dudas. "Una familia que volvía de sus vacaciones en Entre Ríos, perdió la vida en un fatal accidente en la Cordillera" Eran ellos. No cabía dudas. Eran ellos, mi amiga y su familia.

No sé cómo ese diario llegó a mis manos. Me lo habían ocultado, pero me llegó de todos modos. Lo entendí todo. Fue ella, Cristina, no se iría así nomás, antes, quería que lo supiera.

SOLO UN TRABAJO

por MARTIN FABIANO
Buenos Aires

El camión interrumpió el silencio en el descampado. Bajo el arma asustado, pensando que alguien venía. Lo siguió con la mirada, entre la bruma de la lluvia vio cómo se alejaba por la ruta el viejo Mercedes 608.

El Ruso apoyó nuevamente el revólver sobre la nuca del desafortunado apostador. Estaba por presionar el gatillo, pero algo lo detuvo.

—¿Un tren? Esta es una maldita vía muerta ¿de dónde mierda salió? —dijo confundido el cruel sicario —Puede que este sea un mensaje...

El apostador intentaba hablar, pero no podía dejar de llorar.

—Es una linda tarde para verte morir, pero puede que hoy te salves.

—Por favor Ruso, por favor, déjame vivir. —sollozaba Walter, arrodillado en el barro— te pago lo que sea.

—Esto no es un tema de plata, es solo un trabajo. Me pagaron para matarte y es lo que pensaba hacer.

—No por favor, tengo dos hijos, una mujer. Por favor déjame vivir.

—Te salvaste ya dos veces cuando estaba por disparar, primero el camioncito y ahora un tren en esta vía muerta. Quizás no deba matarte.

—Porfavorporfavorporfavor Ruso, tengo otra fija, te juro que esta no falla.

—Te dije que no es por plata, y yo que vos no apostarías más. Tendrías que desaparecer, llamar a tu familia desde el exterior y que ellos vayan a donde estés, si se entera alguien de que te deje vivo, te busco, te encuentro y te mato a vos y a toda tu familia. Así que pensá bien si querés irte ahora, porque la vida de tu familia queda en tus manos y va a depender de lo bien que te escondas.

—Te juro que nunca nadie va a saber de esto, desaparezo ahora mismo.

Sintió como el frío acero del arma se despegaba de él. Escuchó que el chapoteo de las botas del Ruso en el barro se alejaban cada vez más.

El incrédulo fue cambiando la razón de sus lágrimas del más espantoso miedo a la alegría infinita mientras continuaba tapándose los ojos con las manos.

Se levantó y sin darse vuelta comenzó a caminar hacia la ruta pensando como haría, antes de irse, para jugar esa fija que tenía, no la podía dejar pasar.

En ese mismo instante sintió como era penetrado desde detrás, el fuego lo devoraba, pero llegó a ver cómo le explotaba el pecho por delante, vio salir una deformada bala manchada de sangre. Fue rápido y aunque espantoso, no sufrió, era un 44 Ruso, un arma vieja pero amiga de la mafia.

Guardó su arma en la funda y se retiró satisfecho de haber cumplido con su trabajo y sabiendo que no era un desalmado, le había dado la esperanza de la vida.

LA EXTRAÑA VIDA DEL HOMBRE LOBO

por RAÚL FERNÁNDEZ

Buenos Aires

La joven de 13 años tocó el timbre y esperó. Un hombre abrió la puerta.

–Buen día, ¿qué desea?

–¿Aquí vive Sabrina?

–Sí. ¿Vos sos amiga de ella?

–Obvio.

–Está en su habitación. Entrá que la llamo.

Entró siguiendo al hombre, quien iba arrastrando los pies.

Las dos jóvenes se saludaron y tomadas de la mano se dirigieron a la habitación de Sabrina.

–Che, ¿ese es tu papá? –preguntó intrigada, la amiga.

–Sí ¿Por?

–Es un viejo-dijo con asco.

–Sí... bueno, no. Lo que sucede es que es un hombre lobo.-susurró Sabrina.

–¿Un hombre lobo?! –exclamó su amiga, con temor.

–Bueno, ahora ya casi no lo es.

–No te entiendo.

Sabrina comenzó a relatarle.

–Una noche mi mamá se despertó y vio como mi papá, sin hacer ruido, salía de la habitación. A ella le pareció raro porque él siempre fue muy torpe. Entonces lo siguió hasta el monte que está detrás de nuestra casa, viste.

–¿Y?

–Y ahí vio cómo se transformaba y comenzaba a buscar algo para comer, hasta que encontró una paloma y se la comió de un bocado.

–¿Y había luna llena? –preguntó la amiga, cada vez más asustada.

–Siii. Una luna enorme– dijo extendiendo sus manos–. Al otro día mi mamá nos llamó, a mí, a mi hermanita y a mi hermano mayor, y nos contó

todo. Nos dijo que algo debíamos hacer, pero que ella no iba a dormir ni una noche más al lado de él.

—Obvio. ¿Y qué hicieron?

—Mi mamá vino a dormir a mi cama, diciéndole que yo me sentía mal.

Al otro día compró una jaula muy grande y la armó en el sótano y un día antes de la luna llena, entre los cuatro lo metimos adentro de la jaula.

Mi mamá también había comprado una manguera como la de los bomberos, y una bomba centrífuga de alta presión. Así, que a la noche siguiente, cuando se transformó, comenzamos a tirarle agua. Nos turnábamos día y noche, toda la semana, hasta que volvió a ser mi papá.

El problema era que quedaba muy maltrecho por la fuerza del agua y teníamos que llamar al médico porque le producía bronquitis, viste.

Era todo un tema, pero mi mamá, que es muy inteligente, aprovechó lo de la bronquitis y un día hizo venir al médico con un cirujano y lo operaron de las cuerdas vocales para que cuando aullara no se escuchara nada y como estaba anestesiado, también hizo venir a un odontólogo y le sacó todos los dientes. Por una cuestión de seguridad, viste.

—Obvio.

—Después, mi mamá y mi hermano mayor, con una tenaza le arrancaron todas las uñas de los pies y de las manos para que no pueda lastimar a nadie.

—¡Ay! Pobrecito. Le debe haber dolido un montón.

—Y, sí. Pero como todo se lo hicieron un día antes que se transforme y mientras estaba inconsciente, lo metimos de nuevo en la jaula. Al otro día estaba súper furioso, pero le dimos con el agua hasta que se calmó.

Lo bueno es que después de unos cuantos meses, el agua hizo tal efecto que cuando se transforma parece un cachorrito asustado.

Un día le pidió a mi mamá, si lo podía sacar a pasear las noches de luna llena. Lo llevaba con una cadena, aunque más que un hombre lobo parecía un hombre salchicha y como le faltaban las uñas, no podía pisar bien y se le abrían las patas, así que decidió quedarse en la jaula y no salir más. Ahora, cuando hay luna llena, mi mamá lo encadena a la ventana y él se queda nostálgico, mirando la luna durante toda la semana.

—Y cuando lo tienen encerrado ¿Qué le dan de comer? Me imagino que debe comer un montón de carne.

—¡Nooo! Le damos la comida del gato. Una porción a la mañana y otra a la noche.

—¿Y es feliz viviendo así?

—Una vez mi mamá se lo preguntó y él se encogió de hombros. Yo creo que está resignado. Que le hubiera gustado tener otra clase de familia en algún lugar como los bosques de Palermo, pero le tocó con nosotros y ¡bueh! se la tiene que aguantar. Igual yo lo quiero porque es mi papá, viste.

—Obvio.

EL CUADERNO DE WLADISLAW

por SILVIA ALEJANDRA FERNÁNDEZ

Buenos Aires

"La gente tiene más temor a la muerte que al dolor. Es extraño que ellos teman a la muerte. La vida duele mucho más que la muerte. Cuando la muerte llega, el dolor termina."

Jim MORRISON

Wladislaw Kowalsky se embarcó con su hijo Vladi, en el puerto de Marsella. Corría el año 1942 y llegar a Francia les había sido muy difícil. Tuvo la suerte de conseguir pasajes para ambos, aunque necesitó vender todo lo que tenía para poder comprarlos. Solamente conservó algunas cosas de su amada esposa, Ewa, guardadas en el fondo de su bolsa y envueltas con mucho cuidado.

Apenas zarpó el barco comenzó a escribir lo que había vivido durante los últimos meses, y así, algún día poder contárselo a su hijo, sin excluir ningún detalle. Sabía que la memoria suele alterar los recuerdos, sobre todo cuando se quiere olvidar. Cada letra, cada palabra, le abrían las heridas del alma; aun así, registró todo, sin omisiones.

Miró a su hijo dormir y solo vio a un niño sano, igual a cualquier otro bebé; sintió que después de todo habían sido afortunados.

Fue un viaje largo, agotador. Los camarotes de tercera clase eran estrechos y la comida era escasa y mala.

La mayoría de los pasajeros, tenían la misma expresión en sus rostros, mezcla de tristeza por el desarraigo y alivio por haber podido huir.

Él debía de tener un aspecto parecido, aunque tenía la certeza de que nadie había pasado por nada comparable a lo que él había vivido. Pero estaba resuelto a seguir adelante a pesar de todo, nada lo detendría. Estaba decidido a alejar a su hijo del horror que él había visto.

El frío parecía ser una constante en sus vidas. Los camarotes eran húmedos y mal ventilados, pero, a medida que el barco se acercaba a América, los días se hicieron más cálidos y eso bastó para reanimarlo un poco.

Llegaron a Argentina una calurosa tarde de otoño y respiró con alivio al bajar del barco. Por primera vez en mucho tiempo volvió a tener esperanza, la firme confianza de poder rehacer sus vidas.

En vano trató de olvidar los últimos tiempos en Polonia. Las pesadillas volvían a atenazarlo cada noche. Los sueños parecían tener garras, pues se empeñaban en aferrarse a sus sentidos y a su alma, todo el día. Esas visiones casi no lo dejaban vivir; pero debía seguir adelante por el pequeño Vladi.

Los años que siguieron fueron muy duros, trabajando y criando al niño. Solamente su hijo lo mantenía con vida, ya que su corazón se había roto para siempre, luego de la muerte de Ewa. El recuerdo de ese último día con ella lo torturaría para siempre. Pensaba muchas veces que, si hubiera tenido tiempo, quizás hubiera podido salvarla. Pero ellos se la llevaron sin dejarlo reaccionar. Empujándola, la subieron a un tren y Wladislaw pudo percibir el miedo en los ojos de ella. En un segundo, que a él le pareció infinito, vio como Ewa se tiraba del vagón y caía bajo las ruedas, muriendo despedazada.

Los años pasaron y poco a poco el dolor se fue diluyendo. Vladi se iba convirtiendo en un joven hermoso y fuerte, aunque tenía un dejo de tristeza en sus ojos. La misma mirada melancólica de su madre, los últimos meses que ésta vivió.

Su hijo siempre quería que le contara sobre Polonia, sobre Varsovia y Truskaw, el pueblo natal de Ewa. Pero Wladislaw era muy reticente, no quería que su hijo supiera más de lo necesario, aunque algún día debería decirle la verdad. Pero no ahora. Aún no.

Cerró el desgastado cuaderno donde tenía sus recuerdos escritos y, luego de tapar y besar a Vladi que aún dormía, se puso su viejo abrigo gris y salió a trabajar.

—¡Afilador, afilador! pregonaba Wladislaw haciendo sonar su silbato por las calles de Buenos aires.

EL ENCUENTRO

por SILVIA SUSANA FERNÁNDEZ
Buenos Aires

Mientras el lobo desgarrar el cuello del leñador, los gritos ahogados en sangre y el pataleo desesperado hacen del bosque un lugar siniestro. Sin pausa, el animal arranca las carnes del vientre y hociquea con avidez, las entrañas desparramadas. Se escucha un crujir de huesos masticados y el gargareo de la sangre que fluye del cuerpo del hombre ya sin vida.

El lobo saciado abandona la presa y se oculta entre el follaje que bordea el camino, un camino que conoce, que recorre, solo a veces.

Parapetado tras un árbol, la ve pasar muy de cerca, tan linda, tan dulce, tan tierna... Con la lengua flácida, el hálito caliente del jadeo y la baba ensangrentada, se aleja.

El camino lo lleva hasta una casa, ve la puerta abierta, entra sin dudar y encuentra su refugio. Siente frío, tiembla, arquea el lomo, esconde la cola entre las patas; agotado se desploma sobre una alfombra. Así, acurrucado, encuentra en el reposo, un poco de sosiego, pero luego convulsiona, la calma no es posible porque su cuerpo empieza a transformarse. Aúlla enloquecido, endemoniado, lanza al aire inútiles zarpazos. Con los ojos desmesurados por el desconcierto, ve perder su pelaje y sus garras amenazantes devienen en manos temblorosas. El morro se contrae y aparecen los rasgos de un rostro envejecido. Todo muta, de a poco, ante su mirada sórdida que muestra una mente confundida, sin el recuerdo de momentos inmediatos, sin arrepentimientos, sin culpa y al mutar se hunde por fin en un limbo sanador. Entonces reconoce los ovillos y el tejido. Escucha golpes en la puerta:

— ¡Abuelita, te traje pastelitos! ¿Puedo pasar?

LA COMIDA

por SILVIA BLANCA FREDES
Buenos Aires

–Apurate mamá, falta poco para la tirada – dijo Juanito con premura

–Es que estoy buscando bolsas. Vos traé la bici – respondió la madre atareada, mientras se apuraba en sus quehaceres. Juanito trajo la bici, tomó las bolsas que había juntado, más las de su madre, mientras ella se montaba en el vehículo con rapidez.

Salieron, Juanito caminando y su madre en bici. Comenzó a correr, a medida que ella iba tomando velocidad.

Cuando llegaron al puente viejo, con el asfalto roto, vieron el camión que tiraba basura. Basura de los super: carne congelada, leches, crema, helados, fideos, todo aquello que no iban a vender. Pero ya había gente muy pobre, esperando, montadas en sus bicis.

Al costado del camino una fila de policías con cascos, chalecos antibalas y sus tremendas ithacas, también esperando.

Como si hubiera sonado un silbato, las bicis tomaron velocidad y se escuchó una descarga de las armas. Margarita pedaleaba con gran fuerza, el hambre la acicateaba, cuando sintió un pinchazo en el estómago. Le dolió, pero continuó.

Cuando llegaron, repartió las bolsas con su hijo y comenzaron a caminar sobre pilas de comida.

Juanito se fue alejando sin darse cuenta de nada. Margarita se sintió cansada y se sentó sobre la pila de comida. Se miró la barriga y vio un hilo rojo, que lentamente iba manchando sus pantalones y los productos sobre los que estaba sentada. Quiso llamar a Juanito, pero no le salió la voz. De repente, Juanito se dio vuelta, y al verla sentada la llamó con fuerza:

–¡Mamá, mamá! Mirá lo que encontré –sorprendido por su falta de respuesta, comenzó a caminar hacia ella, pero Margarita no podía oírlo, siguió sentada, inmóvil. Cuando Juanito se aproximó finalmente, la vio estática, y el gran charco rojo que la rodeaba. Dejó caer las bolsas, llenas de comida.

–¡Qué alguien me ayude! –pidió con voz dolida– ¡Por favor!

Dos compañeros buscadores se aproximaron, se dieron cuenta que la mujer estaba muerta.

–Aguantá, vamos a llevarla hasta el puente

–Está muerta, está muerta – lloraba Juanito, sin poder controlarse.

Una vez en el puente, la policía observaba con indiferencia. Luego de varios intentos con la poli para que llamaran una ambulancia, decidieron llevarla a la rastra hasta el rancho de Juanito.

Luego, Juanito quedó solo con su madre muerta. La miró largamente, no sabiendo muy bien qué hacer.

Finalmente, con un dolor apestoso que le invadía las tripas, fue a buscar la pala y cavó, cavó, cavó... A lo mejor si seguía cavando, su madre despertaría. La envolvió con su sábana sucia y vieja, a modo de mortaja y la echó en el pozo. Empezó a tirar tierra sobre su querida madre. Se quedó sentado junto a la tumba. La luna, nuevamente en el cielo, lo iluminó y brilló en su carita manchada; las lágrimas corrían por ella, siguiendo los surcos de la mugre.

LA ASTUCIA DEL DIABLO

por LAURA MARIEL FRIAS RODRIGUEZ
Corrientes

¡Era el tipo más malo y más bruto que existió en la tierra!

Cuando murió bajó directamente al infierno, pero el demonio, por temor a que le serruche el piso, logró deshacerse de él, enviándolo a su creador.

Al llegar arriba, Dios le dijo: Así que vos son don Calvario; ¡Qué tipo más malo y bruto que fuiste!

–Bueno Sr. Dios; malo sí, bruto no –aclaró don Calvario–. Yo una vez supe ser muy bueno también, pero justo cuando le estaba tomando el gusto, me enviaron acá.

–¿Cómo que por ser bueno te enviaron conmigo? –Le pregunto Dios– Haber explicame.

–Bueno... yo... yo...

–¡Anda hombre! –Le reprendió el creador.

–Bueno, vea Sr. Dios, cuando yo morí, bajé directamente al infierno, porque como ya sabes; fui un tipo muy malo; pero bruto... no eh. La verdad, me adapté rápidamente a ese hermoso lugar. Hasta me ascendieron a primer ayudante.

–Ahhh... ¿Y por qué crees que te enviaron acá entonces?

–Y porque me convertí en bueno. –respondió don Calvario.

–¿Quién te dijo eso? –preguntó Dios.

–Y su hijo, el mismísimo demonio. Según él, yo no podía estar más allí, porque me estaba convirtiendo en el más bueno de todos.

–¿Y se puede saber que tarea realizabas allí?

–Torturar a los recién llegados, domar serpientes, jugar con fuego, entre otros.

Entonces, Dios muy sacado de la paciencia gritó: ¡Qué bruto eres don Calvario!

–Bueno, Sr. Dios, bruto sí; pero malo... ya no eh...

¿PAPÁ, QUE TE PASÓ EN ESE CAMPO DE CONCENTRACIÓN DONDE ESTUVISTE PRISIONERO?

por JOSÉ OSCAR FRIGERIO

Córdoba

La pregunta todavía resuena en mis oídos, ahora que ya hace varios años que mi padre se fue a mejor vida... quizá porque nunca me la respondió del todo. A medias pudo narrar algunos sucesos, que debieron ser horribles porque ni siquiera podía contarlos, ni recordarlos quizá. No lo sé. Sólo recuerdo aquella vez que, siendo pequeño, fuimos a ver una película de guerra con Alberto Sordi, y él no pudo aguantarla, saliendo apresuradamente del cine en mitad de la función... Estaba aterrorizado y respiraba apresuradamente como si le faltara el aire. Algo difícil de olvidar para un niño.

Quien sabe que había quedado en su mente, después de padecer penurias y maltratos, hambre: “¡Comíamos la cáscara de las papas que nosotros mismos pelábamos!”, trabajos forzados: “¡Nos levantábamos a las cuatro de la mañana para trabajar en una fábrica, y guay si no te apurabas, corrías el peligro de que te dieran un golpe o te metieran una bala...!”.

Claro que mi padre tuvo algo de suerte porque era italiano, católico, y había sido apresado en un barco de la marina después de que el general Badoglio tomó el poder en 1943, e Italia pasó al bando aliado. Mussolini tuvo que escaparse, ayudado por los nazis; y el barco donde mi padre era marinero y telegrafista (él decía *fourier*) pasó a combatir para las fuerzas aliadas de Inglaterra, Francia, la U.R.S.S. y Estados Unidos, despertando la ira y el enfrentamiento con los antiguos amigos alemanes. Entonces fue tomado prisionero junto a los suyos, y llevado a un campo de concentración y trabajos forzados en Frankfurt; sí, creo que si no me falla la memoria estaba situado en Frankfurt. Miro en un mapa que se halla en el Estado Federado de Hesse, Alemania, y tiene más de 700.000 habitantes. Es la quinta ciudad de la Alemania actual...

De cualquier modo, es cierto que mi padre nunca habló demasiado de qué le había sucedido en esos dos años en ese campo de concentración. De las estrategias que tuvo que emprender para poder sobrevivir al hambre y los malos tratos... aunque alguna vez reconoció que tenía suerte de no ser judío, porque a ellos “los maltrataban y mataban con demasiada facilidad”, por cualquier cosa sin justificación ninguna. Bueno, el morir por cualquier cosa era moneda común para todos los prisioneros –italianos, rusos, franceses, judíos,

polacos— pero con los judíos no era necesario ni una pizca de justificación. Simplemente se los mataba por deporte...

Y cuidado con querer escaparse del campo. Algunos lo intentaban, pero generalmente los atrapaban y fusilaban adonde los encontraran...

Vida dura la del campo, con temperaturas bajo cero y casi sin tener como protegerse del frío... y trabajar y trabajar diariamente sin descanso, levantándose a las cuatro, aunque diluviara o hiciera un frío que calara hasta los huesos, paralizara e impidiera, muchas veces, que pudieras cumplir con las tareas que te imponían...

Pienso que la vida es hermosa, aunque no en todas las circunstancias. Y mucho menos en esos desventurados momentos en que los hombres se enfrentaron encarnizadamente unos contra otros, fingiendo diferencias que no son reales y buceando en lo más profundo de su animalidad, en vez de elevarse a las alturas que sus logros culturales, y el progreso material y espiritual debieran haberlos impulsado.

Por eso, muchas veces traté de comprender y justificar algunas actitudes violentas o irascibles de mi padre, el cual nunca pudo acceder a una terapia para tratar de esclarecer y morigerar los efectos de las crueles vivencias que tuvo que sufrir durante la guerra. Y comprendí sus apremios a favor o en contra del hambre, el trabajo, el ahorro, y tantos otros valores que se le grabaron a fuego después de tantas vicisitudes...

Por eso, cuando miro algunas pocas fotos que quedaron de la guerra, de esa guerra que le tocó vivir y padecer... y veo como salió demacrado de sus últimos momentos en ese campo de concentración, percibo cuanta verdad había en sus palabras acerca de las penurias que vivieron... aquellas que siguen resonando en mi mente: “¡Comíamos cáscaras de papas, y si te atrapaban robando un pedazo de pan, te pegaban un tiro sin preguntarte nada...!”.

SORPRESAS TE DA LA VIDA

por HORACIO JOSÉ FUENTES

Buenos Aires

El revolver que llevaba sostenido por el cinturón le producía una doble incomodidad, una era la incomodidad física; ese hierro frío y pesado le impedía moverse como lo hacía habitualmente. La otra incomodidad era mucho peor, porque implicaba, miedo, tensión, angustia. Le sudaban la manos y sus movimientos eran torpes, no solo por el peso del arma, sino porque la nerviosidad lo hacía temblar aunque de manera imperceptible.

Nunca antes había llevado un arma y mucho menos de un calibre grande como un 38, pero las circunstancias recientes lo llevaron a encontrarse en una situación en la que jamás se hubiera imaginado.

Primeramente se le ocurrió que podría huir inmediatamente, pero le advirtieron que lo estaban controlando, para asegurarse (ellos) que cumpliera con el encargo; es decir matar al tipo que tenía aterrizado al barrio y al que nadie se atrevía a denunciar porque sus vínculos lo protegían.

Los vecinos se confabularon y en una reunión secreta acordaron matarlo, realizaron un sorteo y el tristemente beneficiado fue él. Primero se negó aduciendo todo lo que se puede aducir en esos casos, pero fueron implacables—tendría que hacerlo— la decisión era de carácter inapelable, se habían juramentado, nadie que fuera elegido podría eludir la responsabilidad. Y como le recordaron, él no puso objeción alguna cuando habían acordado matar al tipo.

Agobiado por el terror al cambio que se produciría en su vida una vez cumplida la tarea encomendada, andaba por el barrio con el ánimo sombrío. Se consolaba diciéndose que en realidad el tipo que tenía que matar era un asesino despiadado y difícilmente se le podría encontrar alguna virtud; de todas formas, la idea de matar le repugnaba. Maldijo el momento en el cual no opuso resistencia a la decisión colectiva que lo tenía en esta disyuntiva.

Más allá de todo esto que pensaba y que lo mantenía como en una irrealidad, no se sentía capaz de cumplir con el mandato, pero no le quedaba alternativa.

Hacía ya cinco días que llevaba el revolver en la cintura, pero aún no podía encontrar a Troncoso; ese era el apellido del tipo al que debía matar — el tronco— le decían y era un personaje digno de temer.

Las especulaciones se le presentaban una tras otras: primero pensó que el tipo debía estar enterado de que alguien lo buscaba para matarlo; entonces alguno del grupo era un traidor. Después se convenció de que iba directo a una trampa o podría ser que, por alguna cuestión eventual, Troncoso no estuviera en el barrio. Muchas otras cosas se le ocurrieron y ninguna era alentadora, esperaba verlo aparecer en cualquier calle dispuesto a asesinarlo sin miramientos, o peor, quizás cualquiera de los que se cruzaban con él, podría ser su ejecutor. En ese caso, dejaría de ser el cazador transformándose en una presa indefensa.

En el transcurso de ese quinto día se le acercó una mujer ya bastante mayor, el terror que sintió en ese momento, le impidió salir corriendo como el cobarde que era.

—¿Usted está buscando a Troncoso, no?

Un sí entrecortado fue apenas lo que pudo contestar.

—No lo busque más, está muerto en su habitación.

—¿Qué? —Titubeo entre temblores incontrolables.

—Yo lo maté, era mi hijo.

El terror no le permitía articular. La mujer continuó

—Ya no podía soportar a un hombre a esa bestia

Se notaba que la mujer necesitaba desahogarse porque siguió su monólogo —por casualidad oí que lo buscaban para matarlo y supe que el que lo buscaba era usted, y también supe que no sería capaz de cumplir.

—¿Pero y...?

La mujer lo interrumpió —vi la oportunidad.

—¿La oportunidad?

—Si, yo lo mataría y usted sería el culpable. Bueno adiós, le deseo la mejor de la suerte.

VOYEUR

por VICTORIANA DEL CARMEN GAJARDO REBOLLEDO
Buenos Aires

La mano temblorosa de la mujer morena, de pelo oscuro azabache, tomaba presurosa el teléfono inalámbrico y luego de varios intentos lograba digitar el ansiado número de la estación de policía. Su vestido liviano y ajustado, de tono sepia, movido suavemente por la brisa que ingresaba por la ventana del comedor, mostraba su buen gusto al momento de elegir vestuario. Pese a que sus facciones la mostraban serena, internamente estaba asustada, sintiendo que en cualquier momento dejaría de respirar.

Mientras esperaba respuesta a su llamado, los pensamientos la llevaban atrás, al momento de la llegada del nuevo vecino.

El departamento 15 “B”, ubicado justo a contra frente del suyo, estaba ocupado por un tal Javier desde el mes de julio pasado. La mudanza se había llevado a cabo en una mañana lluviosa y ambos se vieron por primera vez cuando el recién llegado, ayudaba a los empleados de la empresa de mudanza a mover un pesado cajón cerrado con candado.

Pasaron las semanas y Juana, atleta y escaladora profesional, pese al esfuerzo empeñado, producto de la curiosidad, poco pudo anoticiarse de quién era y qué hacía su misterioso vecino. Recordaba un segundo y quizás hasta un tercero encuentro casual, en el pasillo central, con el intercambio del saludo protocolar, pero nada más. El misterio permitió que la audacia de la mujer fuera aumentando y cuando menos lo esperaba, la noche del martes pasado pudo, a través de su ventana, ver a Javier, alto, despeinado y en bata, deambulando por las habitaciones de su departamento.

Si bien la persiana estaba apenas levantada, era suficiente para permitir ver qué sucedía en el interior de la habitación. La sorpresa fue mayúscula cuando Juana notó que el hombre no estaba solo, una mujer yacía a su lado, quieta, casi desnuda.

Fue en ese momento que la adrenalina la obligó a permanecer casi diez minutos mirando lo que pasaba y luego diariamente a mantener la costumbre de espiar a Javier y sus asuntos. Si bien la primera vez solo pudo observar escasos movimientos, no alcanzó a saber porque la mujer se mantenía quieta; pero los días siguientes las imágenes que se presentaban a su vista incluían

sadomasoquismo y sexo, pero siempre con una mujer diferente. La acompañante de turno mantenía con Javier interminables escenas sensuales copiadas del Kamasutra o de tremenda crueldad copiadas de la Web Profunda. Pero Juana nunca pudo conocer el final de cada encuentro ya que las tenues luces se desvanecían y la persiana era totalmente cerrada, como obedeciendo una extraña orden que solo permitía ver parte del show.

Trató varias veces de saber cómo entraban y salían las partneres de turno, pero solo en tres oportunidades pudo ver el ingreso de las chicas por la puerta principal, aunque nunca la manera en que salían del edificio.

A sus treinta y cinco años era la primera vez que enfrentaba un reto lleno de misterio, pero entendía que cada sesión le producía un alto grado de erotismo y placer, lo que la obligaba a desconocerse a sí misma.

Hoy, a la noche, sabiendo que Javier no estaba, se había animado a ir más allá de lo que su cordura y sensatez le aconsejaban y en un momento de arrojo consiguió entrar al misterioso departamento, luego de trepar por los balcones. Al principio todo parecía normal y pese a la penumbra podía ver mesa, sillas, adornos, libros, cajones. Sí, dos cajones grandes cerrados con candado apoyados sobre un enorme charco de líquido viscoso y oscuro. De a poco Juana fue comprendiendo a qué se enfrentaba y ahora entendía por qué no veía salir a las mujeres. El olor incipiente le confirmaba lo peor y sabiendo que estaba siendo testigo de uno o más asesinatos, buscó desesperada la puerta principal, que por suerte estaba sin llave, para bajar rápido por las escaleras, cruzar el pasillo y llegar a su departamento para hacer la llamada telefónica.

Un inesperado ruido la puso en alerta y el aparato telefónico cayó de su mano cuando recordó que había dejado la puerta sin cerrojo. Por el rabillo del ojo vio cómo la silueta de Javier, cuchillo en mano, se acercaba lentamente. Ella indefensa, víctima de su “voyeurismo”, cayendo en la trampa hábilmente tendida por el múltiple asesino.

PIEL DE JAZMINES

por HÉCTOR FABRICIO GALLARDO

Entre Ríos

Con los papeles sellados y el pasaporte en mano, Tokio nos daba la bienvenida. El vapor en las calles nos hacía sentir extranjeros a todos los que formábamos parte de la delegación. Olores nuevos, el ruido ordenado de la ciudad y voces crujientes cruzaban en todas las direcciones; y nos daban paso ante el frío de las altas sombras en –nos dijeron– un día diáfano de primavera.

Animados pero tranquilos, rápidamente nos acomodaron en las habitaciones del “Falcon Hotel”. Se sentía un bienestar exagerado. Amplio ventanal de vidrio, una mesa, dos sillas, cama de una plaza; todo muy prolijo y con mucho espacio. Lo que me llamó la atención, no fue –en mi caso– la tecnología del cuarto sino, una bata sobre el borde de mi cama. En uno de sus bolsillos tenía bordado un ave de ojos saltones y pico curvo.

A la noche, saliendo del hotel y camino al festival; se escuchaba una voz parlante anunciando el certamen: “¡Welcome to the Competition of Tango Tokyo Nineteen Ninety!”.

Recuerdo que ese anuncio me puso nervioso. No era por el concurso, ni el olor a tintorería de mi traje peregrino; esa tarde podría bailar con ella por primera vez. Y en un momento, nuestros nombres se anunciaron: ¡Juan Cruz and Moira from Argentina! No sentí nada, ni la música de fondo, ni los gritos de nuestros compañeros, ni los aplausos del público... solo escuché el sinuoso caminar del “taca, taca, taca, tac” de sus zapatos de salón acharolados y el aroma a jazmines de su perfume.

Una vez en posición y esperando los tres golpes de las baquetas, me aprieta las manos y dice: “¡Lo vamos a lograr!”. La orquesta comenzó a llenar de magia el lugar con “Lo Que Vendrá” de Astor Piazzolla y aplicando la técnica del “espejo” recorrimos la pista, como aguas danzantes inundando de luz cada corte de coreografía sobre el piso parqué. Aunque esa noche bailamos en la oscuridad, la belleza de su cuerpo quedó ilustrada en mis manos.

Pasaron veinte años de esa experiencia, hoy enseñamos juntos en nuestra academia de baile para no videntes. Y cada vez que oigo ese “taca taca taca tac” de sus tacos, vuelvo a sentir ese brillo de una noche de jazmines, piel y tango argentino.

MISOGINO

por JOSÉ GARBER

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

“Ese hombre que va por la vereda de enfrente con el sobretodo largo es un misógino”. Raulito me lo dijo mientras, sentados en el cordón de la vereda, esperábamos a los otros para empezar el picado.

Temores

Le conté a Matías, mi primo mayor: a mí me cae bien, los dos somos de Independiente y cuando ganamos, y de carambola nos encontramos, me invita un helado.

Mi primo se lo comentó a Julia, su hermana tres años más grande... Ésta, un poco preocupada se lo dijo a mi tía Cecilia que tardó dieciocho segundos en contárselo a su hermana Regina, que es mi mamá.

Ella me dijo que dudó varios días antes de decírselo a papá, porque le daba miedo que se enojara mucho. Pero al final pensamos que era peor no contárselo y quedamos que al día siguiente se lo diría. Por las dudas no aparecí por casa hasta la tardecita.

Mi mamá me contó que, al principio, mi papá no supo qué decir ni qué hacer, miraba hacia el piso, hacia el cielo, no le salían las palabras, pero al final su cara se iluminó, porque recordó que su amigo Luis, tiene el quiosco de fotocopias en la Facultad de Agronomía, y pensó que pasándose todo el día en la Facultad seguro que sabría de qué se trataba. Escuché cuando al día siguiente, muy contento le dijo a mi mamá:

—Regina... tranquila, lo llamé a Luis, el que trabaja en la Facultad y me dijo que no es nada.

De todos modos, madre al fin, no se quedó tranquila y consultó con Pepe, el hijo de su vecina, que estaba en segundo de Medicina.

—Pepe, lo que más me importa es saber si es contagioso, porque ese hombre se pasea por la calle como si nada.

En pocos minutos le contestó: “Quédese tranquila doña Regina, como enfermedad no aparece por ningún libro, lo más probable es que sea un virus o una reacción alérgica pero estoy seguro que con un buen antibiótico cada doce horas, el problema se acaba”.

Inmediatamente mi mamá llamó a mi tía para tranquilizarla. Estaba almorzando con mi prima y las dos respiraron profundamente aliviadas. Tan aliviada estaba Julia, que su hermano menor o sea mi primo mayor, me contó qué fue lo primero que le dijo cuando, como siempre, lo buscó en el colegio.

“Me Gustaría ser Misógino... aunque no sé lo que es”.

Como cada domingo nos encontramos con Matías en casa de mis abuelos. Entre él y yo flotaba la gran pregunta. Me di cuenta que él también hubiera querido ser misógino y me dijo que se sintió muy mal cuando entró a Google buscando un curso por correspondencia y no había. Entonces le confesé: “Yo también estoy un poco triste, lo encontré el otro día al señor y no tenía uniforme de misógino como tiene el cartero o el de seguridad del supermercado”.

Para rematarlo, mi tío Francisco que está casado con mi tía Cecilia buscó la palabra en el diccionario y cuando estábamos comiendo la fruta nos dijo a todos:

–Un misógino es un hombre que le tiene bronca a las mujeres, es inconsciente y ya empieza desde chico.

Escuché a mi tía Cecilia murmurar bajito:

–¿No era mejor que fuese una enfermedad?

A TIEMPO Y HORA

por CARLOS GARDEY
Buenos Aires

Marzo de 2005, comienza a engranar la máquina del trabajo y la producción, comienzan a palidecer los rostros curtidos de la época estival y las clásicas molestias que causa en algunos tener que alzarse el saco y la corbata. Las calles se atascan de vehículos provocando atascamientos, nervios y malestar.

Largas filas para cualquier pago o adquisición. Allí, los más astutos oportunistas cobran por ese servicio, todo esto hace que aumente la temperatura de este sol, aún pleno, aún pleno de fin de temporada.

Atrás quedaron las vacaciones con esa paz que provoca el ocio, para algunos, con las diferentes escenografías y paisajes. En cambio, para otros, la negligencia y la falta de sentido común han convertido todo en desastre y desolación.

Las publicaciones de esos días solo nos hablan de tragedias en las rutas, el terrible desastre del “boliche”, asaltos en las casas de veraneo, violaciones y demás, dejando como saldo una espantosa nómina de dolor. Se diluye la capacidad de asombro y nada nos puede sorprender.

Y en medio de ese zapateo autóctono nacional, surge el sabor por aquellas pequeñas cosas que nos redimen un poco, que nos alivian la carga y hacen que podamos volver a creer.

Y allí iba “Él”, ligero, seguro, vertical, un superhéroe moderno, que en lugar de espada empuña un gran ramo de rosas rojas a punto de estallar, flamante la dedicatoria con el rulo prendido al film, tenía que llegar, tenía que estar a tiempo y hora, tenía que ver su rostro, tenía que dejarlas en sus manos.

Pero de pronto, entre las sombras como un rayo, el golpe certero, frío, cobarde y el hombre de nariz contra el piso, entonces dos chicos corren con una billetera, documentos, tarjeta de crédito, veinte pesos, un par de anteojos y un celular.

La gente se empieza a juntar, se agolpan, lo rodean, y a lo lejos aúllan las sirenas. Pasan unos minutos y nuestro personaje trastabilla, se incorpora, seca la sangre de su rostro, sacude su ropa, se acomoda el cabello y tembloroso mira hacia un costado, y allí estaba su ramo de rosas, esboza una sonrisa, mira hacia el cielo, agradece y se dice: “¡Qué estúpidos!... dejaron lo más importante”. Tomó las flores, se abrió paso entre la gente y se fue ligero, seguro y vertical; tenía que llegar a tiempo y hora.

MORDAZA A LA MORDAZA

por KARINA GARRIDO
Buenos Aires

La primera vez no me percaté de que no fue solo un exabrupto, como me dijiste aquella noche. Decidí creerte y fue mi gran error.

De a poco, a oscuras y ultrajada, lloro hasta quedar sin lágrimas, no te das cuenta, pero la verdad es tan cruel como tus bofetadas.

Siempre sabes más, amordazas mis sentimientos deshonrándome con tu prepotencia, tus palabras violentan mi alma, la golpeas con tus insultos, insistís en denigrar mis ansias. Por eso me resguardo en los benditos silencios que me sirven de coraza, que me protegen de tu omnipotencia, de tu ambición desmedida que bien ocultas detrás de la máscara que usas ante la familia.

Buscando alivio o quién sabe qué cosa, vendo mis ojos para no reconocer lo que pasa, intento evadirme de esta realidad, pero vos te empeñas en demostrarme quien manda, que yo vivo porque lo permitís y que si querés me matas.

Salgo a caminar y tomo coraje, grito lo que me sucede esperando encontrar auxilio, en cambio la gente me mira desorientada, algunos dicen pobrecita, otros callan.

Nuevamente siento deshacerme, dolida y lastimada, ya no puedo más. Esto es un abismo que me asfixia. Cruzo las calles, llego a la plaza, veo a los niños hamacarse, el pecho se me oprime, pero allá, enfrente, encuentro lo que deseo y me libero del calvario impuesto: entrego mi vida a los rieles de un tren en movimiento.

EL ESPEJO

por MARIO ALBERTO GRINBERG
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Ubiqué el espejo en la pared que da frente a la puerta de entrada al departamento.

Mediría unos setenta centímetros de ancho por sesenta centímetros de alto.

Había quedado deslumbrado por la belleza de su marco de madera finamente trabajada y el bruído cristal de su corazón espejado.

Lo había adquirido en un mercado de pulgas y objetos antiguos, cuyas tiendas mezclaban algunos absolutamente inútiles, con partes de otros totalmente inservibles.

Pero excepcionalmente, a ojo de experto aparecía una pieza de cierto valor, a veces solamente estético y otras hasta presumiblemente económico.

Inmediatamente observé un espejo, sin dudas de antigüedad manifiesta, cuyo marco de oscura madera tallada, y algo deteriorada, llamó mi atención, atrapándola definitivamente. Su precio me pareció más que barato por la apariencia del objeto, ante lo cual decidí adquirirlo.

Por el sitio donde lo coloqué (privilegiado, por cierto), cada vez que ingresaba o salía del departamento llamaba mi atención y siempre dedicaba algunos instantes observándole fijamente, viendo mi figura retratada.

En ese menester me encontraba un día, cuando creí percibir que el cristal parecía ondularse como un mar de reflejos, como si vibrara con vida propia dibujando siluetas que flotaban en su interior. Pensé que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada o bien que su pulido no tenía la perfección que le atribuyera originalmente. De todas maneras, no le di demasiada importancia, ante la belleza de su integralidad preferí ignorar lo que creí estar viendo.

Sin embargo, poco tiempo después, en mi rutina de observarme en la preciada pieza antes de salir, sentí como un leve cosquilleo en todo mi cuerpo y noté que reflejaba mi imagen, pero faltaba el brazo derecho. Me aproximé y en seguida noté que desaparecía también el izquierdo. Solamente podía ver mi cabeza y mi torso.

Fue suficiente nada más que un instante para que pudiese notar como también se esfumaba el torso mientras que, simultáneamente se empañaba el cristal. Este hecho me impidió advertir que tampoco aparecía mi cabeza y mi rostro.

Ya no me hallaba en la entrada del departamento, pero sí podía observarla desde el interior del cristal. Del otro lado. Estaba dentro del espejo y en mi derredor danzaban imágenes, algunas reconocibles como siluetas informes y sin rostro y otras irreconocibles, surrealistas, como en un sueño. Ninguna emitía sonido. Sólo danzaban a mi alrededor. Eran reflejos de seres de otros tiempos. Todo el entorno parecía carecer de sentido.

Me pareció que viajaba en el tiempo y en el espacio, girando y girando, en la búsqueda de mi propio pasado. Y de pronto, todo cesó. Un bochornoso silencio me rodeó y las imágenes se esfumaron. Quedé solo dentro de mi espejo hasta el instante en que me deglutí íntegramente.

Inquieto ante la ausencia de noticias mías mi sobrino, con el cual me unía un estrecho vínculo afectivo, decidió hacerme una visita. Como nadie respondía a sus llamados, optó por utilizar las llaves de las cuales siempre creímos prudente que poseyera copia. A nadie encontró en el interior del departamento, pero llamó su atención un espejo, que nunca había visto antes, ubicado frente a la entrada.

De unos noventa centímetros de ancho por ochenta centímetros de alto.

Pensó que me habría ausentado. Tal vez un viaje relámpago. Pero no logró resistir la tentación de observar su imagen en ese hermosísimo espejo. En cierto momento tuvo la sensación que el cristal vibraba, produciendo ciertas ondulaciones, mientras que simultáneamente percibía como un leve cosquilleo en todo su cuerpo.

Cuando la policía ingresó al departamento, alertada por el encargado del edificio, quien hacía más de un mes que no me veía, nada extraño encontró en el interior.

Todo estaba en su lugar y bien ordenado. Solamente llamó la atención que la puerta de entrada se hallaba sin cerrar con llave.

Y algo más. Un muy bello pero extraño espejo de más de un metro de ancho y algo menos de alto, de frente al ingreso, cuyo cristal, seguramente mal pulido, aparentaba ondular, como si vibrase.

BOSQUE DE PINOS

por ONAN NAHUEL GUERRERO
Buenos Aires

Sus pisadas se enterraban en hojas secas. Corría, la mirada irradiaba terror. El corazón le martillaba el pecho; jadeaba, exhausto... los pensamientos lo apuñalaban. Huía de los destellos mientras atravesaba ese bosque otoñal cubierto de rojo. Los deseos de sobrevivir desbordaban como sudor. Su mente lo llevaba a rastras: no podía recuperar el control del cuerpo. Lo controló un tiempo, el suficiente para que no se estrellara contra los troncos: se multiplicaban en un patrón infinito.

Todo era árbol, hojas, rocas. A la distancia, una neblina bañaba los confines. El hombre siguió corriendo, aterrorizado. Se cubría la cabeza cuando escuchaba repentinos estruendos que le pateaban el pecho. Miraba hacia atrás. Buscaba entre los troncos, hojas y rocas, el origen de esos sonidos que zumbaban a pocos pasos. Corría más deprisa, agachando la cabeza, jadeando. Seguía su camino: en una línea recta imaginaria entre pinos, hundía los pies en los cúmulos de hojas secas. Pisaba uno, y un temor secundario crecía. No prestaba atención al recorrido, pero el miedo de pisar una saliente o una piedra puntiaguda escondida entre las hojas lo perseguía. Sus ojos se despegaron del horizonte nublado; de a momentos, miraban el suelo con ansiedad y temor crecientes a lo desconocido. Veía su pie levantarse del anterior cúmulo de hojas, quedarse en el aire y luego descender. Bajó la guardia. Fue más que suficiente: su pie entró de lleno en un montículo de hojas. Sonó el crujido. En los rincones añejos de un miedo de nacimiento, el pánico emergió cuando el rojo seco de las hojas tragó su pierna. La punta del pie encajó entre dos rocas ocultas. Cayó al suelo. Un dolor palpitaba y ardía; la sangre brotaba de la herida confundándose con el rojo del suelo. Se apretó el pie con las manos mientras gritaba, pero esa no era la peor sensación. De reojo, otro destello a la distancia y en su mente emergió el pensamiento de que los perseguidores estaban cerca. Nació el terror más puro: el cuerpo convulsionaba como si un reflejo de plomo ardiente se enterrara en él. Se levantó como pudo. Las manos le cubrieron la cabeza. Corrió de nuevo, sin coordinación, por la cercanía de sus futuros ejecutores. Se tiró detrás de unas rocas, cayó en una pared de tierra y raíces. No podía calmarse. Los armados se acercaban, lo buscaban, era cuestión de tiempo. Buscaba desesperado algo con qué defenderse. Pasó

las manos por el suelo, clavándose espinas y pequeñas piedras. No le importaba, seguía buscando, agobiado por el porvenir de los disparos. Se resignó, el dolor le impedía continuar. Al levantarse tuvo la esperanza de no escuchar pasos, pero a la vez, se destrozaba por dentro por no saber dónde estaban sus perseguidores. Esperaba. Imaginaba escuchar pasos o un grito. No llegaban, le carcomía la mente. Tiritaba. Entraba a un espiral que lo hundía en su pánico. Para calmarse, intentaba recordar dónde había comenzado todo.

Nada: su mente era un fondo blanco. Las imágenes se confundían, ya no supo qué había pasado antes, si la persecución o los disparos. Ninguno de los hechos mostraba un claro inicio. Iba a morir sin saber por qué. La muerte lo esperaba armada, en un momento impreciso. Lloraba en silencio, por no escuchar los disparos, por no recordar cuándo empezó todo. Se destrozaba con preguntas. Su corazón, sus sentidos le gritaban que corriera. Pero lo único que quería saber era quiénes lo perseguían. Se levantó llorando, lleno de odio. Por qué a él. Y corrió, corrió, agachando la cabeza. Entonces tomó una decisión. Si morir era su destino, él iba a decidir cómo. Una bala no acabaría con él, con lo que le costó recuperarse. Llegó al final del bosque: el acantilado, un río embravecido. El viento fue impulso; las hojas, acompañantes; el sonido del agua congelada e iracunda, su fiel cuchillo. Saltó. Su último grito llenó el bosque. El cuello se le partió contra las puntiagudas rocas del acantilado. Murió poco antes de tocar el agua. El cuerpo fue encontrado días después. Conservaba la bata blanca y su diagnóstico de esquizofrenia, tachado una y otra vez con la palabra “mentira”.

CONFESIONES DE UNA TRISTE BOTA EN LA MADRUGADA

por MARÍA SOLEDAD GUZMÁN
Córdoba

Confesiones de una triste bota sobre el asfalto en la madrugada.

Venís por la calle, el alba apenas comienza a colarse en el ambiente. Ves sobre el asfalto una bota. Sólo una bota de cuero marrón. Tirada. Sola. Triste.

Te acercás. Primero la mirás, luego con la puntita del pie la tocás suavemente, como estableciendo contacto. La bota parece despertar. Te atrae. La bota está sola, no hay par, ni pie o pierna con cuerpo que la lleve. Sólo la bota.

Te acuclillás y acercás más a ella. Es nueva, las suelas están sin gastar y el lustre se nota aún en la oscura madrugada. En esa posición ves la calle con otra perspectiva y ves, presentís, mejor dicho, las manchas en el pavimento, pequeñas, gotas apenas, otras más grandes y un delgado hilo rojizo que conduce a la mancha que semeja un charco. La bota se sacude. La madrugada con su luz rosácea confunde los sentidos, tu vista une el cielo con el asfalto, pero no se equivoca. La mancha está allí y parece hundirse en el suelo y esconder un pasadizo al infierno.

Ya casi olés la bota. Huele a cuero, pero también hay perfume en ella. Delicado aroma a talco mentolado. La bota tiembla, suda, emana olor a transpiración, a sudor frío, de ése que te viene con los sustos.

Ya casi es de día. Mirás el sitio con mayor claridad, los detalles se te revelan de manera contundente. Entonces, como por un impulso de amistad hacia esa solitaria bota en la madrugada, la tocás. Extendés la mano y tocás la bota. Ella se estremece al contacto de la piel cálida que la acaricia, pareciera extrañar el roce de una piel. Palpás el vacío de un pie del 37, descubris entre tus dedos restos de una media de lycra, un trozo de tela enganchado en el cierre. Tela y bota parecen extrañar a quien las llevaba.

Tus ojos se acostumbran al nuevo día. La mancha enceguece tu mirada que hace poco ha despertado. Cerca de la mancha que conduce al mismo infierno, una huella olorosa, aceitosa, y negra. Una huella que abrió las puertas del infierno.

La ves y apretás tu mano sobre la bota. Convulsiona. La levantás, la acomodás en tu regazo porque parece llorar, la pobre, de tanta angustia, de tanto

recuerdo reciente que ha de querer olvidar. Le acercás el oído porque podrías jurar que quiere hablarte.

Escuchás como si la bota te susurrara lo que escuchó: el motor furioso a velocidad extrema, un canturreo suave de quien acaba la noche, el rechinar de neumáticos en el asfalto, el grito alucinado al volante y el estrépito seco de un arma mortal contra un cuerpo de pie del 37. El silencio del canturreo. Portazo. Gritos desesperados. Sirenas que se acercaron. Sirenas que se alejaron. El tintineo de dedos sobre teclas de celulares. Del otro lado más llantos. Y el tac de la bota que ha caído al suelo y se ha quedado sola y triste en la madrugada.

Ya es de día completamente. La ciudad se despierta y vos estás allí con esa bota a la deriva. Se hace tarde. Entonces, la bota en un gesto casi imperceptible, pero claro, gime, podés sentir la calidez de un perfume dulce, la ilusión de unas piernas largas, el frío de unas manos sin guantes, el apuro de volver a casa antes de que salga el sol. De pronto un motor apurado, la visión de golpe, el horror en todas las miradas, miradas que se cruzan, se encuentran, se chocan, se incrustan y en un mínimo instante dejan de tener futuro para ser sólo lágrimas y pasado.

La bota llora entre tus brazos. La bota extraña. Sabe que se ha quedado sola, en medio del asfalto, a las puertas del infierno, en una madrugada en la que pasabas por allí justo después de que ella se convirtiera en despojo.

La mañana es soleada e irrumpe en todos los rincones. Te levantás. El barrendero te mira y pregunta: ¿Es suya esa bota? Aunque te duele desprenderte de ella le decís que no con la cabeza. Él la tira en su bolsa y sigue su ruta. Todo el mundo sigue su ruta. Sólo quedan manchas en el asfalto que alguna lluvia quitará. Entonces, ya ni la bota recordará que justo allí se le abrió a alguien la puerta del infierno y tuvo que dejar de canturrear mientras perdía la vida y la bota.

A LA MIERDA EL AMOR

por JUAN DAVID JÁCOME SUÁREZ

Buenos Aires

Tengo que escribir algo romántico, que penetre en los huesos, que se vuelva grito y susurro al mismo tiempo, que sea como el ave que vuela en plenitud adornando el firmamento, que sea tan sencillo como esa voz que te dice al oído que te ama y te quema por dentro. Algo que se lleve tan profundo en el alma que solo lo encuentre uno mismo oculto en un baúl de recuerdos. Algo tan hermoso y sublime que la única opción que te quede es odiarte por amar más de lo que te amas.

Odio con todo mi corazón escribir sobre amor. Pero el corazón me obliga y la razón no reclama. Porque puedo mandar todo al infierno por un simple recuerdo de una amada que no fue, pero que llevo en el alma. Al fin de cuentas escribiendo mal del amor, pero con una ilusión guardada. y aunque esto suene contradictorio no lo es, porque todos hemos odiado el amor y lo que es peor amado con odió.

EL LIENZO MÁGICO

por DAIANA AILÍN JORGE

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

La luz mortecina del alba alcanzaba apenas a alumbrar el recinto. Allí, en medio de una habitación sumida en el silencio, Galen trazaba pinceladas aquí y allá, materializando una imagen que lo abordó en las primeras horas de la mañana.

Tomó un poco de verde con su pincel, trazó un prado y lo decoró con florecillas blancas, amarillas y azules. Luego tomó un poco de pintura celeste y coloreó un cielo despejado, sin una nube, tal y como se lo había imaginado.

Quería viajar a ese lugar y por eso lo pintaba.

Lo hacía porque aquel lienzo no era uno convencional; era mágico, uno que transformaba sus obras en realidad.

Cuando tenía setenta años, pintó un perro de pelaje blanco como la nieve y ojos turquesa como dos zafiros. Tras dar el último retoque, el perro ladeó su cabeza, sacó la lengua jadeando y sacudió su melena inmaculada antes de saltar desde el lienzo hasta el piso de la habitación. Lo llamó Piltri, recordando la nieve que se acumulaba en la cima del cerro que le daba el nombre.

Piltri era un perro muy efusivo, cariñoso y fiel, que disfrutaba plenamente de las caricias en el estómago. Sin embargo, un día de otoño Piltri desapareció; se esfumó envuelto en la misma magia que lo había traído a la vida y regresó al lienzo antes de que la imagen desapareciera por completo. Galen se percató, entonces, de que todo lo que pintaba podía materializarse, pero sólo durante un tiempo; pasado ese tiempo, la imagen se disolvía como si nunca hubiera existido.

Así pues, cada vez que sus pinturas desaparecían, tomaba la paleta de colores, el pincel y pintaba, desde el alba hasta que se ponía el sol. Lo hizo durante los últimos cinco años de su vida: pintaba una guitarra, la extraía del lienzo y tocaba bellas melodías hasta que se desvanecía entre sus dedos; pintaba deliciosa fruta y se hacía un festín en verano; pintaba un juego de ajedrez y movía las piezas, calculando meticulosamente la jugada.

Llegó su cumpleaños número setenta y cinco y decidió pintar un pastel de manzana, como esos que hacía su difunta mujer. Alrededor de éste, llenó los espacios con rostros y sonrisas, las de sus familiares, esos que no veía desde

hacía ya, mucho tiempo; así los festejó, rodeado de sus seres queridos. Al día siguiente, el lienzo volvió a estar vacío.

Entonces pensó: “Si todo lo que pinto puedo tocarlo y traerlo a la realidad ¿Por qué no puedo ir hacia la imagen y ser parte del lienzo?” Debía intentarlo.

Los últimos retoques confirieron a la pintura un aire fresco y primaveral, como los que a él tanto le gustaban. Un camino de tierra serpenteaba hacia la cima de una colina y allí, donde la tierra se une al cielo, lo esperaba Clarita, su amor de toda la vida. Galen sonrió, se aplastó el cabello canoso con sus temblorosos dedos y luego apoyó la mano en el lienzo. Empujó sin esfuerzo alguno; sus dedos acariciaron el viento fresco del prado. Siguió empujando hasta que su brazo entero pasó al otro lado, luego el hombro, luego la cabeza y lo siguió el resto de su cuerpo.

El sol irradiaba con fuerza, más no hacía calor; de hecho, el clima estaba más que agradable. Clarita lo saludó desde lejos, bamboleando su mano con gracia, de la misma forma que se agitaban las ramas de los árboles en la pradera. Galen enfiló hacia la cima de la colina, siguiendo el camino de tierra que él mismo había trazado. Cuando alcanzó a su mujer, la abrazó con tanta fuerza que casi se queda sin aliento.

–Te extrañé mucho –susurró, con lágrimas en los ojos. Ella besó su arrugada mejilla y sonrió.

–Vamos –dijo, tomándole de la mano.

Galen y Clarita se alejaron por el prado, más sus imágenes prevalecieron en la pintura, la última pintura que el hombre trazó sobre el lienzo mágico, antes de que su corazón diera el último soplo.

Algunas horas después, la enfermera llegó a la habitación para darle el almuerzo y los medicamentos para tratar su Alzheimer. Entró y lo encontró tendido en la cama, con el pincel sucio sobre el pecho y una sonrisa decorando sus pálidos labios. Sus ojos, tan abiertos como los de una lechuza, permanecían fijos en algún punto invisible del techo; fríos y vacíos como el resto de su cuerpo.

LAS LEYES Y EL FILO

por GABRIELA KOTURBASZ

Buenos Aires

Esperaba que llegara. Tenía de pronto esa sensación detestable que en forma recurrente emanaba de sus sueños, donde se veía ausente de alma, los ojos fijos en la oscuridad de la noche, un gorro gris que ensombrecía su rostro, las manos temblorosas y el brillo de sudor atravesando su carne. No estaba sola. A su lado, infinidad de insectos recorrían la putrefacta basura acumulada, en esa antigua estación de aquel pueblucho de Buenos Aires. Inmediatamente, recordó su infancia rodeada de olores nauseabundos; las descargas de desechos en la ribera del río cercano a su casa; Aquellos momentos en que, con su hermano mayor, recorría esas montañas de papeles, botellas y cartones que brindaban alguna moneda y restos de hamburguesas, que algún ávido comilón arrepentido descartara por estar demasiado saciado, y que para ella eran un manjar exquisito que aliviaba el dolor de la soledad y miseria que dejó la muerte repentina de su madre, que sola y con mínimos recursos, había cuidado tan bien de ellos. Un sonido de latas rompe el silencio y una rata inmensa roza sus pies. No se inmuta. La tibia llovizna que cae en su rostro genera una sensación de frescura a sus tormentosos pensamientos, al mismo tiempo que enjuga sus lágrimas.

De nada le sirvió estudiar leyes motivada por su familia adoptiva. Cuanto más se sumergía en su carrera, más se percataba de la ausencia de justicia en todos esos trámites burocráticos. Su pierna derecha, apoyada en la pared sintió las vibraciones de un motor aproximándose. Inmediatamente agacha su cabeza y un leve hormigueo recorre su pecho. De repente siente un escalofrío que la inhibe por completo. Piensa en ese pequeño rostro de luz que un día vio nacer de sus entrañas. Esa tierna sonrisa, esos ojos grises llenos de vida que inundaron de felicidad sus últimos años. Repara en esas noches sin dormir bajando su fiebre; los pañales, los juguetes, luego los libros y las compras; esos días entre canciones y besos que fueron dando paso a una juventud vigorosa, mostrando en cada palabra una excelente educación. Voces que se aproximan.

La calle apenas alumbrada genera sensación de soledad. El humo del cigarro atraviesa sus pulmones causando repulsión. Hacía mucho tiempo no fumaba. Tal vez desde la etapa en que levantó cargos contra su progenitor por haber asesinado a golpes a su madre cuando ella aún era muy pequeña. Había

pasado mucho tiempo y no tenía pruebas. Sólo el nudo en su garganta y el grito desgarrador que aún perfora sus oídos, la mancha en el piso y los ojos ausentes que ella misma vio antes que él la cargara hacia la calle. Fue inútil. Aun conociendo de leyes y derechos, nada pudo hacer.

Su segundo duelo no será igual. Los periódicos tal vez dirán que la mujer resentida buscaba vengar a su hijo, muerto tras una gresca en la calle Juan Manuel López al 5300. Otros quizás apunten a su título de abogada y juzguen su proceder, contrario a las leyes actuales que establecen que ningún ciudadano debe ajusticiar con sus propias manos. O puede que tenga a su favor el protagonismo del marco político de los últimos días y este incidente pase inadvertido para la prensa. Conjeturas circulan por su mente una y otra vez mientras decide la suerte de aquel, hijo de uniformado, que en su momento fuera hallado inimputable por ser menor de edad.

Ahora el martillo y la balanza perdieron peso ante el cuchillo que trae entre sus ropas. Tal vez sea regresar a un pasado sombrío y ausente de educación; una involución voluntaria del saber y no saber, del buscar sin esperanza otro desenlace que la envuelva entre lo mítico y lo turbio; lo trascendente y lo humano. ¿Heroína? No. Sólo pesa ese metal frío que la empuja más y más hacia la muerte del alma. Intenta callar las voces de su madre que le enseñaba sobre buenos preceptos. También las de ella misma cuando a su niño educaba en honestidad y valores. Hoy deja salir su monstruo desgarrado de alma, y se precipita bruscamente atravesando los límites de lo ilusorio, y lo deja allí, sentenciado a quedarse para siempre, encerrado en una habitación con paredes blancas, abrazado a sus propios brazos, y ya nunca más despertará del sueño en que lo ha dejado.

ANSELMO EL HÉROE

por MARIANO MIGUEL LANZI
Buenos Aires

En nuestra aldea tenemos un héroe. Anselmo, se llama. Es, como se entenderá, un héroe desde todo punto de vista. Él supo defender a nuestros antepasados de los más variados ataques desde el exterior; cuando las turbas desenfrenadas quisieron tomar todo lopreciado que teníamos y aún tenemos. Los libros atestiguan sus actos heroicos, los cuales fueron narrados una y otra vez por los ancianos antes de ser plasmados en papel.

Aunque, cabe aclarar, hoy día aquello es un poco diferente. Es que Anselmo, en su infinita bondad, no arremete ciegamente contra cualquier enemigo nuestro. No, él se toma su tiempo para analizar la situación y, si considera que aquel que se cierne sobre nuestra aldea merece acabar en el frío acero de su espada, entonces sí se pone en acción. Por eso algunos se atreven a decir —digo se atreven porque si nuestro héroe lo deseara, nos acabaría en un abrir y cerrar de ojos, a todos, sin distinción—, entonces, algunos se atreven a afirmar que nuestro héroe, con el paso de los años, se ha vuelto más pacífico, más sosegado.

Lo anterior, lógicamente, atenta contra su posición de héroe indiscutido. ¿De qué nos puede servir un personaje, muy poderoso, lo acepto, que no nos defienda cuando lo requerimos? O, peor aún, que se decida a defendernos cuando ya hemos sucumbido al arrebato enajenado de algún enemigo oportunista; enemigo que él, nuestro héroe Anselmo, lo considera amigo. Por eso han surgido (me da miedo decirlo) grupos que aseguran abiertamente que Anselmo nos ha olvidado. Que ha decidido soltarnos la mano. ¡Qué barbaridad!, digo yo. Esos grupos no pueden estar más equivocados. Prueba irrefutable de ello es que la mayoría de los habitantes de la aldea piensan de forma contraria. Lo que se comenta, eso sí, y ahora que el tiempo apremia (agrego esto porque del norte han llegado nuevas noticias de una invasión), es que lo conveniente es pelear y aguantar el máximo posible el asalto de los invasores para dar tiempo a que Anselmo se decida a venir en nuestra ayuda.

Sin embargo, y esto es lo que más nos asusta a todos, un minúsculo grupo de pensadores (el más pequeño entre los pequeños) ha osado en decir que nuestro héroe Anselmo no existe. Sí, lo que se oye: ¡que no existe! Que es una

invención de nuestras mentes. Lo que se niegan a aceptar estos ínfimos insensatos es que nuestro héroe podría borrarlos del mapa por esas necias palabras.

Debo decir, si bien me pesa bastante, que nunca nadie ha visto a Anselmo en circunstancias normales. Eso es lógico. ¡Cómo podría ser de otra manera! Un hombre tan poderoso no puede andar paseándose como si nada entre nosotros, simples y minúsculos aldeanos. El que nunca se lo haya visto no es evidencia irrefutable (como arguyen los ínfimos) de su inexistencia. El habita, como se sabe, en las altas cumbres que nos rodean. ¡Claro!, desde esas soledades puede observar todos nuestros movimientos para socorrernos en caso de urgencia.

Una vez, empero, hace de esto muchos años, se notó algo en la montaña. De inmediato se dijo que se trataba nuestro héroe. Era un punto que se agitaba frenético en las alturas, rodeado de nubes. Ciertamente es que esas nieblas dificultaban bastante la visión que se nos presentaba; aunque, en cierto momento, hasta pareció verse un centellar producto del brillo de la espada de Anselmo. Claro que la mayoría (me incluyo) no aceptó esa visión por ser demasiado contundente, ¿quién podría soportar, siquiera unos segundos, estar viendo a Anselmo? No obstante, fuese a esa tremenda distancia y él se viese como ese simple punto que bien podría ser tomado por un animal, nadie lo toleraría. Además, cómo procedería nuestro héroe, un ser infinitamente poderoso, mostrarse justamente de esa manera; como un simple y trémulo punto en la lejanía, que más que ayudarnos en la desgracia parecía querer huir de nosotros en el más alocado acto de cobardía.

VIDAS OBLICUAS

por MARÍA ESTHER LARTIGUE
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

En el recinto, casi vacío, resonó la voz del Juez:

–Juan Paredes, condenado a ocho años de prisión.

Eran tiempos difíciles los que atravesaba en aquel pueblito perdido en las montañas, chato por sus casas y por su gente.

El trabajo escaseaba y todos decían que en la Argentina la plata era fácil de conseguir.

Al final se decidió a viajar a Buenos Aires y así llegó a la gran ciudad, la devoradora veloz que nunca duerme.

En medio de este mundo desafiante y adverso sintió una gran angustia, sobre todo porque carecía de un documento que le permitiera buscar trabajo y un lugar para vivir.

Finalmente recaló en una villa donde uno de sus conciudadanos lo acogió, y es allí donde conoció al viejo zorro.

El astuto anciano le explicó que él debía sacar lo que había en los bolsillos del inmóvil sin que sonara ninguna campanilla.

Cuando lo consiguiera podía empezar a trabajar en algún transporte o en las aglomeraciones.

El joven entendió el juego pero su intención no era delinquir, sólo deseaba conseguir un trabajo en la construcción ya que su padre, desde pequeño, le había enseñado a ser un buen albañil.

–No seas gil –le dijo el viejo– con este laburo ganás guita fácil.

–Pero... tengo miedo, Don Venancio.

–¿Miedo de qué?, si nunca te van a agarrar, ya aprendiste bien la punja.

Lo único que él deseaba era tener un documento que le diera la posibilidad de trabajar y trataba de encontrar a un hombre que se le pareciera.

Una tarde en la que viajaba en el colectivo treinta y nueve vio a un joven que se le asemejaba mucho y con delicadeza y astucia se colocó detrás de él.

En un momento en el que nadie lo veía deslizó sus dedos en el bolsillo del distraído pasajero y le sacó la billetera.

Rápidamente se bajó del vehículo y disimuladamente comenzó a hurguear dentro del preciado botín.

Y allí encontró una cédula, el tan ansiado documento.

“Trabajo concluido”, pensó y volvió a la villa.

El viejo se puso contento cuando se enteró del éxito de su discípulo, aunque lo contrariaba que fuera tan estúpido.

Por fin consiguió que lo tomaran en una obra y allí trató de cumplir con eficiencia su responsabilidad.

El patrón estaba muy contento y cada día le daba un poco más de trabajo así también, una paga mejor.

Un día conoció a la Jacinta, una morena de ojos rasgados y pelo negro brillante, él se enamoró y empezaron a verse hasta que después de un tiempo, se fueron a vivir juntos.

Estaba feliz, su vida había cambiado y pronto nacería el hijo que la Jacinta llevaba en su vientre.

Lo único que le preocupaba era que había perdido su identidad, su nombre verdadero era Pedro Ramírez, pero ahora se llamaba Juan Paredes.

Mientras tanto Juan Paredes, el verdadero, el auténtico, continuaba su camino, una vida signada por la estafa y la traición.

Cuando embolsó dinero suficiente, cruzó la frontera y se cambió el nombre.

“Ya nadie lo encontraría”, pensó contento.

La policía alertada por la sucesión de estafas similares comenzó a investigar y buscó afanosamente al delincuente, cuyo nombre figuraba en los papeles hasta que dio, por fin, con Juan Paredes.

No había dudas, ese infeliz que se hacía pasar por albañil era el que había dejado un tendal de perjudicados.

Para la policía era un caso cerrado.

Además se había borrado las huellas digitales para no ser identificado.

El pobre Pedro gritaba dentro del calabozo de la comisaría.

—¡Yo no soy Juan Paredes! — y lloraba.

—¡Callate, atorrante, mosquita muerta! —le contestaba el vigilante— ¿Quiénesos? ¿Carlos Gardel?

Nunca se atrevió a decirle al Juez su verdad, por miedo, por vergüenza, o por temor a que lo deportaran.

Terminó en la cárcel con una pena de ocho años de prisión por estafa, asociación ilícita, delitos reiterados...

Pensó que moriría de dolor... no podría ver al Pedrito... no podría acompañar a la Jacinta cuando pariera.

A.C.V.

por ARIELLEDESMA
Buenos Aires

–Ya lo dije más de diez veces. Mi nombre es Marck Stevenson, soy oficial de la fuerza temporal, fui enviado a esta línea de tiempo para advertirles sobre una catástrofe global que ocurrirá en el 2038.

–¿Qué le hace pensar que es Marck Stevenson y no Miguel Gerbi?

–Doctor, eso también lo expliqué, el viaje temporal físico es imposible, solo se pueden enviarse ondas eléctricas, la materia se desintegraría, por eso los científicos descubrieron la manera de enviar al pasado la mente de un individuo e implantarla en otro fuera de la misma línea temporal.

–¿Y porqué el señor Gerbi?

–Solo sé que se envía a una línea temporal aproximada y a un individuo al azar, yo no soy científico, no sé como funciona.

–Entonces, me dice que su mente pertenece a un hombre del futuro y no sabe cómo es que funciona.

–Acaso ¿usted sabe cómo funciona un microondas o su celular? Le ruego doctor, déjeme salir para hablar con las autoridades, debo advertirles.

–¿Advertir sobre una catástrofe nuclear que ocurrirá en una central atómica que todavía ni siquiera existe? Bien, aguárdeme unos minutos, haremos una interconsulta con otros colegas.

–¿Hasta cuándo me van a tener atado a la cama? Acaso ¡¿soy un prisionero?!

–Desde luego que no, es por su seguridad, le ruego se calme, enseguida vuelvo.

El doctor abandonó la sala.

–¡Enfermera!

–Si, doctor. Dígame

–Por favor, aplíquele al señor Gerbi un sedante, está muy alterado.

–Como no, ya lo hago.

–¿Señora de Gerbi? –llamó, asomándose al pasillo.

–Soy yo. Dígame doctor, ¿cómo está mi marido?

–Su marido tuvo un A.C.V, le hicimos algunos estudios y no tiene consecuencias físicas. Él está en perfectas condiciones, pero tiene un desorden mental y un trastorno de personalidad, por lo que recomiendo un tratamiento en un hospital psiquiátrico.

–¡Oh por dios, doctor!, pero bueno, si usted considera que es lo mejor...

–Señora, acompáñame a la recepción para iniciar los trámites de traslado.

Una vez en la recepción mientras, la señora de Gerbi firma los papeles, junto al doctor, el televisor de la sala de espera anuncia en el canal de noticias:

–China invertirá una suma multimillonaria en la construcción de la mayor central atómica del mundo, se estipula una demora de veinte años, aunque confían que se pondrá en funcionamiento en el año 2038...

HAZAÑAS

por LUCIANA MARÍA LEZCANO
Tucumán

Su cuerpo yacía en aquella vereda, aun se encontraba tibio, la sangre corría impetuosa. Era un gran aventurero, tejados, árboles y grandes edificios conocían sus huellas y sus intrépidas hazañas.

Pero en este momento era solo la sombra de lo que solía ser, a su lado transitaban seres inmensos, algunos lo observaban con quebranto y nostalgia, otros, con indiferencia.

Su cuerpecito tieso completamente gris comenzó a sentir la energía y la vibración de sus inimaginables experiencias. Recordó aquel día en el que se cruzó en la azotea con una enorme ave oscura; la trifulca comenzó por un gran roedor; se enlazaron en el borde del precipicio mientras, el ave lo picoteaba, él que era muy habilidoso y bribón, de un zarpazo se adueñó del trofeo. A pesar de ser tan pillito y de conocer todos los recovecos de la ciudad, de día y de noche, se encontró con su final en el lugar menos pensado.

Una noche fría entre maullidos y ronroneo, sintió un movimiento en las tripas, estaba cansado de caminar y desvaneciéndose de hambre, estaba tan cansado que no podía pensar, de repente lo sorprendió en un jardín un platillo con un gran pedazo de carne, desesperado se trepó por la pared, saltó hacia un árbol y cayó exactamente al lado de lo que creyó un tesoro, y sin sospechar dio un mordisco seco. Una vez satisfecho, de un brinco quedó en la vereda y siguió su camino, sin imaginar que lo peor estaba por llegar.

A mitad de la calzada un dolor terrible en la barriga lo dejó sin fuerzas; siguió caminando hasta que perdió su vista por completo, no sentía sus patas y el corazón se paralizó. Quedó tendido en el suelo. Su vertiginosa vida terminaba por un arrebató, por un instante de desesperación y gula.

A partir de ahora recorrerá cada rincón de la ciudad en busca de sus increíbles proezas, para no olvidar lo fascinante que fue su existencia.

DIARIO DE UN ASESINO

por IVÁN LÓPEZ

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Ahí me encontraba...

Con la misma ropa de anoche, menos mi camisa blanca. Mi pantalón y mis botas negras están intactas. Hay un silencio absoluto. Estoy en el piso, recién despierto de lo que parece ser una noche que no recuerdo.

Miro a mi alrededor y creo estar en un departamento, las paredes son blancas, igual que todo lo que hay en él. Me levanto y cuando lo hago, tengo los rayos de sol invadiendo mi cara.

Como unos decían. “Hoy, era uno de esos días, donde el sol solo sale para humillarte y robarte las ganas de vivir que el alcohol te había dado”.

En la mesa del departamento no hay nada más que dos vasos y un Absolut. El dolor de cabeza es punzante y los gestos de mi cara lo muestran, mis ojos entrecerrados y mis movimientos en cámara lenta.

No puedo recordar, parece que mi mente está en blanco de lo intoxicado que estaba anoche.

Empiezo a recorrer el departamento y me encuentro con una puerta abierta. A la hora que entro hay una chica acostada. Tenía un short gris y una remera blanca. Su pelo rojo brillaba. Su cuerpo, perfecto y su estructura facial, admirable. Era hermosa mientras dormía... la perfección humana.

De repente algo en mi se activa. Agarro unas tijeras que estaban en una silla al lado de la cama.

Quería destruir todo lo que no podía tener. Quería que se separaran las parejas enamoradas. Quería poner una bala en la cabeza de todos los animales que se negaban a aparearse para salvar su especie. Quería prender fuego a todos los edificios que nunca iba a conocer. Quería ver arder al mundo.

Me acerco a la chica y sus ojos se abren lentamente. Al parecer no está sorprendida por mi presencia. La miro fijamente y mientras sigue acostada la apuñalo con las tijeras. Apuñalo su abdomen tres veces. El color rosa de su cara se torna blanco. Sus ojos muestran como la vida se extinguió de ella. Quiere gritar, así que cubro su cara con una almohada. Las sábanas blancas

son rojas ahora. Hay sangre en mis manos. Mis ojos parecen muertos, también. No parpadeo y detrás de ellos no hay nada. Solo un psicópata.

Y ahí está su cuerpo. Muerto. Seguramente no se esperaba esto.

No siento nada, el vacío que había dentro de mi, sigue.

Pensé en llorar, pero lo reprimí. Ahora estoy acá.

Vacío y sin ningún remordimiento.

MARÍA CARNE

por MARIELA LÓPEZ
Río Negro

Lucía cambió las sábanas, las perfumó y me incorporó. Puso tres almohadas detrás de mi espalda para que estuviera cómoda. Peinó el mechón que, obstinado, insistía en cubrir mi ojo cerrado. Dejó sobre mis piernas tres revistas por si en una de éstas... Luego, de rodillas junto a mi lecho, imploró a un Dios que mezquinaba milagros.

Ya van diez días y diez noches. Se turnan para prodigarme cuidados y compartir la preocupación por mi palidez excesiva, por la temperatura y porque no despierto todavía.

Lucía me cuida durante el día; Clara, por las noches. Yo no como ni bebo, sin embargo, la bandeja con alimentos no falta sobre la mesita de luz. Completa vuelve a la cocina cada noche.

¡Ay de estos días!

Clara es metódica y aséptica. Con ella me siento segura y protegida. Si tuviera que inyectarme, ella sabría cómo hacerlo. Me cuida diligentemente, desapegada, pero eficiente. Lucía es torpe, pero amorosa. Disimula sus lágrimas y busca mi sonrisa, se esmera en “volverme”.

El vecino golpeó fuerte la puerta hoy. Lucía lo espío por la mirilla, pero no le abrió. Clara insistía en que no lo hiciera. Las persianas también hoy estuvieron bajas. El olor es nauseabundo ya. Clara vuelve con el lampazo y la lavandina. Hoy no pudieron sostenerme entre las dos, caí y les costó muchísimo levantarme. Lucía, con el paso del tiempo, deja de ser amorosa. No es que le fastidie... no sé bien qué es.

Cada vez que suena el timbre de la puerta o el teléfono mis hermanas se estremecen. Volvió el vecino temprano, mientras “mirábamos” un programa de TV. Tampoco lo atendieron. Volvió más tarde. Esta vez, acompañado del comisario de la seccional, tres oficiales, dos patrulleros, ambulancia y médicos. Clara se hubiera atrincherado, hubiera disparado de haber tenido un arma en casa. Pero Lucía imploró que ya era hora.

Clara no se las hizo fácil, de todos modos. Entraron a fuerza de golpes, de barretas incrustadas en la vieja puerta de madera... entraron. Mis hermanas quisieron cubrirme, arrastrarme, ocultarme; pero mi cuerpo cada vez más di-

fácil de manipular. No hay caso ya... El comisario entra en el cuarto. No puede dar crédito a lo que sus ojos ven. Lo sé. Espantado sale y busca al médico, vomita en el pasillo. Lucía viene con unas tacitas de té y muffins de vainilla. Luego todo confusión y forcejeo. Sólo puedo hacer foco en mis hermanas, en la batalla desigual que dan para reclamar mi cuerpo muerto para ellas, nada más que para ellas.

LA CAUSA

por MARCELO LÓPEZ MARÁN
Corrientes

Sabe, hoy desperté en Corrientes... Me estremecí. La ciudad se me abrió en la página 13. Entre las letras de tanta gente, la descubrí. No parecía usted la desgracia. Esa pasaba cuatro páginas delante. En este capítulo me introduce, la consideré un nudo, sin desenlace. Sabe, yo la supe. Era usted la mujer de mi muerte, la de mi vida ya la había olvidado muchos libros atrás.

Yo andaba de a pie, como se estila en los comienzos. Usted no andaba, no funcionaba, estaba parada. Igual que mi celular, igual que mi reloj. Aunque ya no existían relojes, el índice delataba el tiempo: Las menos doce. Sabe, usted lo sabía, en Corrientes nunca nada funciona, los colectivos, los mercados, la quiniela, la gente que apuesta su suerte en cada número, nunca funcionan, y usted se queda parada, sin marchar hacia atrás.

Al pie de páginas, anoté: Tampoco con usted iría a funcionar.

Decidí acelerar, salir del punto muerto, utilizar el suspenso de cruzarla una vez, al menos, más. Llovía y su reflejo en los charcos de la avenida Abril, me la entregó empapada de sol. Encandilaba cuando la choqué, por eso no pude verla, no quise verla ja/más. Eso le dije a la policía, la policía que me detuvo, que me interrogó acerca de su final. Yo no pude verla, menos re/conocerla: Embarrada en mis lentes, oculta en mi ensucia parabrisas, ya no me buscaría usted, no me encontraría ya, yo era un sinónimo de tierra enmugrecido en el olvido, el antónimo preferido de los que no quieren recordar.

Porque sabe, usted era la mujer de mi muerte, mi vida ya estaba corriendo detrás. Por eso la dejé morir, antes de tentarme a una secuela. No hay trilogías en Corrientes...

A veces, es mejor así.

AMANECE AL OSCURO

por FAVIO ANSELMO LUCERO
Córdoba

Siete treinta en punto. Hacía un frío bárbaro. Bajé rápido. Tenía puesto mi abrigo gris de paño, sin bufanda, pero las manos en los bolsillos. Esa hora, en la que es de noche, pero de día, amanece al oscuro. y los motores que no interrumpen el zumbido monótono de cada mañana.

Llamé al taxi y distinguí su bandera roja. Me senté, y al mismo tiempo que le dije Baigorria 77, nos detuvimos en el semáforo.

Pero ¿Qué estoy haciendo? Hoy es sábado, no trabajo ¿Qué pasa? ¿Qué día es hoy? ¿Estoy soñando? ¿Cobraré el sueldo este mes? ¿Para qué? ¿Cómo, para qué? ¿Qué pasa? Claro... ¿Para qué quiero el sueldo este mes?

En la oficina todo el mundo en pleno trajín. Bueno... mudos e inmovilizados por las pantallas de sus máquinas, elevando una plegaria entre ansiosa y angustiada para que la memoria no falle y el archivo abra de una buena vez. Clic sobre los rojos de e-mails no leídos, olor a café, calefacción al máximo y nadie contestó mi saludo. Indiferentes. Es así cada día. Como un rito.

Al encender mi PC y después de poner mi clave, lo sospeché. Pero de casualidad, como si alguien me lo hubiera dicho al oído. Fue un instante, como en el taxi ¿Qué hago aquí? Pensé. y... aquí trabajo, aquí paso la mayor parte de mi tiempo, mis energías, mis sueños, expectativas, mis años. En una palabra, mi vida, o media, diría, porque como iban las cosas con Hugo, no sé de qué vida hablo.

Me pareció en ese momento que, yo había perdido la memoria.

“Estoy estresada” –concluí, mientras después de tres intentos fallidos revoqué la clave. ¡Pensá! ¿La tenías anotada en algún lado? ¡Vamos! Hay mucha tarea y se acumula, y las horas pasan.

Una laguna total. Mejor me tomo un café y pido una nueva clave.

Tan confundida estaba, que no hacía falta más para comprender que hoy, empecé mal la jornada.

El café me volvió a la realidad. Increíble, esa sustancia negra, amarga y fuerte, igual que mi vida, me hizo reaccionar.

No era la primera vez, era la última.

Yo recién salía de la ducha y él miraba tele recostado en el sillón.

Al abrir la puerta del baño, el vapor lo envolvió y cuando se disipó, se había transformado. Su mirada me paralizó. Sabía lo que venía. Me insultó, incorporándose y pisando el control que tiró al piso. Me dio un golpe directo en la nariz.

La sangre salpicó su remera blanca. Empecé a temblar de frío y pánico. Me quitó la toalla y de nuevo otro golpe, esta vez sobre mi ojo derecho. Sentí mucho dolor y miedo, y bronca, y ganas de gritar, pero lloraba ahogándome. Él, más se encarnizó.

Se me nublaron los ojos y me caí sobre el piso mojado. Mi pelo despararrado absorbiendo el agua que se tiñó de rojo.

Desesperadamente me quiso levantar de un brazo, pero no pudo. Me arrastró desnuda hasta el dormitorio y huyó.

¡Por fin! No sé cómo se abrió la computadora. Lo primero que hice fue leer un mail con título extraño “vivir”... sí, me sonó extraño y lo era.

Alguien tomando la voz en el grupo comunicaba que en el día de hoy, tal cual lo relataban las noticias de la radio, se había identificado el cuerpo sin vida de nuestra joven compañera Lely.

Un sacerdote besa mi frente fría, hace la señal de la cruz con el pulgar y todos mis compañeros paralizados por el suceso.

Concluyó el rito, la oficina siguió su ritmo y al cerrar mi correo me fui silenciosamente pensando en la última frase: SIN AMOR DUELE MUCHO VIVIR.

ALMERÍA

por ELENA DEL CARMEN LUJAN
La Rioja

Sentado frente a la cordillera, Alfonso recordaba su infancia en Andalucía. Extrañaba el aroma del mar, sus sonidos inconfundibles, las gaviotas y las sirenas de los pequeños pesqueros. Barcarolas frágiles como su salud. Las cumbres nevadas emulaban su cenicienta cabeza, el cuerpo lleno de grietas, apenas en pie, tenía cincuenta y nueve años, pero parecía de cien. Siempre cantaba sevillanas, con su vibrato gitano:

“Que se entere el mundo entero que yo soy
Que yo soy de Andalucía...,
Andalucía es mi tierra,
yo soy del sur...”
A su mente acudían tantos recuerdos...

Aquella mañana de 1915, siendo un chiquillo, junto a sus hermanos varones y primos, lo despidió en el puerto de Santos. Para que a bordo del barco Infanta Isabel, huyera de la guerra. Allí su madre le dio el último abrazo y con un beso en la frente selló su bendición, y nunca más volvieron a verse. En España quedaba la mitad de su familia y rumbo a América partía la migración.

La llegada al puerto de Buenos Aires, su paso por Rosario, la separación de sus primos, luego a Córdoba donde se separa de sus hermanos, para llegar a las Sierras de Famatina en busca de trabajo... tras la fiebre del oro.

La dura vida de minero le permitió soñar con una familia propia y, tal vez, con el regreso. Pero terminó enfermándolo, de manera que el sueño de la familia se concretó, pero el de regresar no pudo ser. La silicosis no le dio tiempo. Por un karma del destino murió joven, peleando por su vida, como si, finalmente, hubiese ido a la guerra.

Su nieta Carmen escuchaba esta historia una y otra vez de boca de su madre y de sus tías, y sentía que había una herida en la familia, un agujero negro en el alma por donde el dolor fluía impidiendo que se curara... debía cerrar el círculo y sanar a la familia.

Argumentan las teorías genéticas que tras miles de años, de generación en generación, la humanidad se renueva y perdura. Millones de células se

toman de la mano y se aglutinan en una sola, que llevará la información, para dar continuidad a la vida; de manera que en rigor de verdad científica, nunca morimos, porque antes de que esto suceda nos transferimos de padres a hijos y de hijos a nietos. Cargamos, podría decirse, la memoria y resabios de las almas que nos precedieron, aunque siga cada uno su camino.

Arribó al puerto de Madrid y desde allí en bus hasta Almería, allí la esperaba Candelaria a quien todavía no conocía personalmente. Golpeó la puerta:

–¿Esta es la que fuera la casa de Alfonso?

–Si ¿Carmen? –responde Candelaria.

–Soy tu prima.

Y se dieron un abrazo tan fuerte que el alma de Alfonso salió de Carmen y el alma de su madre salió de Candelaria como dos pequeños remolinos blancos. De pronto un sinfín de remolinos niveos se sumaron, en alocada danza, subían y bajaban, tomaban distancia y volvían a confundirse en uno solo. Como si padres y hermanos hubieran vuelto a encontrarse para siempre.

MOMENTOS

por ELIDA CARMEN MANGO
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Miro a través de un visillo del telón y veo los movimientos del público entrando a la sala. Algunos charlan, de fila a fila. Las mujeres lucen sus mejores galas, los hombres llevan traje oscuro, hay expectativa, es noche de estreno. Se ocupan todas las butacas, el recinto se oscurece tenuemente y el pesado cortinado se eleva con lentitud.

Respiro profundo, escucho los conocidos compases y salgo a bailar.

El escenario me recibe, ejecuto los primeros pasos, sola en ese inmenso espacio decorado por claves de sol, de fa y notas musicales que descansan sobre un pentagrama, iluminado por un farol.

Aparece mi compañero, me ofrece una copa de vino, mojo mis labios, en ellos queda el sabor frutado de la bebida. La entrego. El bailarín enlaza mi cintura estrechamente y juntos iniciamos la danza.

Primero la caminata tanguera, luego los cortes y las quebradas y por último la improvisación, giros, contra giros, saltos, taconeos, movimientos precisos, sensuales que surgen a través de la cadencia de la música a veces eufórica y siento el vibrar de nuestros cuerpos, como si atravesáramos un río torrencioso, a veces triste. Entonces, nuestro baile languidece, se va apagando.

De esta manera se suceden tangos, “Danzarán”, “Garúa”, “La gata Varela” y tantos más. Giros, caminatas, cortes y quebradas, y mi corazón que palpita al unísono de mi compañero.

Escucho los aplausos, los bravo, los vivas.

Así llega el final grandioso con “Adiós Nonino”, saltos, taconeos, vueltas, más giros. Más, más, y la voz del cantor que acaricia el instante con esos versos impecables:

Adiós “Nonino” dejaste tu sol, en mi destino

Tu ardor sin miedo, tu credo de amor.

Y ese afán... ¡Ay! Tu afán, por sembrar de esperanza el camino.

Cae el telón y sube vertiginoso varias veces, el público conmovido celebra nuestra actuación.

LA ENFERMERA

por EDDY MARCOLINI PÉREZ

Santa Fe

—Se presentaron tres enfermeras por el aviso-le dice Felisa a Jorge—. Contraté a la última que llegó, me pareció la más competente para atender a mamá por las noches. Es una muchacha agradable, se llama Susana Luque. Me mostró una carta de recomendación del Dr. Villa, del Hospital Central. Te comento esto por lo meticuloso que sos. Tenés que tener en cuenta que no es fácil atender a una persona imposibilitada y entender su confuso vocabulario. Esa chica parece tener experiencia.

—De acuerdo ¿cuándo empieza?

—Mañana a las veinte. Se quedará hasta las seis. Tendrás que recibirla, no creo que yo pueda estar de regreso cuando ella llegue.

Al día siguiente faltando cinco minutos para las veinte, Jorge atendió la puerta. La enfermera se presentó y con voz suave y pausada habló solamente lo necesario para hacerse cargo de la enferma.

A Jorge le impresionó la palidez de la muchacha y el silencioso accionar organizando las tareas, pero la madre la recibió con una sonrisa y pensó que Felisa tenía razón; se prometió a sí mismo, si es que podía, no inmiscuirse.

Al regresar la mujer, le comentó que la enfermera le pareció extraña, como huidiza. Ésta opinó que la chica habría notado su manía de vigilarlo todo y estaría molesta.

—A propósito ¿te dejó la carta de recomendación?

—No, después de leerla se la devolví, no consideré importante retenerla. El nombre del médico que la recomienda es Villa, Edgardo Villa ¿por qué?

—Seré obsesivo, como decís, pero quiero estar seguro de las personas que cuidan a mamá y que conviven tantas horas bajo nuestro techo.

Transcurridos algunos días Jorge cree notar actitudes raras en la muchacha y se dirige al Hospital Central dispuesto a solicitarle una entrevista al Dr. Villa.

Al preguntar por el médico, la empleada de la recepción le comunica que falleció hace un mes.

—¿Cómo?

—Lo hallaron muerto dentro de su automóvil, tenía las manos sobre el volante, algo repentino, la ventanilla de su lado estaba abierta, probablemente trató de recibir aire cuando se sintió mal. Todos, en el hospital nos sentimos consternados.

Al regresar a la casa, aún impresionado, se lo dijo a Felisa.

—¿Ella no comentó nada? ¿Qué fecha tenía la carta? ¿Le preguntaste dónde vive?

—¡No! No presté atención a la fecha ¡por supuesto que era anterior! Ella no estaría al tanto de la muerte del médico. Le pedí la dirección de su casa, no la anoté y ahora no la recuerdo. ¡Qué culpa tiene Susana de que el Dr. Villa haya muerto! ¡Basta, Jorge! La muchacha es muy capaz para el trabajo, mamá se nota tranquila, dejá de perseguirte y de perseguirla.

—Tenés razón Felisa, disculpame.

No obstante, durante varias noches Jorge se levantó de la cama para observar a la enfermera. En todas las ocasiones la vio sentada en un sillón, velando, como un ángel, el sueño de su madre.

—¡Estoy loco! ¿Qué me ocurre con esta chica? Hay algo en ella que me confunde, no puedo evitarlo. Mañana cuando se retire la seguiré, quiero saber dónde vive. Cumplido su horario de trabajo, Susana sale de la casa. Jorge con el auto va detrás de ella, a una distancia prudencial para no ser visto. La muchacha nota la persecución, dobla por las esquinas, se apresura, trata de desorientarlo. Al llegar a destino cree haberlo despistado, pero Jorge, astutamente ha logrado acercarse. ¡No puede creer lo que ve! ¡La sorpresa lo paraliza! ¡Ella acaba de entrar al cementerio! La puerta de gruesos barrotes está cerrada. Susana, como una figura incorpórea la traspasó sin dificultad. Jorge detiene el auto frente al portón. Está espantado. Un sudor frío le corre por el cuerpo.

La muchacha lo mira con infinita tristeza. Sale de la misma manera que entró y se acerca a él, quien a pesar del terror baja el vidrio.

—¡Cuánto lo siento, señor Jorge! Mi misión era llevar a su madre. Usted sabe que hice todo lo posible para evitarlo...

Al día siguiente la noticia en el periódico daba cuenta del fallecimiento del señor Jorge Roldán, quien habría sufrido una muerte súbita mientras conducía su automóvil. Lo hallaron con las manos en el volante y la ventanilla de su lado con el vidrio bajo...

CUANDO LLUEVE

por EMANUEL SEBASTIÁN HORACIO MARIN
Buenos Aires

El viejo se llamaba Eduardo Sander. No se le conocía familia ni amigos. Había llegado al pueblo ya viejo y cansado. No hablaba con nadie, y gastaba su minúscula pensión en el bar. Siempre en la misma mesa, atento a quien entraba, todo el tiempo parecía estar esperando a alguien. Esa rutina, que duro casi ocho años, solo era perturbada por la lluvia. En esos días, sus borracheras eran terribles.

Me contó su historia una noche en la que estábamos solos en el bar. Llovía.

–Era 1952 –hablaba pausado, como quien va para largo–. En esa época trabajaba de sereno en un cementerio a las afueras de Arata, un pueblo perdido en La Pampa.

Dijo que su labor consistía en dar paseos nocturnos para evitar el vandalismo; espantar a adolescentes borrachos.

–Era aburrido y monótono, pero pagaba las cuentas.

Asentí y llené su vaso.

–Fue una noche que llovía muchísimo. Desde la garita apenas llegaba a ver un par de luces. Me costó distinguir que eran de una camioneta. Bajaron dos hombres.

El viejo me dijo que no entendía qué podían querer a esas horas. “Robar, seguro que no; la administración del cementerio estaba en la ciudad, así que ahí no había un centavo”.

Cuando entraron uno le tendió la mano y el otro, el que venía detrás, le clavó la mirada en silencio. El tipo que venía adelante se presentó con un nombre inventado, eso creía el viejo”, demasiado común para un hombre que frecuenta un cementerio a esas horas”. Sin más sacó un fajo de billetes, dijo que necesitaba enterrar algo.

Al instante, el viejo entendió que se trataba de mafiosos. Rechazar la oferta no era opción.

–La transacción no duro mucho. –Se empinó el vaso hasta que no quedó una gota–. En unos minutos los dos hombres se fueron dejándome con cinco bolsas negras y el sueldo de un año en el bolsillo.

Esta vez se sirvió él mismo. Hizo girar el vino en el vaso. Bebió un sorbo y siguió:

–Al salir del asombro inicial entendí que mientras más rápido me deshiera de esas bolsas, más rápido terminaría todo-carraspeó–. Las subí a una carretilla y fui a uno de los fosos abiertos. Tenía muy claro que cuanto menos supiera, mejor.

–¿Las enterró, entonces? –me atreví a interrumpirlo.

–Las cuatro primeras bolsas desaparecieron en la profundidad del agujero, pero a punto de tirar la última, me detuve. Un cierre la recorría de lado a lado y la curiosidad fue demasiada. No pude contenerme, tenía que echar un vistazo.

Ahora el viejo contaba que las manos le temblaban al abrir el cierre y que tenía los ojos atentos.

–La bolsa se movió-dijo en un susurro. Yo me acerqué un poco, no quería perderme detalle–. Di un salto hacia atrás. Pensé “fue la lluvia, fue el miedo”.

No supo decirme cuánto tiempo tardó en tomar el valor suficiente. Pero aclaró que finalmente se acercó a la bolsa, de rodillas.

–Ni bien apoyé las manos sobre el cierre, algo, lo que fuera que había ahí adentro, dio un salto. Y el movimiento hizo rodar la bolsa hacia el pozo.

Parecían, me dijo, partes de un cuerpo.

–Y creo que... que algo me miraba.

–Pero ¿qué era? –dije– ¿Qué fue lo que vio?

El viejo bajó la cabeza y me dijo que al asomarse al pozo vio que eso se seguía moviendo. Pero ahí abajo la oscuridad hacía imposible distinguirlo.

–¿Y qué hizo?

–Lo que debí haber hecho desde el principio-me contestó–. Tapé el pozo. Lo llené de tierra y me fui. Al otro día renuncié.

Lo miré decepcionando. ¿Ahí terminaba la historia?

De pronto me preguntó con una sonrisa extraña.

–¿Sabes qué pasa con los gusanos cuando llueve?

Yo lo mire sin entender.

—Cuando llueve la tierra se ablanda, ¿sabés? Y los gusanos reptan hasta la superficie.—Se me quedó mirando y, al ver que no entendía. siguió—. Reptan, ¿entendés? Reptan pacientemente hasta llegar arriba. Y lo que yo enterré aquella noche... también parecía reptar.

El viejo empinó el vaso y no dijo nada más.

Yo me quedé callado. De golpe me había dado un escalofrío. Imaginaba a esas cosas subiendo pacientemente hacia la superficie. Y cuando miré por la ventana, sentí miedo, terror: las gotas golpeaban contra el vidrio mientras que, afuera, la lluvia seguía humedeciendo la tierra.

Yo también, como el viejo, me emborraché esa noche.

LAS MAÑANAS DE EMA.

por SOLEDAD SILVINA MONTICELLI
Buenos Aires

En esa mañana tristemente diluida en gris ceniciento, Ema soñaba con fugarse del monopolio de los escritorios color tiza, el entramado musical de los dobleces de hojas, las impresoras y los inquebrantables ganchitos de las máquinas engrapadoras.

Una abrupta mirada inquisidora la sacudió de la planificación del escape, y una queja angulosa, encrespada y chillona llenó el aire de clavos, dientes y sonidos agudos y metálicos. De un instante a otro las quejas se multiplicaron inflando las cabezas de los “quejantes” sobre una Ema paralizada. Decenas de ojos y dedos índices acusantes la rodearon con gestos efervescentes y gaseificados.

Ema, abrumada y empequeñecida, trataba de explicar que todo tenía una explicación razonable, que el artículo era tal, que la ley era cual, y en el fondo, que ella no podía contener ni deglutir tanta información apelmazada.

Entonces se dio cuenta que hay tantas quejas como personas, que hay quejas adultas y quejas infantiles, quejas sonoras y mudas, quejas parlanchinas y quejas sordas, quejas arbitrarias y quejas justas, quejas sanadoras y quejas asesinas.

Y mientras más intentaba aplacarlas se vio elevarse hasta ver sus mocasines casi a la altura de su escritorio invadido de manos y torsos, y se sintió empujada de golpe hacia atrás, hacia la pared del fondo, y una a una como cuchilladas, las quejas comenzaron a clavarle los bordes de la pollera contra la pared de linóleo. Una queja le rozó la cara como una flecha y se incrustó en su hebilla uniendo su cabello al muro, otras quejas le sostenían las mangas de su saco como ganchitos en fila de una máquina engrapadora.

Las demás quejas vociferaban encendiéndose y una de ellas impulsada en ira se adelantó y le apuntó a su pecho envuelta en llamas.

El timbre de cierre disolvió el cardumen instantáneamente como escapa una maraña de gatos cuando se le echa agua. De repente el sonido como toque de queda hizo que los “quejantes” recordaran que estaban apurados, que los demás negocios cerraban, que el almuerzo se enfriaba o que algún hijo le esperaba en la puerta de alguna escuela. Y Ema como cada día, resucitó.

LOCO

por MARÍA ELENA MORRA
Buenos Aires

Quiero empezar esta historia aclarando algo muy importante: no estoy loco. Seamos sinceros, por definición, alguien “loco” es aquel que, –entre otras características– no es capaz de diferenciar lo que está bien de lo que no. Yo sé que matar a alguien está mal, estoy totalmente consciente de ello y, aun así, lo hice, y no me arrepiento de nada.

Opino que explicar el porqué de mis acciones sería suficiente para que tú, querido lector, llegues a la conclusión de que no estoy loco.

Él siempre se sentaba en el mismo asiento del fondo. Desde ahí tenía absoluta visión de todo lo que hacía, analizando cada movimiento y luego, atacando.

“¡Eh, maricón!” Era lo que solía decirme desde su lugar o en cualquier momento del día, aunque a veces se esmeraba más y gritaba tocándose los huevos “Eh putita, necesito que hagas un trabajo para mí” frente a todo el instituto. Una vez al día me empujaba a los baños junto con ayuda de sus amigos y comenzaba a darme golpe tras golpes en zonas poco visibles para evitar problemas. Y esta anécdota podría ser una hermosa historia de cómo un grupo de alumnos se alzaba contra el matón del instituto y exigían justicia por el pobre alumno incomprendido que no podía defenderse solo, pero no era así.

Nunca era así.

Todos se juntaban en pos del hobby por excelencia: molestar al chico “vulnerable”.

Decir que fue fácil matarlo sería vanagloriar un poco mi inteligencia. Siempre iba en grupos grandes de personas con el fin de sentirse superior y protegido como si fuera Al Capone. Me tomó varias semanas de espera y planificación, hasta que por fin pude atacarlo totalmente desprevenido.

Sus padres se habían separado hacía ya muchos años. Una vez al mes iba a visitar a su padre al otro lado de la ciudad y se quedaba con él una semana. Le gustaba mucho caminar las veinte cuadras con la simple compañía de un mp3 y sus auriculares.

Lograr emboscarlo resultó ser más sencillo de lo que pensé, ya que ese día había decidido tomar un atajo (nunca pases por un bosque oscuro si eres

un maldito bastardo con las horas contadas). Yo no tenía el mejor armamento, pero estaba listo.

—¡Eh, matoncillo de cuarta!-grité antes de atacarlo con un martillo de considerable peso. No fue un golpe tan certero como me habría gustado, pero sirvió para herirlo y desorientarlo lo suficiente, dándome tiempo para volver a golpearlo un total de veinte veces. Un golpe por cada insulto o agresión, todo era finalmente devuelto. Uno de sus ojos había resultado intacto, pero el otro había sido triturado al igual que su cráneo. Sus sesos volaron por los aires y se mezclaron con los trozos de hueso y dientes que volaban de su ya inexistente mandíbula. Un gran estado de felicidad, furia y adrenalina inundaba mi mente mientras machacaba su corazón y arrancaba sus extremidades a base de más golpes. El sonido de los huesos siendo quebrados por el martillo me proporcionaba una sensación de euforia que me obligaba a seguir. En un ataque sincero de histeria y emoción le quité la ropa y... bueno, lo demás es historia.

Mi cara era un desastre y mi ropa goteaba sangre, pero no importaba. Ya nada importaba porque por fin era libre.

Y en cuanto al lugar donde lo escondí... me gustaría ver la cara de aquellos que logren encontrar sus partes esparcidas por la ciudad, en las casas de los chicos que fueron partícipes del infierno que sufrí por tantos años.

LOS NIÑOS OMEGA

por MARCELA MUIÑO
Buenos Aires

Una milicia de niños asaltó aquella mañana sombría el pantano que abrazaba al Arroyo de las Gaviotas.

Enfundados en pantalones cortos, sobretodos con capuchas azules se confundían con el cielo cargado de cúmulos grises y negros que contenían nerviosamente el aguacero por venir.

Sólo las piernas blancas desnudas enterrándose en el fango y los globos rojos de hilo corto, tensados en las manos pequeñas de los párvulos le imprimían al paisaje, unos matices distintos que se esfumaban en la niebla tenebrosa de la alborada.

La extraña incursión en terreno tenía que ver con la misión exploratoria, prescripta en el articulado del Régimen de los Niños Omega. Esta rutina se realizaba cada mes, siempre y cuando el día estuviera nublado.

La Comunidad Omega vivía en una cueva subterránea. Los niños habitaban la caverna siguiendo estrictas normas que buscaban endurecer el cuerpo para fortalecer el alma. Entre las restricciones más significativas en la vida infantil, sobresalían la prohibición de ver el sol y el vuelo de las aves durante las caminatas exploratorias. Por eso, Monteverde era el campo ideal para el ejercicio de los Niños Omega. Un pantano de aguas densas, malolientes con un tufo cerrado que concentraba las almas de las especies muertas en la bruma impenetrable de su superficie. Monteverde era lo más lejano a la vida que pudiera imaginarse. Sin aves, sin vegetación y con el eco de un lamento punzante de alimañas en estado de necrofilia que resistían su paso definitivo a la muerte.

Antes de que los niños salieran de la caverna aquella mañana nublada, Yerik, el líder de la Comunidad Omega, leyó a los niños las pautas de comportamiento durante la misión: caminar en fila, mirar fijamente focalizando en la nuca del niño de adelante, no emitir sonidos, realizar las dos sentadillas de la caminata en medio del cieno y no imaginar los colores escondidos en el pantano sombrío.

En esta ocasión, La Comisión de Infancia Omega (CODI) decidió que los niños portaran un globo rojo. En la anterior excursión llevaron un molinillo de vara corta e inflexible.

Lo cierto es que Misha el más pequeño de los niños varones, preocupaba al CODI por la indisciplina de su cuerpo. No alcanzaban las lecturas de las prosas Sagradas del “Pequeño Gulaga Ilustrado”, para abolir su espíritu curioso e inquieto.

Atento a la naturaleza de Misha, Yerik decidió que fuera el último en la fila, bajo la mirada de los tutores encargados de la misión. Y en una marcha mecánica y rígida salió el parvulario a misionar el campo Monteverde. El ejercicio en Monteverde se inició sin sobresaltos, porque la esencia mortuoria del pantano solidificaba los corpus y lentificaba los pulsos cardíacos.

Los tutores de la caminata exploratoria, eran los jóvenes sobrevivientes de la infancia omega, servían fielmente a una causa que no conocían aunque algunos intuían una posible vida más allá de la caverna a través de sus sueños perdidos en la profundidad de la tierra.

Será por eso que no percibieron durante la caminata el tenue movimiento del cielo y el sutil desplazamiento de las nubes del norte por el que se colaba un haz de luz solar.

Misha cerró la fila de infantes peripatéticos pero su cuerpo rebelde se movió oblicuamente y siguió la figura del globo rojo que se balanceaba en sentido norte. Sus ojos celestes alumbrados por el rayo de sol furtivo descubrieron el sobrevuelo de una gaviota perdida en un trozo de firmamento impropio.

Azorado, rompió la regla del mutismo y lanzó dos gritos encadenados que movieron las rocas centenarias enclavadas en la orilla del agónico lodazal. Antes que los tutores lo apresaran, soltó el globo de sus manos y volvió su mirada a la nuca del infante que tenía adelante. Siguió los pasos reglados de la caminata exploratoria sin dejar entrever que su alma había descubierto la libertad en el sigiloso vuelo del ave y se aferraría como pocas a la vida de aquella gaviota obstinada en la búsqueda de un nuevo cielo.

El globo rojo se entremezcló en las nubes ocultando mágicamente el vuelo clandestino del ave que sólo Misha pudo atrapar, sintiendo para siempre la vida latente más allá de la cripta que encarcelaba la infancia de los Niños Omega.

BICHO DE LUZ

por NÉSTOR LUIS MÜLLER
Santa Fe

Corría el año 1963, Esperanza al igual que otros pueblos de la zona, era testigo del paso del tren. Ciclópeas locomotoras arrastrando su pesada carga de pasajeros, correspondencia y encomiendas, que trasladaban a tan diferentes como remotos lugares del ramal ferroviario, hacían su paso por Esperanza. En aquel tiempo, era posible escuchar el interminable anuncio de su llegada con el resonar constante de un agudo pitar. Se cortaba el aire durante aquellos momentos del día, en los que marcando su andar duro y firme ingresaba al andén, que desde algunos momentos antes ya se había poblado misteriosamente con pasos de visitantes y personas del lugar, anónimos pasajeros que por necesidad se trasladaban hacia el norte provincial, Alta Córdoba o a la capital santafesina y, que con su bullicio mantenían palpitante a la vieja estación.

Las llegadas del tren eran particulares, el resoplar del pistón de la locomotora que envuelta en una estela de humo y vapor, cual una creación diabólica, se desplazaba lentamente para, recién entonces, mostrar el tenue resplandor de su único ojo, mágica luz amarillenta, que ponía en alerta a ese singular personaje que desplazándose con inusitada rapidez por la playa de maniobras, farol en mano, cumplía con la servicial tarea de dar las bienvenidas y anunciar las partidas.

El cobijo de noches frías y cálidas, intercaladas en el avance del calendario, eran el escenario propicio para que el guardabarreras entrara en acción y contrastara con el andar apacible de quienes llegaban. Empuñando su farol con vidrios de arco iris acompañaba sus rápidos y mágicos movimientos al igual que un caleidoscopio, de aquellos que muchos de nosotros recordamos en nuestra admiración de niños.

El guardabarreras era ese personaje imprescindible para garantizar la segura marcha de los trenes. Así lo asumía “Bicho de luz”, cuando al lado de la vía descifraba con un manual propio, que le daban sus años de experiencia, al código de cables, roldanas, aparejos y palancas. Rápidos movimientos traducidos en señales luminosas entregaban al intrépido maquinista, el permiso para llegar a la playa ferroviaria o partir raudo de ella, e indicaban que las bifurcaciones del doble sendero de metal se encontraban libres y seguras para el tránsito del convoy. Todo era el resultado de la responsable tarea de “Bicho

de luz”, como lo llamaban los chicos del barrio por esa hábil destreza que traducían sus manos mediante su farol multicolor.

Vivía junto a su familia, en una modesta casilla de chapas coloridas ubicada a la vera de las vías, muy cerca de la estación. En el lado norte, contiguo a la cocina, una improvisada pérgola elevaba un fresco techo azul cielo de glicinas florecidas. Atrás, el patio limpio y ordenado, mantenía un rincón de huerta que se limitaba con una planta de limón y un duraznero conformando los extremos de una figura geométrica con el bajo tejido perimetral que la rodeaba.

Cada día al concluir la faena regresaba a su hogar, satisfecho por el servicio bien cumplido, y orgulloso por la ostentación que hacía de su ropaje: traje gris oscuro, saco de varios botones y una pequeña solapa con detalles azules, camisa blanca radiante, corbata fina, zapatos negros cansados del trajín y su gorra armada con una visera negro azabache, a la que cuidadosamente pendía en la percha que se encontraba detrás de la puerta de madera color ocre. Allí le esperaba el cariño compartido de su familia, la comida, vital fuente de energía, y un descanso reparador.

Era el tiempo en que ser un buen ferroviario, valía, significaba una importante carta de presentación.

Por cierto, nada se sabe hoy de “Bicho de luz”, pero de lo que se debe estar seguro es que en el siglo pasado una Argentina próspera se fundó con estos singulares actores de la vida real.

Un poco más acá en el tiempo, las transformaciones económicas y sociales construyeron una sociedad distinta, en la que los trenes de estos ramales del interior se encuentran en estaciones sin destino, a la espera de una muerte definitiva.

Otros “Bichos de luz”, se transformaron en desocupados de una nueva Argentina sin el encanto de los trenes.

TRASCENDENCIA

por RODOLFO OSCAR NEGRI
Entre Ríos

La única certeza que tenemos los humanos es que morimos. Todo lo demás son especulaciones que van de la mano con la propia evolución de la mente y los conocimientos que se han sucedido a lo largo de la historia.

Así que, por un lado, desde las más antiguas creencias, se ha tratado de encontrar una explicación o una historia o una teoría o una creencia o como se lo quiera llamar a un relato que habla de que seguimos vivos después de muertos.

La otra trascendencia ya no se da a partir de la muerte, sino de la vida. Por eso, el ser humano necesita estar en sociedad, para que el “compartir” de sentido a la vida y que —de alguna manera— posibilite el que tengamos receptores de lo que nos pasa. De nuestros sentimientos, de nuestras ideas, de lo que vivimos todos los días; ya que todo eso es la prueba misma de que estamos en este mundo.

Tener un interlocutor es parte de lo que prueba nuestra presencia.

¿Por qué digo estas cosas? Te cuento.

Hoy la fui a visitar a mamá. ¿Sabes lo que me pasó?

Estaba en la puerta de su departamento esperando que me abriera la puerta, cuando escucho la voz de la vecina contando los problemas amorosos que tenía con su novio; giro la cabeza y alcanzo a ver por la ventana a la muchacha que se quejaba amargamente.

Mamá no salía y eso me llevó a concentrarme más en aquel discurso extraño.

Hablaba de sus problemas de relación, de sus diferencias. Le contó (a un interlocutor que yo no alcanzaba a ver), con lujo de detalles, el ríspido diálogo y los insultos en lo que se había terminado convirtiendo aquella situación y la separación posterior.

Seguramente mamá había salido a realizar algún mandado y no estaba, no obstante no me movía del lugar porque aquella situación que ocasional y accidentalmente me tenía como testigo oculto, me había atrapado y la pena de

aquella mujer, a la que solo veía a través de una ventana, me conmovía. Ella le habría su corazón a alguien que la escuchaba.

Tal vez fuera una amiga o amigo, o quizás un compañero de estudio... no lo sé. De todas maneras, era una actitud muy fría, ante el cuadro que tenía enfrente.

Entonces traté de visualizar mejor para ver cómo era el interlocutor de la joven doliente. No creas que mi intención era espiar, porque no lo era; pero me sentí —de alguna manera— así. Como un espía, un invasor, un intruso que se inmiscuía en algo que no le correspondía.

Pero, uno tiene sus emociones y la pasión de la escena me conmovía absolutamente.

Entonces lo vi. ¿Sabes A quien la hablaba? ¿a quién le contaba su tragedia? ¿a quién hacía partícipe de sus penas? ¿A qué no?

¡Al gato! A un gato... por Dios —me dije— ¡cuánta soledad!

Los gatos son conocidos normalmente por dos cosas: su personalidad independiente y su fuerte carácter. El gato es egoísta, manipulador, infiel, frío... bicho de mierda, si los hay...

La veía llorar y sentía una profunda pena por ella.

¿Debería haber llamado a su puerta para tratar de consolarla?

Si hacía eso ¿Cómo le explicaría que había escuchado todas sus penas como un ladrón detrás de una ventana ajena?

Me sentí desubicado. Fuera de lugar, pero —además— inútil, inservible.

Me fui.

Caminé lentamente hasta las pocas cuerdas que tenía hasta la Plaza Ramírez, bajo un cielo plomizo, bajo una tenue llovizna y por más que trataba, no me podía sacar de la mente la patética imagen de aquella joven mujer destrozada contándole sus emociones, pasiones, afectos, dolencias, sus penurias, sus desvelos y sus cuitas... a un gato. Un gato que la miraba desde lejos, fríamente, como si fuera un mueble más.

Así de mal llegue a casa: mojado y agobiado, y por eso te cuento lo que te cuento.

En fin... que cosas que tiene la vida ¿no?

Muchas veces no nos damos cuenta de lo afortunados que somos.

En ese momento respiré profundamente.

¿Sabes lo que voy a hacer?

Me voy a dar una ducha con agua caliente para cambiar la temperatura de mi cuerpo y de paso a ver si me puedo aflojar un poco.

Además, voy a tratar de pensar en otra cosa.

Tengo que tratar de pensar en algún momento lindo de mi vida y borrar aquella imagen.

¿Te parece? Bueno, ahora andá a la cucha que en un rato te llevo el alimento.

EL MARINERO Y LA SIRENA

por ABIGAIL NIEVA
Buenos Aires

Se dice que en las costas vascas había un marinero con fama de Don Juan; su aspecto de Adonis hacía sonrojar a más de una mujer. Eran muchas las doncellas que le pretendían, pero pocas las que lo cautivaban; ninguna que recibiera de sus atenciones más de una noche. Este apuesto marinero abusaba de sus dotes para seducir a las jóvenes ingenuas; les prometía el cielo y la luna, el mar y las estrellas, y luego las dejaba con el corazón roto deseando nunca haber conocido sus amores. Este joven no conocía de límites y no había autoridad en el cielo o en la tierra que lo detuviera.

Un buen día se reunieron las mujeres despechadas y decidieron convocar a los monstruos marinos para vengarse de aquel malvado amante. Sabiendo el lugar y la hora en que las “Lamias del mar” (en otras regiones conocidas como sirenas) reposaban sobre las rocas de la playa, se escurrieron para robar el peine de oro de una de ellas. Estos artefactos no sólo cuidaban de la estética de sus portadoras, sino que también guardaban de todos sus poderes, entre ellos: seducir a los hombres, el cantar tan bellamente que priva a cualquier persona de sus cualidades racionales, y ser inmortales. Cualquiera que poseyera este peine, sería capaz de controlar a dicha sirena, si así lo deseara. Tan distraídas estaban las Lamias observando a los pescadores que recogían sus redes, que ni cuenta se dieron de que les habían robado.

A la hora en que las Lamias debían volver a su hogar, la que fue víctima de robo descubrió el agravio. Sabiéndose incapaz de defenderse ante cualquier pescador que la quisiera matar sin su talismán, fue en busca del ladrón. Insultó e invocó a todos los poderes de la naturaleza, atrayendo a los vientos y las lluvias para que azotasen las costas hasta que ella pudiera recuperar lo que le habían quitado. El miedo a la tempestad obligó a las muchachas damnificadas por el marinero a presentarse ante la “Itsaslaminak”. Aquel malvado seductor fue acusado del hurto, mientras una de las mujeres iba a su casa a esconder el objeto mágico.

Llegado a casa, el marinero se encontró con el peine de oro. En principio creyó que le pertenecía a la amante de la noche anterior, pero, al ver cómo la sirena entraba echando abajo la puerta, comprendió que lo que tenía en sus

manos era mucho más valioso. Ella comenzó a cantar, tratando de seducirlo, pero éste, conociendo la leyenda, escondió el tesoro e intentó dominarla:

—Debes hacer todo lo que yo te ordeno —le dijo.

La sirena se enfureció ofendida, sin embargo, reconoció que él tenía razón, pues no poseía sus poderes sin su dichoso peine. Obstinada como era, se rehusó a ser su esclava y le rogó que se lo devolviera, mas él no accedió. Entonces ella, conociendo la ambición de su oponente, le propuso un trato: a cambio de su talismán, ella le daría lo segundo más precioso que poseía, el don de seducción. Le explicó que si bien él ya tenía a las mujeres a sus pies, esto se debía a su belleza, pero ésta, como todas las cosas, algún día acabaría. Lo que ella le ofrecía era eterno, podría ser el mayor seductor, lugar al que fuera las mujeres se le entregarían con facilidad y no tendría ningún oponente en los reinos de la tierra.

—Ningún otro mortal posee tal don —le replicó.

Y el codicioso marinero aceptó el trato con entusiasmo. Dicho don se traspasaría a él por medio de la unión carnal con la sirena. El hombre, dispuesto, se desvistió y se tumbó en la cama, descuidando así el peine. Surtido efecto el engaño, la Lamia tomó lo que le pertenecía y se fue maldiciéndolo:

—Tu amor y deseo serán hacia a mí solamente, no serás libre de mi encanto hasta que no satisfagas tu deseo. Pero eso jamás ocurrirá porque nunca volveré a la superficie y, si me buscas bajo el mar, morirás.

La sirena retornó a su hogar, llevándose el mal clima con ella, y cumplió su promesa de no emerger más. El marinero vaga por tierra y mar buscando a aquella que se robó su corazón y lo dejó desgraciado, infeliz y miserable.

SECRETOS DE UN HOMBRE SOLO...

por SERGIO NUÑEZ

Entre Ríos

La casa era muy antigua, ubicada casi al llegar a la esquina. Con su frente adusto, de puertas de madera. Altas. Y ventanas con vidrios manchados y jirones de cortinas que en un tiempo fueron de color blanco. Llevaba escrito a un costado de la puerta, sobre el muro, con burdos trazos de pintura, el número ochenta. En una ciudad cualquiera, de un país extraño...

Al entrar, unos escalones nos llevan al pequeño recibidor, algo estrecho. El olor a humedad nos invade. Él parece estar allí todavía. Sentado sonriente, frente a su escritorio, mirándonos. Esperando. Quizás es nada más que una imagen, inventada. Hundida en profundos recuerdos. O será nuestra imaginación. O su fantasma.

La habitación que da al frente es la principal. Dicen que era la matrimonial. (Pero él dormía solo...) Un pasillo y más allá, la cocina y otra habitación secundaria. Allí dormían las niñas y su esposa... Aquel hombre podría llamarse, Juan, José, Raúl o... Pedro. El nombre no es tan importante. Las lágrimas de su madre, antes de partir a reunirse con él, sí. Porque ella también murió con sus secretos auestas. Secretos que hablan de infidelidades, de maltratos, de furia contenida, de llantos en silencio, de noches sin dormir.

Quienes lo recuerdan hoy, lo recuerdan bien. Conversador, simpático, inteligente, buen compañero de trabajo, deportista. Apasionado por sus cosas... aún por su familia. Esposa. Hijas. Secretos. Secretos que murieron con él, a lo mejor, inconfesables.

Esa noche hubo miedo. Un golpe. Sangre. Un reguero... dicen. Y pasos alejándose. Llantos a escondidas. Preguntas que siguen sin responderse. Otra vez el silencio y el olor a humedad y encierro. Él no gritó... Ella y las niñas, tampoco. A nadie parece importarle demasiado. Sus pasos siguen recorriendo la vieja casa. Entra y sale de las estancias vacías. Buscando algo, un gesto de amor o una explicación a tanto horror. El aroma del humo de sus cigarrillos se enseñoera del lugar. De a ratos sonrío, esperando tal vez que alguien desde afuera, se anime a entrar a conversar con él. El hombre está solo y sigue aguardando, como todos nosotros, algo de justicia.

A Pedro R. (In memoriam.)

COMPLETO

por DIEGO OBIOL
Buenos Aires

Es un pez desorientado sin saber qué corriente hay que tomar. Navega sin popa, sin estribor, sin estrellas, ni brújula, ni timón. Impulsado por la corriente, por la fuerza externa, misteriosa, dictatorial. Arrastrado sin sentirse arrastrado, avanza aunque pudiese ser que estuviera retrocediendo. Inmerso en un sistema inconmensurable, una pieza de un engranaje del que no se siente parte capital.

Andar por andar, latir por latir, comer por instinto, seguir por inercia. La vida sin sentido, la vida vacía. La vida como conciencia de algo que no llega, que no satisface, que se manifiesta incompleta. Hace lo que se supone debe hacer, lo que ordenan los preceptos sociales, lo que se espera de él. Sin embargo, la verdad parece encontrarse en otra parte. Atrapado en una libertad contenida, retenido en las redes de un pescador. Navega esperando llegar a la meta de partida que suele ser la meta final.

El fluido le acerca la voz de una sirena. La luz de un instinto primitivo y racional lo rodea y lo atraviesa. No ignora que las sirenas suelen ser la pérdida de los marineros, pero se deja llevar como un susurro del viento, como una pluma en el mar. Ella lo busca y él a ella. Se acercan. Se reconocen. Se sienten. Se enamoran. Se aman. Se curan. Se lastiman. Se sanan. Se hieren. Se cuidan. Se abandonan. Se rehabilitan. Se lesionan. Se recuperan. Se laceran. Se alivian. El juego del amor tiende a acortar las distancias entre dos puntos antagónicos para revelar que lo que une es más importante que lo que separa.

Se acompañan. Recorren la inmensidad del océano, las profundidades de las grietas, la anoxia de las cimas, la contracorriente de los ríos. Se saben dos en un Universo distante. Se disuelven uno en el otro. Se mezclan.

Las redes siguen flanqueando. La incertidumbre continúa molestando. Un desesperanzado sin iniciativa. Vivo porque las funciones vitales son autónomas. Las heridas son ignoradas por reincidencia. Esa colectividad carece de sentido. Solo los dos se alcanzan para hacer más llevadera la existencia.

En un período en que parecen haber caído en las trampas oníricas, en el espíritu impotente de quien está al final de las cuerdas, el milagro se produce. El ensueño es más profundo todavía. Se siente un pez consciente de su in-

consciencia. Controla la caída hasta el lecho marino, ella lo observa absorta. La corriente lo arrastra, pero el otorga cierto empuje también. Sabe, aunque todavía no lo asimila, que ya no puede morir.

Escamas con escamas ya se saben mucho más que dos. El espíritu quiere despertarse, pero el golpe de realidad todavía no lo azuza. Esperan en un salón claro e iluminado, atraviesan un pasillo eterno, ingresan en una sala pequeña y oscura. Cables lo atraviesan todo. Alguien más le coloca un gel en la barriga de su sirena y el repicar de un sonido embravecido lo trae a la realidad.

–Felicitaciones, efectivamente van a ser papás.

No navega nunca más desorientado. Asume el mando del timón. El rumbo es claro, el horizonte está despejado. Ya no siente el vacío del hueco que dejó Dios al sacar la costilla. Ahora se siente realizado, completo.

LUCES NAVIDEÑAS

por RENATA OTTO DE TORI
Misiones

La noche fue envolviendo con sus lazos de sombras el ranchito de tacuaras y techo de hojas de pindó, que en un claro abierto a hachazos en el monte misionero mostraba la presencia del hombre. Llegaba a su fin el año 1935 en el Alto Paraná.

Delante de él, un fogón dormitaba en sus brasas, y junto a éste una joven mujer canturreaba canciones navideñas que hablaban de nieve, campanas y lagos silenciosos, cosas que jamás había visto. En su regazo, un niño de algo más que dos años la miraba con sus ojos brillantes color caramelo. Ella lo abrazaba y besaba.

Sonia estaba feliz esa noche, a pesar que hacía tres años tuvo que irse de la casa de sus padres bajo una lluvia de improperios, por haberse enamorado perdidamente de José, el peón criollo que su padre había empleado. Y haber gozado de ese amor junto al arroyo, lo que resultó en su embarazo, cosa que fue la vergüenza mayúscula de sus progenitores.

Aquella vez caminó por horas por la picada abierta en el monte, sin saber adónde ir, hasta que la sed la llevó a bajar a un arroyo y se sentó a descansar allí. Así la encontró el viejo Fexler. El hombre, asombrado al ver a la jovencita, se acercó y le habló. Ella rompió a llorar, y entre sollozos, le relató al hombre su historia. Él le palmeó la espalda y le dijo: Pues venite conmigo.

Así fue a parar a su rancho, y allí se quedó. Y ahí mismo dio a luz. Fexler, de unos 45 años, no tenía casi nada, y menos que nada un sentido religioso o festivo. Pero la albergó y cuidó como pudo.

A menudo el hombre iba a cazar a la tarde y quedaba casi toda la noche en el sobrado. Así lo hizo también esa Nochebuena.

Entre las pocas cosas que ella pudo tomar antes de salir de la casa de sus padres, estaba un frasco de vidrio verde, con tapa a rosca. Lo atesoraba con mucho cuidado, porque era algo que su abuela había traído de Europa y le había regalado unos días antes de aquel nefasto en que sus padres la echaron.

Esa tardecita, Sonia cazó más de cincuenta luciérnagas y las puso en el frasco. Ahora, junto al fogón, se lo mostró a su niño, emocionándose por el asombro y encanto en sus ojitos al ver las luces moviéndose tras el vidrio

verde. Se animó a cantar en voz alta, ya que Fexler no estaba. El niño reía, ella cantaba y lo abrazaba feliz: él le recordaba tanto a su amor perdido. Más tarde, destapó el frasco y las luciérnagas echaron a volar. El niño alzaba sus manitas tratando de atraparlas, pero se fueron perdiendo en el cielo verdenegro del monte.

- La joven madre abrazó a su niño, besó su cabeza y le deseó feliz navidad.

Algún día levantarían vuelo como las luciérnagas.

AGUAS VIVAS

por ALICIA ELBA PAGANO
Buenos Aires

En Monte Hermoso hay aguas vivas. Siempre. Muchas. Los veranos de mi infancia fueron testigos del miedo a esas masas gelatinosas con filamentos blancos o rojos que flotaban en las olas o nos esperaban en la orilla, acechando para enredarse en nuestras piernas.

Hoy, volví al mar después de mucho tiempo, y ahí estaban. Ellas, sí, mi miedo no. Mi miedo lo había vencido hacía mucho tiempo junto con otros que me abrumaban día a día.

En las vacaciones de verano venían también mis abuelos. Eran dos meses de sol, de juegos, de arena, y también de filamentos blancos y rojos que no me dejaban dormir. Soñaba todas las noches con ellos, y cuando mamá acudía alarmada por mi llanto solo podía decirle que me dolía, que me dolía mucho.

En la playa me bañaba con miedo, iba a los charquitos que dejaba el mar y me quedaba sentada mirándome las piernas surcadas de filamentos.

Mamá me curaba las piernas, pero nunca pudo curarme el alma. El alma que perdí, junto con los miedos, cuando mi abuelo, ya viejo, apareció muerto en la playa una mañana de verano, cubierto de filamentos rojos junto al balde en el que juntábamos almejas. Pero esta vez, repleto de aguas vivas.

SOMBRAS DENTRO DE SOMBRAS

por KAREN ALEJANDRA PARED
Corrientes

Todo empezó como hace ocho meses aproximadamente, cuando comencé a escuchar primero, los zumbidos de abeja en mis oídos, para que luego en los meses siguientes, estos, se convirtieran en latidos frecuentes, altos y bajos. Creí que era una cuestión de presión sanguínea, así que fui moderadamente dejando la sal, y me fui controlando en las comidas diarias. Posteriormente, empezó el sangrado nasal, que también es un síntoma de presión, por lo cual, también lo atribuí a este. Siendo estas más recurrentes de lo “normal”. Claro que siendo yo, todo no era visible, pues los conductos nasales, están conectados directamente al paladar, semi cocido. Yo solo despertaba de madrugada, casi ahogada por la sangre que llegaba a mi garganta. Lo curioso de esto, es que no siempre sabía igual. Generalmente sí, pero no siempre, ese gusto ferroso, de óxido y sal. Luego el gusto dulce, y ardiente.

Posteriormente de estos sorprendidos arrebatos de sueño, el insomnio, el cansancio después de dormir doce horas seguidas, sin escuchar murmullo alguno. Comenzaron los gritos ahogados lejanos. Los repentinos golpes de ventanas y puertas. Y ver sombras moverse.

Ver sombras de madrugada no era una cuestión de presión, así que lo atribuí al cansancio, y comencé a culpar al insomnio, las pastillas para dormir no me ayudaron, quizás eso lo empeora más. Y luego las sombras se detuvieron, solo eran manchas oscuras, en el techo, en las esquinas de las paredes, y en las propias sombras. Sombras dentro de sombras. Culpando al miedo por ver, comencé a investigar, comencé a darle nombres, a las sombras, a darle un rostro, a darle una vida, y hablarle. Comencé a hablar a sombras. Primero fue extraño, era como fingir estar loca, después era como una cuestión de compañía, la cual no había solicitado, pero estaban ahí.

Observando.

Esperando.

Exigiendo ser vistas.

CONDUCTA DE LOS QUE ESPERAN EL COLECTIVO

por RUBEN PARISI

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Con cierta frecuencia los peatones o caminantes, sienten la necesidad de subir a un medio de transporte masivo, al cual llamaremos colectivo o bus.

Para realizar esta acción el peatón o caminante se parará al lado del palo indicador del número de colectivo que desea abordar. Para aquel que no lo sepa, el palo indicador esta clavado en forma vertical a unos pocos centímetros del cordón sobre la vereda o acera. Antiguamente era un palo, en la actualidad es un caño o tubo.

El que espera un colectivo, tal vez por ansiedad o tal vez por motivos aún no develados, ejecutará tarde o temprano estos tres movimientos:

Movimiento uno:

Estirará el cuello y/o se pondrá en puntas de pié mirando hacia el lado desde dónde supuestamente debe aparecer el colectivo, que muy frecuentemente es hacia nuestra izquierda.

Movimiento dos:

Sin dejar de ejecutar el movimiento uno bajará a la calle o calzada sin alejarse demasiado del cordón de la vereda, entre el movimiento uno y el dos, suele haber un intervalo de 10 minutos aproximadamente. Si el vehículo en cuestión no aparece, ejecutará el movimiento tres.

Movimiento tres:

Este es sin lugar a dudas el más arriesgado, consiste en trasladar el movimiento uno al centro de la calle o calzada.

Si cumplido estos tres pasos el colectivo no aparece, deberá ejecutarse nuevamente el procedimiento desde el movimiento uno, las veces que sea necesario.

Entre el movimiento dos y tres se pueden hacer, y comúnmente se hacen, comentarios del tipo “esta línea es la peor de todas, siempre un desastre, ahora cuando llegue se lo digo, al chofer”.

Estos comentarios se pueden hacer a una persona que esté en la misma situación de espera o a una persona imaginaria.

Finalmente y salvo contadas excepciones, el colectivo llegará.

P.D. hasta hace algunos años atrás estos movimientos se hacían mientras se jugaba nerviosamente con las monedas que teníamos en la mano, actualmente se hace blandiendo la tarjeta SUBE

LA MÁQUINA DE JUAN

por ZULEMA PIAGGIO

Chaco

Juan y Ricardo eran amigos desde el primer día de facultad. Ese día, hacía más de 30 años atrás; había una multitud de muchachones de 18 años perdidos y asustados, fingiendo ser mayores; pero solo algunos fumaban. Así fue que Juan se acercó a Ricardo a pedirle fuego. Hablaron un poco, se hicieron compañeros de estudio y desde entonces no se separaron.

A Juan le gustaba soñar y creía que compartir sus sueños con Ricardo los hacía más reales, estaban más cerca. Por eso mismo a Ricardo le divertía contradecirlo un poco, y siempre que hablaban terminaban en graciosas e inútiles discusiones que finalizaban en un abrazo cálido.

Aquella noche se sentaron en el patio y comenzaron a hablar como tantas otras veces, los pies en la mesita, una botella de vino y los cuerpos tirados en las viejas silleas mirando las estrellas.

Hablaron del trabajo, de los chicos, de los precios, del nuevo auto del vecino. Hasta que se quedaron en silencio mirando la noche, a lo lejos se oían los autos que pasaban por la ruta. Hacía calor y una luna enorme alumbraba el patio.

Juan suspiro y dijo:

—¡Cómo me gustaría tener una máquina que me diga lo que va a pasar!

Ricardo lo miro sorprendido:

¿Para qué? —Y se acomodó en a la silla con renovado interés.

—Yo podía haber sabido que, si ponía el negocio de telas, me iba a ir mal y no lo hubiera abierto nunca Y en lugar de ir por la avenida donde choque el otro día, hubiera tomado el camino de siempre y evitaba eso.

Ricardo se acercó un poco más, lo miro risueño y dijo:

—¿Cómo sería entonces, te avisa lo que va a pasar y vos cambiarías el camino si no te gusta?

—¡Claro!-dijo Juan orgulloso con su idea.

Ricardo solo por contradecir siguió preguntando

—Y si lo que ves te gusta ¿qué haces?

–Sigo por ahí! –Dijo exultante.

Ricardo sonreía rascándose la cabeza calva.

–Entonces, si te decían que te ibas a separar de Marita, como te separaste el año pasado ¿no te hubieras casado?

–Y, ¡no!-Dijo Juan empezando a dudar.

–Pero si no te casabas, no ibas a tener a Juanpi y Clarita.

Juan quedó en silencio mirando fijamente una estrella.

–Bueno-dijo después de un rato– quizá me casaba con otra mina y no me separaba.

–Pero no hubieras tenido a Juanpi y a Clarita –repitió en seguida Ricardo

–Bueno pero... capaz que si tenía hijos... pero-Se detuvo de golpe cuando se dio cuenta que no serían “esos” hijos que tanto amaba, porque para que ellos existan tuvo que existir Marita, su ex.

No sería Juanpi con su pelo rojizo y su carita llena de pecas, con sus dibujos de fin de semana y sus berrinches de domingo a la tarde. No sería Clarita con sus enormes ojos azules y sus rulos negros que se enredaban entre sus dedos cuando intentaba hacerla dormir. No sería la nena que llegaba cada fin de semana con la mochila llena de juguetes para jugar con él en la casa nueva, como ella la llamaba. No serían ellos sin Marita. El silencio se tornó pesado.

–Si te hubiera dicho la máquina que yo iba a tener este cáncer. ¿Qué hubieras hecho de diferente?

–Te hubiera avisado-dijo Juan, rápido.

Ricardo sonrió cansado.

–¿Para qué? Yo no quiero saber nada ¿Qué hubieras hecho vos, de diferente?

Juan pensaba y no se le ocurría nada diferente, era su amigo, su hermano, no había una etapa de la vida de uno donde no estuviera el otro.

–Probablemente no hubiera cambiado nada-dijo después de un rato– y seguramente me hubiera casado con Marita aunque la máquina me hubiese dicho que me iba a separar

En ese momento ya no estaba tan contento con su idea, empezó a llamarla “la maquina” casi con bronca.

–¡No me imagino una vida sin mis hijos, y si me dicen que vos te vas a morir antes que yo, por ese maldito cáncer, igual me hubiera hecho amigo tuyo

aquel día que nos cocimos en la facultad! La voz le temblaba, ronca y miraba el cielo con ojos húmedos.

–¿Viste? –dijo Ricardo – tu maquina no sirve de mucho, dámela, ya sé que hacer.

Tomó la botella de vino vacía hizo un ademán con la mano como si quisiera introducir algo grande por el pico de la botella, presionó el corcho y la dejó al lado de un malvón.

–Mañana la tiramos! Esto no sirve.

Juan lo miraba con una sonrisa torcida y una lágrima corría despacito por su mejilla redonda.

LOS ÚNICOS OJOS

por RUBÉN ALBERTO PIATTI
Santa Fe

Esta es la crónica, por fuerza inconclusa, del viaje de Sergei, el abuelo de todos los astronautas, víctima fatal y único sobreviviente de aquella lujuria sesentosa llamada carrera espacial.

El solitario capitán perdió el rumbo en las primeras horas del vuelo, su esquiñe de lata dio espaldas a la Luna y fue juguete de los humores cósmicos. Durante su equívoco derrotero el héroe olvidado contempló planetas, galaxias y elusivos cometas, alimentando la secreta esperanza de que, alguna vez, otros ojos pudieran contemplar aquellas extraordinarias visiones.

El pequeño ataúd de la roja insignia fue arrastrado, a velocidades de vértigo, cada vez más lejos de la madre Tierra, hasta que un día, que ya no fue día, cayó en las garras del devorador cósmico.

Aspiradas por la fuerza gravitatoria del agujero negro, la nave toda y cada célula de su desdichado tripulante, olvidaron su naturaleza y esencia, para flotar en los confines de la nada.

Aquel viajero que fue hombre se desmembró en miles de impulsos inconexos, convirtiéndose en el inmortal cadáver que sueña despierto, condenado a contemplar, desde siempre y por siempre, la magnificencia del átomo infinito.

Desde entonces, ante Marco Polo vencido, danzan en armónica desarmonía, la existencia y la nada, exhibiendo sin pudor el rostro oculto de mil y una deidades sin nombre.

Frente al triste bajel, atrapado en la singularidad de lo imposible, no es infrecuente que desfilen, entre otros portentos, todos los habitantes de Nueva York, apiñados en una cucharita de plata y una hormiga del tamaño de la Vía Láctea, aferrada a una minúscula brizna de pasto.

Y al pobre Sergei, que no muere ni puede vivir, ni siquiera le es permitido enloquecer, porque en ese recóndito lugar, donde el mundo no es mundo, cordura y demencia se estremecen en una cópula inverosímil, que no es eterna solo porque allí, ni siquiera el tiempo existe.

¡PATA PUM-PUM, AL SUELO!

por MACARENA PORTO FERNANDEZ
Buenos Aires

Hola soy Mati tengo cuatro años y hace poco llegó a mi vida Joaquín, mamá dice que es mi hermanito y al principio me había convencido que venía con un regalo adentro de la panza por eso le pedí que trajera un camión rojo bieeeennn grande y si no era rojo y grande que se vaya por donde vino.

El abuelo Rolo dice que los hermanitos vienen de un lugar lejano, yo pensé que era de China, pero no, es más lejos porque tardó nueve meses en llegar. Y si tardo tanto no se tendría que haber molestado, es más cómodo quedarse en la casa, porque yo cuando tengo que caminar más de tres cuadras me canso y no quiero seguir, a no ser que papá me haga cosquillas y me lleve en cabavión. ¡Chiiii! un cabavión es un caballo en forma de avión. Lo inventamos con papá un día de lluvia que no podíamos ir a jugar al patio con mi pelota pucha, le puse así porque algún día voy a tener un perrito que sea redondito y peludito aunque, ahora que lo pienso mi pelota no es peluda, pero sí es suave y colorida además de estar conmigo todo el día.

Joaquín al principio lloraba un poco pero se quedaba donde los grandes lo ponían y él decía cosas raras que los adultos se reían y traducían algo así como ajó, no sé si pedía ajo o intentaba decirles a joderse, no lo sé y la verdad eso no es importante.

Un día mamá volvió al trabajo después de estar con nosotros casi dos años; y ese día no me lo voy a olvidar jamás en mi cortita vida. Nos quedamos al cuidado de la abu Clara, ella no tiene cara de abuela, pero lo que si tiene de abue son las galletitas que cocina por las tardes para que la tomemos con leche mientras miramos alguna película que encuentra cada tanto en los programas que deja papá, puestos en la tele. Ese era uno de esos días donde Joaquín estaba muy inquieto y lloraba por cualquier cosa, además yo estaba enojado porque mis papás ya no tenían tiempo para jugar conmigo y mi hermanito me había sacado mis juguetes y los rompió todos. La abuela había salido a atender la puerta después de que el timbre sonó fuerte dos veces, se ve que Joaquín se había despertado de la siesta y no se dio cuenta, traté de avisarle pero como la que llamó a la puerta era la vecina Chola para contarle lo que se había perdido de la novela de las tres de la tarde, no quiso escucharme. Cuando volví a ver a mi hermanito este ya había salido del corralito, y de estar arrastrándose de

cola puso sus dos manitos adelante corrió sus piernitas para atrás se levantó, como haciendo, queriendo hacer medialuna con fuerza y de repente ¡patapum-pum, al suelo!, me miró y como me causó gracia se rió y de nuevo lo intentó, pero esta vez puso la cola de costado con una piernita y una mano apoyada en el suelo se levantó con fuerza y ahora con los pies bien firmes en piso, se paró. Pero como que se mareó, primero, se quiso ir para adelante y lo dudó, y de repente ¡patapum-pum, al suelo otra vez! En eso regresó la abuela Clara y cuando vio a mi hermanito intentando pararse otra vez, pegó el grito para que se quedara quieto y corrió en busca de la cámara para sacarle una foto, pero cuando quiso hacerlo ya era tarde. Juaquin estaba tirado en el suelo queriendo comerse uno de mis juguetes otra vez. A la noche después de que la Abuela se lo contara a mis papás, antes de dormir me preguntaron qué había sido lo más divertido del día y yo le respondí que lo más divertido del día había sido hacer ¡patapum-pum al suelo con Juaquin! Y echamos a reír juntos.

Ahora mi hermanito ya no se cae más al piso, pero lo que sí hace es correr por toda la casa, y siempre cuando mamá llega yo le digo que Juaquin tiene las medias con color a pies, ella me corrige y me dice que es con olor a pies y yo le digo que no, que es con color a pies. Es que no me entiende, mis pies son color negro porque cuando corre, yo voy detrás de él y como él siempre está en medias tiene el mismo color oscuro que mis pies.

¡Tapatin– tin-ton este cuento terminó!

EL HIJO DEL SOL

por MARÍA EVA PRESTES
Buenos Aires

Al iniciarse el siglo XXI, el sol tuvo un extraño movimiento vibratorio que hizo que uno de sus rayos se desprendiera. Ese rayo se precipitó hacia la tierra, ingresó en el cuerpo de una joven mujer encinta, anidó en el feto y de este modo, vino al mundo en forma de un hermoso niño.

A través de sus ojos verdes, los destellos del sol ayudaban a iluminar la oscuridad de muchas vidas, transmitiéndoles alegría. De su pequeña boca, brotaban incesantemente rayos luminosos, que adoptaban la forma de palabras y consejos, de insólita sabiduría. Mientras seguía creciendo, sus manos se conservaban pequeñas y sus dedos, delgados y frágiles, se movían con sorprendente agilidad, dejando por doquier mensajes celestiales.

Su energía vital, originada en el padre sol, lo impulsaba a dejar este mundo, pero como amaba a sus padres terrestres, se esforzaba por sobrellevar las pruebas que su diferente condición le presentaba a diario.

El esfuerzo para resistir el llamado desde las alturas le fue restando energía, de modo que perdió la capacidad de caminar y debieron proveerle una silla de ruedas.

Doblegado por el peso de esta difícil lucha, su espalda fue tomando una curvatura que los señores de la medicina diagnosticaron como peligrosa para la continuidad de su vida. Por eso, al cumplirse diecisiete años de su llegada a la tierra, un señor vestido de blanco, con sus manos protegidas de guantes y su rostro cubierto por una máscara, procedió a abrir su espalda para colocar un soporte que tendría la misión de mantenerla erguida.

Pero a medida que el corte se iba haciendo más profundo, la energía del sol que había estado contenida en su organismo empezó a fugarse lentamente. Respondiendo al llamado del padre sol, el rayo que había estado oculto en el interior de este niño emprendió el camino de regreso al cielo, para ocupar el lugar que había sido suyo. Desde allá, continúa su tarea de iluminar y transmitir vida, pero no puede evitar un poco de tristeza, porque los que fueron sus padres y toda su familia, continúan llorando por haberlo perdido.

RODEADOS

por JORGE RAVAZZANI

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

El Juez firmó la orden y nuestro equipo ya se hallaba apostado en la dirección indicada. El cielo se antojaba cubierto, pero sólo lo delataba la falta de luna, mientras que las amarillentas luces de la calle buscaban falsamente compensar su ausencia. *Diástole.*

Un perro ladra al final de la cuadra, y otros tantos lo siguen en su queja, consecuencia del paso apresurado de una mujer en bicicleta. Su temor por la inseguridad del horario, no disminuyó frente a la certeza de lo que significaba nuestra presencia. *Sístole.*

Todos estamos tranquilos y en silencio, algo difícil de creer para cualquier persona que no haya pasado tantos años de entrenamiento. Cada uno de nosotros sabe perfectamente qué hacer y cómo proteger a su compañero. La confianza es fundamental. *Diástole.*

Otro ladrido de perro, pero aún más lejos. Ramírez se acomoda el pesado chaleco. De Santis mueve su casco para secarse el sudor de la frente. Yo me descubro rascándome la barba, con ese típico impulso inconsciente que uno no puede justificar. *Sístole.*

Hago mi repaso mental: A la señal, entraremos. Dos por el costado izquierdo, dos por el derecho. Ramírez, el nuevo y yo, por el frente. Reventamos la puerta, reducimos a los tres del interior y los chicos desde afuera nos cubren por si se complica. Simple. *Diástole.*

Algunos grillos se envalentonan nuevamente frente al silencio de la noche, para demostrar que siguen ahí presentes. Centinelas y testigos de todo lo que ocurre puertas afuera de las pocas casas que continúan habitadas en este olvidado barrio del conurbano. *Sístole.*

Dentro, una cortina se mueve toscamente y la luz de toda la casa se vuelve tiniebla. Suarez susurra “Nos vieron”. Eso sólo significa que adelantaron lo inevitable. *Diástole.*

El capitán da la orden y, como un pequeño enjambre que se mueve independientemente, pero respondiendo a la reina, avanzamos manteniendo la posición. *Sístole.*

Movimientos sincronizados, danza que no requiere de una filarmónica para maravillar. Sonidos de botas pesadas que marcan el ritmo acelerado, como un metrónomo. *Diástole.*

Un golpe seco de ariete abre la puerta, dejando salir el inconfundible sonido de disparos que nos recibe como fuegos artificiales anunciando el inicio de un gran juego. *Sístole.*

Ingreso tercero, junto a una ráfaga que dirijo a donde mi instinto me dicta. *Diástole.*

Los desdeños de una granada de humo dan una imagen fantasmal a la escena. *Sístole.*

Quejidos. Los disparos se vuelven cada vez más esporádicos. Avanzamos. *Diástole.*

Dejamos atrás dos cuerpos inertes mientras la espesa niebla comienza a diluirse. *Sístole.*

Tres golpes impactan en mi costado anticipándose al sonido de cada bala percutida. *Diástole.*

Pienso en mi chaleco, algo me quema por dentro. *Sístole.*

Caigo de rodillas. Todo a mi alrededor da vueltas. *Diástole.*

Alguien trata de sostenerme, no distingo quién es. *Sístole.*

Me recuesto débilmente mientras pienso en mi familia. *Diástole.*

Los chicos. Fernanda. ¿Quién cuidará de ellos? *Sístole.*

Busca mi mano abrirse paso por el pliegue del chaleco. *Diástole.*

Siento el dolor, la humedad de la sangre y frío. Mucho frío. *Sístole.*

La vista se me nubla aún más. Creo que los disparos cesaron. *Diástole.*

Sonidos de radio. Caos. *Sístole.*

Hablan de un oficial herido. *Diástole.*

¿Y Fernanda? ¿Y los chicos? *Sístole.*

¿Qué fue lo último que les dije? *Diástole.*

Siento un dolor agudo en el pecho, pero no tengo fuerzas para quejarme. Estoy tan cansado que aquel caos ya me parece distante, como si el destino me concediese una tregua, la cual aprovecho para cerrar los ojos, aunque sea por un instante. Un instante que se vuelve eterno.

Sístole. Mi cuerpo arqueado vuelve a reposar bruscamente sobre una plancha metálica. El zumbido del desfibrilador apagándose me da su eléctrica bienvenida junto a los doctores. Lo primero que me viene a la mente es si el ambo blanco de estos médicos fue elegido para que, quienes volvemos, pensemos que seguimos estando rodeados de ángeles. *Diástole.*

EL DRAGÓN DE LA COLINA

por GUILLERMO OSCAR RECIO
Buenos Aires

En algún lugar, uno de esos que solo existen en los cuentos, esos lugares mágicos que a veces soñamos...

Bueno ahí, en ese lugar, había una Aldea rodeada por un gran Bosque, una pequeña Laguna y una elevada Colina.

Sus habitantes eran personas amables, todos se conocían y vivían en comunidad, ayudándose unos a otros en lo que necesitaban. Nunca supieron que del otro lado de la Colina había otra vida, otra historia...

¡Allí, del otro lado, vivía un solitario Dragón Violeta!

Durante mucho tiempo al caer el día los observaba y de esa manera conocía la vida de muchos de los Aldeanos.

Se sentía tan solo que un día tomó coraje y decidió bajar para hacerse amigo de ellos. ¡IMAGINENSÉ!

¡Cuando esa gente vio bajar a semejante Monstruo de la Colina no sabían para donde correr o escapar!

Un niño se le acercó sin miedo y le preguntó:

–¿Quién sos?

Con mucha felicidad Juancho (ese era su nombre) decidió responderle:

–Yo soy el... FFFJJSSSHHH!!!! Y LANZÓ UNA GRAN LLAMARADA DE FUEGO

El niño salió corriendo espantado hacia su madre, los Aldeanos a los gritos corrían a sus casas, Juancho intentó comunicarse con Imanol, el herrero, que estaba en su galpón sin saber qué había sucedido.

–Hola yo soy... FFFJJSSSHHH!!!! Y el galpón se puso al rojo vivo.

Todos huyeron al Bosque...

El Dragón Violeta muy triste regresó a su Colina, de paso por la Laguna se vio reflejado en el agua y se dijo a sí mismo SOY UN... ¡FFFJJSSSHHH, MONSTRUOOO, FFFJJSSSHHH! y con lágrimas en los ojos se fue para no asustarlos más.

Al tiempo, luego de pensar semanas y semanas, se le ocurrió una idea.

“¿Qué pasará si tomo muuuuuucha agua del Lago?

¿Se apagará mi fuego interno?

Y así lo hizo, probó un sorbito, habló y ¡FFJJSH!, probó otro poco y... ¡FFJJ!, y un poco más y FFF, un sorbo más y lo logró, ¡Sí, podía hablar sin largar llamaradas de fuego!

Muy feliz fue volando hacia la Plaza de la Aldea donde había muchos reunidos.

Obviamente todos corrieron asustados, pero él les gritó bien fuerte:

¡SOY JUANCHO EL DRAGÓN DE LA COLINA, SOY BUENO, QUIERO SER SU AMIGO, NO QUIERO ESTAR NUNCA MÁS, SOLO!

Las personas comenzaron a animarse y se acercaron, ese fue el día más bello de su vida, pudo contarles sus historias y conocerlos.

Durante un tiempo convivió con ellos, cada día iba al lago tomaba sorbos de agua y tranquilamente paseaba por donde quería y hablaba con todos.

Un día el Cocinero de la Taberna se había quedado sin fuego y le pidió a Juancho que lo ayudara y encendiera los leños. El gran Dragón intentó e intentó y no hubo forma... Cof. Cof... ¡Puf! Solo una humareda salía de su boca.

El cocinero furioso, injustamente se enojó con él porque no lo podía ayudar y les contó uno por uno a todos los pobladores, nuevamente el dragón se quedó solo, nadie más lo quería porque, según ellos no servía para nada y no lo querían de mascota porque era muy grande.

Tristemente regresó a su Colina y los Aldeanos ya no hablaron más de él...

Un día un rayo hizo que el Bosque comenzara a incendiarse, los animales desesperados huían hacia la Aldea y la misma comenzó a quedar rodeada por el fuego.

Todos los aldeanos colaboraron para intentar apagarlo, pero era imposible.

Desde la Colina Juancho descubrió lo que sucedía y sobrevoló el lugar para ver qué podía hacer.

“¡El Lago!” –dijo presurosamente.

–Si tomo mucha agua la podré expulsar con fuerza con mis fuertes pulmones.

Y así lo hizo y comenzó poco a poco a apagar los árboles más cercanos a la Aldea y continuó con los demás, y con la ayuda de todos, luego de horas de trabajo en equipo lograron apagar el incendio y todo volvió a la normalidad.

Desde ese día el Dragón Violeta no regresó nunca más a la Colina, los Aldeanos agradecidos con él, le hicieron un gran establo confortable para que tenga un lugar donde vivir.

Dicen por ahí que Juancho volvió a soplar fuego después de un tiempo y nunca nadie más tuvo miedo, y en los crudos inviernos ayudó a mucha gente a cubrirse con a su calor. En los cálidos veranos se lo siguió viendo con los niños en el Lago jugando y salpicando a todos con su bocaza gigante.

Y colorín colorado, como el fuego, esta historia, en ese lugar de ensueño de los cuentos, ha terminado...

ORIANA

por PABLO ANDRES RIAL
Buenos Aires

Volviendo del trabajo, llegó a su casa tocó a la puerta, nadie lo atendía, esperó un rato y se inclinó a la ventana para ver. Dentro de la casa estaba su esposa, su pequeña hija y el perro que alegre jugaba con ella, el piso tenía un lustre increíble, su mujer un vestido estupendamente colorido y primaveral. Todos ellos tenían sus rostros felices como hace mucho no lo recordaba, el sol radiante de plena tarde lo hacía todo aún más conmovedor.

Volvió a golpear la puerta, el sol se escondía ya entre los árboles, insistió con más fuerza una y otra vez, mientras poco a poco se le desdibujaba la gran sonrisa de esa imagen, quería entrar, volver a estar con ellas. Dejó de insistir, el sol ya se había ido, las luces del comedor estaban apagadas, su perro yacía maltrecho, la tele estaba encendida, su mujer exhausta, anciana, sentada con un vaso de agua entre sus manos, sus ojos se le nublaban, buscó las llaves en su bolso y abrió la puerta, no había nadie.

LOS MIEDOS – PROFECÍAS AUTOCUMPLIDORAS

por STELLA MARIS RIERA

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Esa noche, el sobresalto, literalmente, lo tiró de la cama. Desde el piso, entre sentado y caído, estiró su brazo, buscando la perilla de luz del velador que se encontraba a su derecha. Con la presión de su dedo pulgar y el medio, la bajó, y como no se prendió, movió el cable, buscando encontrar alguna falla. Nada sucedió. Dubitativo, se levantó dispuesto a salir de su cuarto. (Eso le haría olvidar esa mala noche, plagada de pesadillas y recuerdos: de ese modo, de niño, se lo había explicado su madre). En la oscuridad de su habitación, con los brazos extendidos, fue avanzando. Ya estaba grande (en sus cuarenta y pico) sin embargo, sus miedos, lo seguían acompañando. Por un instante, se detuvo a pensar acerca de ellos: siempre habían sido nocturnos; se recordó pequeño y cómo la oscuridad era para él, una verdadera caverna paleolítica, donde animales feroces, crueles y hambrientos, se disponían a devorarlo. Hoy, en medio de la soledad, volvía a sentirse dentro de la caverna. –Pero hombre, ya estás grande–pensó– si sólo es tu habitación, sólo tienes que animarte, dar un paso, otro, y otro más.

Así se dispuso a hacerlo, respiró profundo, inspiró una vez y exhaló. Volvió a inspirar: su corazón latía en la boca de su estómago mientras los sonidos del silencio crecían en sus oídos y lo atormentaban. Recordó a su abuela diciéndole: no temas, no es nada, sólo la oscuridad y tu imaginación, exhaló.

Ahora sus manos sudaban; el temblor se hacía sentir en sus piernas. Respiró nuevamente, aún más profundo que antes, inspiró y exhaló con ruido, con sus manos apretando sus costillas hasta notar que se quedaba vacío, sin aire, y si todo salía bien, también sin miedos. Recordó a su terapeuta diciéndolo... y avanzó. Sin embargo, su mente, seguía dibujando figuras monstruosas. Pretendía entender lo que para él resultaba inentendible, inexplicable. Y mal que le pesara, ya era un hombre.

–Avanza, José, no temas.

Como si fuera tan fácil... Cómo ordenarle a su cuerpo que no tiemble, a su mente que confíe. Cómo espantar a sus viejos amigos-enemigos, sus contradicciones, sus fantasmas. En el camino chocó con una silla, (estaba

tan oscuro...) pasó su mano sobre ella, y la corrió. Las órbitas de sus ojos se volvieron enormes, con la intención inhumana e irracional, de ver en esa inmensidad, para él, impenetrable. Se sentía indignado. Con un sentimiento confuso. Entre el enojo y la angustia, lloró. Él, que ya era un adulto, se dejaba domeñar por su niño interior.

–Esto debía acabar-se dijo y apuró su paso.

Chocó con algunos objetos y abalanzándose hacia la puerta, la abrió. Ya era el día siguiente (lo sintió en su piel, aunque no podía verlo). Cerró y abrió sus ojos varias veces, los apretó con sus manos ahuecadas, les dio calor (se sentía tan cansado... el esfuerzo realizado había sido faraónico).

–Ha de ser eso-pensó– no debo anticiparme, ni dejar que mis pensamientos se apoderen de mí, no debo temer, no debo, no debo...

Pero no alcanzó, sintió un dolor en el medio del pecho y se desmayó. El resto, sólo lo escuchó. Al despertar dijo que con palabras complejas los médicos le explicaron. El pobre José aún estaba temeroso, sin embargo, el poco coraje que le quedaba le alcanzó para comprender: estaba ciego, su noche eterna había llegado. Entonces supo que debía tomar una decisión y elegir, porque de ahora en más, con miedo o sin él, la oscura caverna de sus sueños, se quedaría en su vida, para siempre.

Entre los espejos reales y los espejos de colores, sólo existe nuestra propia visión. Porque como dicen por ahí “quien está atrapado en el sueño de otro, está perdido”: vayamos en busca del bienestar, de nuestro deseo, nuestro propio camino. Recordemos que el destino no existe, el destino se construye.

EL CUATRERO

por RAMON JOSÉ RODRÍGUEZ
Buenos Aires

Esta es la ocasión pa' mostrarme como un hombre juerte, aunque a veces anduve medio descuajeringao por culpa de un sagaipé que hizo clavar el pico a unos cuantos animales, pero como soy habilidoso, entonao a este parásito le desterré del pago.

Resulta que el sotreta me cantaba a voz de amigo y panza arriba vivió en mi rancho. Ansinajué que su engaño duró poco.

Supe una vez d'este mal que aporriaba la manada, chusmeado por la experiencia y de tantos encontrones con maleantes desta mesma calaña, me dentré a calientar el mate.

¡Canejo! Bombiando descubrí que mi yunta era de mala muerte, así que le chiflé al hilo una tarde de junio, afrontándole encarecidamente al sotreta que ruiniera su poncho, prendas, guayaca y se largara pa' otro sitio, pero el sabandija afilando la uña, quiso engañarme culpando al chupacabras, de la desaparición de los animales.

Con la mirada fija en su jeta menea la cabeza, rabioso, escupí el naco y le dentré a juzgar: No puedo aguantarte más chamigo y le anoticio que tengo pruebas de q'usté, gaucho disgraciao, anda carniando las vacas por las noches y cambiando aves por unas chauchas a unos malevos del paraje El Porvenir.

Sin meditar en la volada el presumido y no encontrando el modo de zafar desta redada, tocao su orgullo por mi sentencia, se puso más bravo que una cascabel.

Atinando, que el ñaró no bajaba su altanería, le alvertí que en mi pago, no hará nido ningún sabandija; a lo que el gaucho se me abalanzó al cuhete como pa' robarme el pellejo pero al tranco el cuero le saqué y ansina trastrabillando, medio muerto me siguió menudiando con su facón sin poderme asertar; hasta que al fin, le despaché al pobrecito aujereándole con mi daga las tripas; y así juéq'el vanidoso al güelo, contra los palos cantó pal carnero.

TRASTURDIO

por SERGIO ABEL DARÍO RODRÍGUEZ
Buenos Aires

Se miró las manos y lloro desconsoladamente, volvió a ser niña con el llanto.

Alicia, o “La chuli” como le decían en el barrio llevaba una vida muy comprometida con sus pares. De niña había sufrido abusos por parte de su padrastro quien al regresar borracho, a su vivienda con pisos de tierra, la golpeaba y sometía brutalmente.

En su adolescencia se enamoró perdidamente de su profesor de historia, se enamoró o al menos quedó deslumbrada del mundo que Luis le presentaba en cada clase. Viajaba a lugares insospechados.

Fue un amor platónico, sólo ella y un viejo roble de la plaza Castell lo sabían.

Logró comenzar una carrera universitaria que costaba trabajando de noche en un boliche de “mala muerte”, fue sin dudas su etapa más feliz, se sentía muy orgullosa, se pensaba doctora de guardapolvo blanco y curando no solo heridas del cuerpo sino también del alma.

Casi sin darse cuenta, una noche fría y cerrada fue interceptada por un auto color verde, nunca supo bien, que marca era aquel vehículo que cruzo sus pasos. Pero lo supuso.

La celda es muy oscura y solitaria (quiero ahorrarle al lector la descripción detallada de un calabozo).

Las noches eran interminables y transcurrían entre silencios sepulcrales y aullidos desesperados... en su mente jugaba al “Trasturdio” una y otra vez... si los gritos de las celdas continuas eran feroces, se tapaba los oídos y gritaba en su interior.

Si había silencio, susurraba.

Durante el día, los días, una tenue claridad iluminaba su celda y Alicia recorría visualmente los ladrillos gastados por el tiempo contándolos, enumerándolos de izquierda a derecha, de abajo hacia arriba... también en diagonal.

—¡La puta que te parió! ¿Porqué me violaste? —gritó una noche mientras dormía y despertó bruscamente... el silencio era demoledor.

–¿Qué te pasa, Putita? – exclamó una voz ronca, era el guardia cárcel de turno (disculpe usted, amigo lector si sólo describo la función de esa voz) mientras pitaba un pucho y al terminarlo lo arrojó contra el cuerpo de “La chuli”, quien lo ignoró y comenzó a jugar al “Trasturdio”..., en su cabeza una y otra vez con los ojos cerrados y sus dientes apretados.

Cuando los pasos de aquella voz se oyeron lejos, abrió los ojos y vio una pequeña forma rectangular en el piso, se acercó gateando... tomó entre sus manos una pequeña caja de fósforos, la abrió lentamente y observó que en fondo de la misma sólo contenía dos.

¡Sonrió! Recordó una anécdota de su profesor de Historia y por primera vez largo una carcajada...

Apretó los dos fósforos muy fuertes entre sus pechos, les dio calor... los moldeó... y cuando supo que ya era el momento exacto gritó fuerte elevando la mirada al techo de aquel calabozo.

¡Por fin logre atar dos fósforos!...

Se recostó sobre el piso frío y húmedo y comenzó a jugar al “Trasturdio” en su mente... una y otra vez.

EL COLECTIVO DE LOS MUERTOS

por ALFREDO JAVIER ROMERO
Buenos Aires

Teníamos once años mi amigo “Tuki” y yo, vivíamos en el barrio más pobre de la localidad de Olivos, ese barrio está del lado del frente del cementerio. En la parte de atrás, o sea a la espalda de éste, existe un barrio muy tradicional llamado “Olivos Golf”; su nombre... lo dice todo.

Este personaje, el Tuki, como lo llamábamos en el barrio, era un morocho bajito con frente angosta, y un cabello oscuro y duro de esos que si se le cae parece que se puede clavar en el piso. Tenía una virtud gigante que era la de ser buen compañero y buen amigo; pero su sueño, su anhelo, su meta que era aún más grande que su virtud, quería ser “colectivero”.

En el verano, como a las dos de la tarde, en ese horario donde el sol está sentado en un trono y con sus omnipotentes brazos de calor domina a todos, pobres y ricos, tumbas y vivos; él me venía a buscar para que saliéramos a andar con nuestras bicicletas.

Imaginábamos desde el inicio, por idea de, el Tuki, que nuestras “bicis” eran colectivos, y como todo transporte público de pasajeros teníamos un recorrido obligatorio que transitar. Comenzábamos con algunas vueltas a la manzana en nuestro barrio, nos deteníamos en ciertas esquinas donde estaban nuestras paradas imaginarias, hasta fingíamos cortar boletos de colores de las boleteras cromadas, y como nuestra imaginación no tenía límites hasta esperábamos el acceso de la gente a nuestra unidad.

El fanatismo de este niño bajo, de cabello duro, era tan grande, que una Navidad pidió como regalo a sus padres que le pintaran su bicicleta de color amarillo; para que así pareciera un coche de la “línea 60”.

Nuestro trayecto incluía una vuelta grande por el interior del cementerio. Comenzaba por las tumbas que están en tierra, con sus cruces de madera barata desgastadas por la erosión y el olvido. El paso por el sector de las bóvedas era agradable porque sus pasillos tenían sombra y ese fresco que irradiaba el mármol frío.

Hoy que los años se llevaron esa infancia dos cosas están muy presentes en mi mente adulta: los juguetes incinerados por el sol, que la gente dejaba en las tumbas de los niños. y la segunda es que, a pesar, de que el cementerio

dividía nuestro barrio humilde del “Olivos Golf”; en él convivirían personas de todas las clases... por toda la eternidad.

Javier Del Polo

EL HINCHA EXTINTO

por VÍCTOR ANDRÉS ROSSETTI
Santa Fe

Sueño con ese pibe colgado en el alambrado, dejando la garganta en el hormigón de la tribuna. El flaco sale temprano de su casa, le da un beso en la frente a su mamá... “no me esperes”, le dice. Se toma el colectivo desde la zona norte hasta pleno centro. El chofer va mirando por el espejo, el bondi viene repleto, todos cantando haciendo un bullicio lindo, colorido e inocente.

Al bajar del colectivo comienza la procesión, son diez cuadras hasta el estadio. La caminata no reconoce de reglas de tránsito, se camina por la vereda, por la calle. El pibe mira a los costados y se siente seguro, todos a su alrededor son conocidos. Los conoce, aunque más no sea de vista. Se han visto en el club, en la pileta un domingo o en una mesa en los asados nocturnos. De los viajes para seguir también de visitante, de las peñas, las filiales... se conocen tan solo de transitar las mismas pasiones... El pibe está entre hermanos.

A cien metros de la entrada llega el momento del cacheo policial. Avanza haciéndose espacio entre la gente que marcha en una sola columna, apretados como ganado al matadero.

A la distancia puede ver los portones de la popular. Adentro ya están ellos, colgados de las barandas o sentados en los escalones. Asomados desde el paredón tirándole el carnet a otro que está afuera para que pase. Apoyados en los molinetes de entrada charlando con la policía. A éstos no los conoce, no los vio nunca en el club, no compartió asados ni peñas... mucho menos pasiones.

El cacheo es casi una violación, pero el pibe se traga su orgullo y pasa. Desde afuera ya escucha el aliento, los escalones tiemblan, la tribuna late. La tronera de salida está frente a él. La luz del sol lo ciega un momento hasta que sus ojos se acostumbran, las caras comienzan a aparecer de entre el resplandor... ya está en la popular, como cuando era chico y lo trajo su viejo.

El partido aún no comienza, pero el ambiente ya está tenso. Hay mucho movimiento, las miradas son desconfiadas, hay muchas manos en los bolsillos, el olor a porro es fuerte.

Los equipos salen a la cancha, el pibe se abre paso, no quiere perderse nada. El humo de colores, los papelitos en el aire, las banderas flameando

desde la platea. El flaco está eufórico, camina sin mirar y termina justo en el medio de la popular, en el lugar donde hoy no tenía que estar.

Para qué describir lo que pasa luego... el pibe está atrapado en medio del lugar donde se resuelve quién la vende en zona sur, quién maneja los bunker en zona norte, quién es el más poronga del oeste. Queda atrapado entre facazos y trompadas, queda atrapado y no zafa.

El resto del estadio es una fiesta, desde el piso el pibe ve los papelitos caer y mezclarse con el humo de colores. Lo rodean caras desconocidas, estira su mano como queriendo colgarse una vez más del alambrado. Piensa en su vieja que igual lo va a estar esperando. Piensa en la posibilidad remota de su cara dibujada en una bandera, flameando en lo alto de la platea, lo imagina y no le gusta, no quiere ser un mártir, no quiere ser la figura despintada en un trapo ajado por el sol y la lluvia. No quiere ser el rostro detenido en el tiempo del hincha extinto.

UN PÉTALO DE COLERIDGE

por ALEJANDRO ROSTAGNO

Buenos Aires

Mi abuelo huyó de la peste, la hambruna y la guerra –cada una de estas tres palabras me remiten a las pinceladas que sobre este asunto trasuntara Raquel Forner– escondido en un baúl victoriano.

Su único recuerdo tangible que ha conservado como salvoconducto de añoranzas rengas fue un cuadro pequeño. En él se hallaba perpetua una imagen cotidiana de Venecia. Se vislumbraban las diferentes góndolas surcar las autopistas marinas confundiéndose con las penumbras que arrojaban las ignotas casas que, como petropictos, oficiaban de Jano.

Pero, lo indiviso de esta postal radicaba en lo insoslayable y relativo a las repeticiones: para mi abuelo, apodado “Linger”, esa obra transmitía las aliteraciones de las frecuencias cotidianas que su imagen continuaba sospechando. Y se exilió para siempre.

Lo acogieron los inmensos Apus que custodian, eternos, el reservorio sagrado más elevado: el Titicaca. Sus cristalinas aguas le rememoraban a las del Mediterráneo, generándole un autismo que se confundía con sus lágrimas.

Ha aprendido a adorar, entre crepúsculos, tanto a los camellones como a las “Vuel Villa” hechas de juncos, pero olvidándose del exceso de sorpresa vana que detentan algunos visitantes con la creencia que de esa manera reducen sus diferencias.

Sus hijos, nacidos en Copacabana, eran adoradores de un sincretismo no amilanado. Esta devoción se incrementó tras la muerte de “Linger”.

En esas circunstancias impredecibles de la vida mi padre, el “Crotto”, halló la inmortalidad que aquél había alcanzado. Y en el sitio menos pensado: el cuadro. Porque, en una de las barcas venecianas, se divisaba la figura de mi abuelo remando hacia la eternidad.

Pero a mi padre nadie le creyó. Como resulta obvio ante lo inexplicable. Hasta que él tuvo la osadía de dejarse morir. Y, en ese mismo instante, medio canal se vio sumergido por las aguas del Titicaca. ¡Sí! En el levante se podían rastrear resquicios de la vida en Italia mientras que, en el poniente, se detectaban vivencias típicas de la tierra de Mama Ocllo: mamachas urdiendo chompas; sus hijas, aprendiendo el arte de Laquesis; hombres que transporta-

ban tubérculos y cereales sobre sus sandalias de caucho gastado. ¡Y mi padre entre ellos! El, sobre una totora y, mi abuelo, en góndola. Esto terminó por doblar a los más escépticos.

Supuse, por muchos años, que el cuadro me pertenecía. Mi arrogancia generó que se colgase en la pared de mi habitación. Hasta que mis sienes se emblanquecieron. Y he aprendido que nada me corresponde o que no existen compras definitivas sino alquileres hasta la muerte.

Ahora deseo que ser un integrante más del cuadro. O, mejor dicho, espero que, el Río de la Plata se entrometa entre los otros dos. Para naufragar, quien sabe, hasta Ur, el edén... mi edén. Ya no siento el aire.

LA CHICA DE LAS PIERNAS ROJAS

por FLORENCIA SABATÉ
Tucumán

Estoy acá hace ya mucho tiempo, tanto que ya no sé cuánto. Recuerdo que me gustaban las estrellas, me gustaba acostarme en el pasto mojado por el rocío y mirar la inmensidad del azul del cielo. Porque no es negro, estoy segura de eso, es azul.

“Quien soy yo al lado de todo esto?” Solía pensar mientras contemplaba las constelaciones danzar. Supongo que mi respuesta siempre era la misma, no era nada, ni si quiera polvo.

Me pregunto si mi abuelita estará bien, porque acostada en este colchón viejo y encerrada en esta celda, una se comienza a sentir muy sola. Se comienza a sentir menos humana. Yo no voy a negar que no cometí errores, claro que lo hice, pero no por eso se debería poner un paréntesis de ocho años en mi vida. Yo no maté a mi hijo, o hija, yo solo quería ser un poco libre.

Esa mañana caminando por el barrio, las calles de ripio parecían más calientes y todo el mundo parecía mirarme. De repente caí en seco, me desplomé cual bolsa de piedras y luego desperté en lo de la Chochi, la curandera del pueblo.

—Mija, estás preñada. ¿Qué querés hacer? Si querés, lo solucionamos en un periquete.

Y, aún en shock por el momento, asentí. Asentí, porque tenía 17 años y no sabía quién era el padre. Asentí porque quería ser alguien por primera vez en la vida... acaso ¿Esta tan mal?

Casi muero, literalmente. Lloré, sangré y lloré aún más. Estaba sola, dentro del cuarto de la curandera estaba sola, envuelta en unas sábanas que ya no eran blancas.

—Ite mija. Ya no te puedo tener acá.

—Pe... pero estoy manchada. Puedo limpiarme un poquito.

—Veinte pesos el balde.

Y me fui. En la calle me vio el cura, me vieron tres vecinas y mi madre. Cualquiera pudo denunciarme. Tampoco me interesa saber quién fue.

Ahora nadie viene a verme al penal porque para mi pueblo, para mi familia, ya no soy Ursula. Y quizás ese es el precio que paga una mujer por tratar de ser algo más que lo que se espera de ella. Para ellos soy la chica de las piernas rojas.

ENTRE EL MAR Y EL CORAZÓN

por ANA MARÍA SAINÉ
Buenos Aires

Las nubes corrían en sentido contrario a nuestra balsa. Casi no veíamos, sabíamos que nos íbamos a morir si no nos rescataban rápido. Mis compañeros estaban entregados, no hablaban, tiritaban de frío y algunos esperaban una pronta muerte.

El frío era muy intenso, el viento soplaba sin compasión y el agua helada del oleaje nos castigaba una y otra vez. Los dedos de mis pies casi no los sentía, mi boca sangraba y mis dientes rotos me lastimaban aún más. Por momentos sólo pensaba en mis amigos y compañeros muertos descansando en el fondo del mar.

Al día siguiente, sucedió un incidente que selló el perdón a una severa sanción que me habían impuesto por hablar por teléfono con mi novia de Buenos Aires. En mi grupo, se encontraba un Capitán que había sido mi jefe y quien intempestivamente se había tirado del buque a la balsa a una altura de seis metros, con la mala suerte de caer al agua. Inmediatamente y sin pensar que me había castigado, salté y lo rescaté lo más apresurado posible para que no muriera de hipotermia. – Creí morir, gracias, gracias – decía tiritando de frío.

Cuando el sol peleaba para poder asomarse, vimos un buque que se dirigía a nosotros. En ese instante la alegría y el llanto se hermanaron, no sabía si era un sueño o la mejoría de la muerte como se dice habitualmente. Lo cierto fue que el buque Bahía Paraíso venía a nuestra búsqueda. Fuimos todos rescatados y seguidamente nos internaron para recuperarnos de las diferentes lesiones que padecíamos.

Estando allí, una noche me desperté y vi a una enfermera que me realizaba masajes para que la sangre de mis pies circulara normalmente. Me preguntó varios datos y cuando pronuncié mi nombre, Ricardo Aguirre, me miró fijo y me dijo:

–¿Querés ver a Gabriela?

–¿Cómo? ¿Está aquí? –le respondí.

–Sí, ¿la llamo? –me contestó.

Yo no sabía qué decirle, con Gabriela había tenido una relación, antes de partir para Malvinas, de casi dos meses. Ella era enfermera de la Armada y la habían destinado para socorrer a los heridos. Recuerdo sus tristes ojos negros y su dulce voz, siempre me decía que estaba enamorada de mí y yo cada vez más confundido porque tenía mi novia en Buenos Aires y era con quien me iba a casar.

Pasados algunos minutos, mientras recuperaba la movilidad de mis pies y luchaba con mis diferentes yoes, le contesté que sí, que la quería ver. Y así fue, Gabriela llegó y me abrazó con todas sus fuerzas, yo lloraba como un niño y al mismo tiempo me tapaba la boca para que no viera mis dientes rotos. Ella se dio cuenta al instante.

–Eso no es un problema, tiene una rápida solución –aclarando que no se iba a impresionar por tan poca cosa.

Tenía la capacidad de tranquilizarme con la cadencia de sus palabras.

Al poco tiempo, me dieron el alta y una licencia para aliviar el estrés sufrido por semejante episodio. A Gabriela la seguí viendo dos semanas más, me costaba dejarla, nuestro amor era algo mágico, vivíamos como si estuviéramos en el Olimpo, nos habíamos hechizado mutuamente, pero yo, a su vez, sentía remordimientos por Angélica, mi novia de B. Aires.

Una de esas mañanas sureñas, me desperté bruscamente por el ruido de un rayo. Me acomodé en el sillón del living para ensimismarme y saber qué me estaba sucediendo. De pronto sollocé e inmediatamente decidí que tenía que irme de ese lugar. ¿Escaparme? Sí, debía escapar para no perturbarme más. Hasta ese momento sentí que había sido casi un héroe, pero ahora era todo lo contrario, ya no podía verla, sus ojos y su voz me transportaban al paraíso, a algo inexistente, por eso mi permanencia en ese lugar, no tenía que durar ni una hora más. Comencé a buscar un hotel sin que nadie se diera cuenta. Al rato vivía en una habitación muy luminosa que me permitía escribir las cartas a mi futura esposa.

Supe al poco tiempo que Gabriela no pudo soportar mi abandono. Cayó en una depresión que le duró casi veinticuatro meses. La causa de la misma se la inculparon al estrés de la guerra. Nadie podía saber el motivo certero de su enfermedad. Supe también, que ella era desde hacía varios años, la novia del Capitán.

FEBRIL LA MIRADA

por SUSANA SANTIAGO
Santa Fe

Carmela preparó su bolso. Ya no soportaba ese olor nauseabundo a viejos decrépitos, orines, alcohol barato y cigarros que imperaban en el bar. Detrás, el congal, los cuartuchos con cortina, y una luz mortecina iluminando el camastro y la palangana. El cotorreo de sus compañeras que la miran de reojo. Es que ella zafó, le acaban de comprar su liberación. Su señor la está esperando afuera, apoyado en la columna del portal, con una sonrisa que le parte la dura cara en dos y la mirada llena de orgullo en esos negros ojos mestizos. Casiano quiere gritarles a todos que se la lleva, que solo él puede tener a la Carmela, que ahora es suya, que la compró.

Ella llegó radiante, febril la mirada. No podía creer que iba a vivir en este lugar grande, señorial, preparado por su Chaparro para recibirla como una reina.

Él se había esmerado, cama con dosel, armarios amplios, cómoda con tres espejos, el portal lleno de plantas plétóricas de flores, el baño con tina, la sala de madera de parota tallada con finos detalles y tapizada con telas sedosas.

Un ángel soplón de cara regordeta y sensual, colgaba de la magnífica lámpara de cristales del dormitorio.

Carmela daba gritos, alaridos. Saltaba riendo y llorando a la vez, totalmente incrédula. Lejos queda el día en que su padre la apostó en una partida de naipes y la perdió, no quiere pensar, no.

Un tequila-le pide al Chaparro— sólo así se anestesia el dolor, el miedo a que sea sólo un sueño. ¿Y si se despierta de nuevo en el congal? ¿De nuevo expuesta a cualquier sucio viejo, con agrios olores a mugre y alcohol, con manos torpes y rudas, violento y lascivo? No, por favor. Basta. Pero su cabeza la puede, sólo el tequila la aturde y aplaca sus pensamientos.

Pero llega su señor, bajo, mestizo, moreno y feo, duro y acostumbrado a mandar. Por ella dejó todo, su casa, su mujer, sus diez hijos, su vida solo por tener a Carmela. Siente que puede hacerlo, que sólo ella lo completa como nada y como nadie. Eso le dio fuerzas y compró la casa en el mejor lugar del pueblo, a pocos metros de la plaza mayor y frente al andador que sube al antiguo hospital. Todos los ahorros de su vida puestos allí, en vestir esa vieja

residencia. Él les va a mostrar a los catrines del pueblo quien es Casiano Ramírez Puebla, ahora dueño y señor de la puta más deseada del único prostíbulo de por allí.

Carmela es suya. Se le enciende el alma, el cuerpo, la mente. Quiere borrar con besos y lujos todos los recuerdos que sabe ocultos tras los abroquelados miedos de esa mujer sedosa y sensual.

Él no le teme a nada. La endiosa, le alcanza el tequila, el limón de su tierra caliente, la sal de Colima y la acaricia. Pasa su mano áspera por cada centímetro de su piel de alabastro, se detiene, se asombra. Ella vibra y espera y lo reclama. Sus cuerpos se funden en un abrazo pasional, se besan, se lamen y succionan entre palabras entrecortadas de ardor y allí desaparece de a poco la mirada fría y cruel de su padre cuando la entrega a su contrincante, el abuso de su hermano mayor cuando supo que se la llevaba el pinche viejo, la violación, la esclavitud, el hijo abandonado, la huida para más de lo mismo.

El tequila y el amor hacen que todo se desvanezca, los brazos del Charro la contienen y la protegen de sí misma. Siente una mano que aprieta su corazón, le falta el aire, el goce es indescriptible, se aferra a él y estalla en un orgasmo explosivo y queda allí, laxa. La completitud hace que su cara sea más angelical. Casiano se siente amo del universo, sabe que cada instante es una batalla para salvarla de sí misma.

Él puede y clava su febril mirada en el objeto de adoración, la acaricia tiernamente. Ella sueña sin saber que entra a otro infierno, la maledicencia de los mochos del pueblo.

OFENSA

por PAULINA LUISA SARFSON
Buenos Aires

Don Adolfo Lamas entró en el boliche del pueblo con sus dos hijos mayores, Jorge y Julio. Los paisanos estaban algo picados a esa hora del viernes. Provocaciones, riñas, nunca nada terminaba bien en ese lugar, donde todavía los pleitos se resolvían a cuchillo.

Uno muy borracho empezó a gritarles ofensas graves que ni Don Adolfo ni ningún Lamas iba a permitir. Eso que dijo sólo se cobraba con sangre. Jorge lo detuvo. No quería que su padre se involucrara con gente que peleaba en grupo. Julio temblaba sin decir palabra ante la mirada compasiva de su hermano mayor y desconfiada de su padre. Mientras Don Adolfo se resistía a dejar las cosas así nomás, se armó una gresca con otros protagonistas que generaron distracción, sillas que volaron, gente lastimada, botellas rotas y policía.

Los muchachos insistieron en salir y Don Alfonso les hizo caso de mala gana. Se fueron sin que nadie les prestara más atención, al fin y al cabo.

No era el momento de hacer ni decir nada. En la casita los esperaban la mujer, las dos chicas y, el menor de los cinco hijos. Don Alfonso cuidaba a su familia hasta el detalle, aunque Jorge y Julio ya fuesen muchachos rondando los veinte, él los protegía siempre. Por eso la ofensa de esa noche fue aún más humillante. Nunca lo permitiría. Un Lamas, jamás. Julio seguía temblando y manejaba el rastrojero en silencio absoluto. ¡Su hijo! ¡Qué vergüenza! ¡Un Lamas! Cuando llegaron a casa, Julio dijo a su padre que iría por ahí a dar un paseo, que lo de esa noche lo había alterado.

“Alterado, yo le voy a dar alterado” –dijo en voz baja cuando el muchacho se alejó.

Esa noche Don Alfonso no durmió. Julio tampoco, y Jorge temía, con justa razón, una reacción desmesurada de su padre ante la ofensa. Lo conocía, un Lamas jamás dejaba pasar una canallada así, su abuelo, sus tíos, sus primos, familia y honor, ante todo. Esta venía brava, y tampoco sabía cómo ayudar a su hermano Julio.

Don Alfonso, por su parte, no iba a dejar en la nada la terrible ofensa. Desde la noche del asunto, con discreción, escondiéndose, trataba de encontrarlo y de emboscarlo. Aunque el otro era escurridizo y sabía desaparecer en la noche, en algún momento lo encontraría y sería momento de arreglar cuentas. Entre ellos dos, y nunca más nadie se atrevería a decirle aquello a un Lamas.

Siempre con el cuchillo preparado, buscaba en los caminos, en el pueblo, entre las casas, ocultándose, esperando dar con él. Cuando no lo encontraba, sin embargo, se sentía aliviado. Quizás estaba cometiendo una equivocación al actuar así, pensaba. ¿Qué le diría a su mujer, a sus hijos? Pero tampoco podía dejar las cosas como estaban. Si no lo encontraba, sería porque Dios era bendito. Pero si lo hallaba, le daría el merecido que un Lamas sabía dar.

Un viernes se cruzó con Mario Reyes, el hijo del tendero, lugar y hora extraños para andar por las calles recortadas del pueblo. Reyes dobló la esquina oscura sin verlo. Recordó algunos comentarios extraños de Julio sobre el tal Mario; la hora, las salidas de su hijo cada viernes, el ímpetu con el que se iba y el silencio con que el que volvía.

Sin ser divisado siguió a Reyes con paso silencioso. El muchacho se subió al rastrojero de Julio. Y Don Alfonso vio. Don Alfonso corrió. Don Alfonso gritó.

Julio bajó de la camioneta con los ojos muy abiertos, y con lágrimas miraba suplicante a su padre, primero por haber sido descubierto en su vergüenza; luego al comprender que Don Alfonso estaba dispuesto a todo. Impiadoso clavó el cuchillo en el pecho de su hijo.

Mientras el joven caía agonizante, el padre sintió que había cumplido su obligación. Ya nadie más llamaría mariquita a un Lamas.

LAS HERMANAS

por MARÍA ANTONIA SASSI
Buenos Aires

Recordé que en la manzana del barrio a la que pertenecía mi propiedad; fue construida a principios de siglo XX una casona donde funcionaba una quinta que se dedicaba al cultivo de flores. La casona de diseño antiguo se conservó hasta fines del mismo siglo, la habitaban dos hermanas y un hermano mayor que ellas. Las mujeres se dedicaban al cultivo conjuntamente con obreros y su hermano a la comercialización de las flores. Ellas tenían una actividad extra: según comentaban los vecinos, la cura de enfermedades, y se atribuían poderes especiales que les transmitían a los enfermos

Ya ancianas, a una la hallaron muerta una mañana de un paro respiratorio y la otra desapareció repentinamente.

Una investigación policial durante largos meses realizó indagatorias a familiares y vecinos, pues otra hipótesis que circuló, fue la de asesinato para cobrar su herencia, en el loteo de la fracción.

No se pudo comprobar ni descubrir al supuesto asesino, encontraron su cuerpo sepultado entre los pinares que formaban un montecito; la quinta contaba con varias hectáreas de extensión. Comentaron los vecinos del lugar, que su alma desde entonces vagaba por la quinta.

No encontré una razón válida del por qué mi memoria atrajo hechos del pasado, en ese día en que el cielo se escondió detrás de los nubarrones de gris plomizo, presagio de tristeza en la tarde invernal; la lluvia no cesó y yo, sentada en el sillón, en el ángulo que formaba la pared blanca, justo al lado de la ventana que me permitía observar el jardín, parte de la vereda y calle; tomé un libro y me concentré en su lectura

Me pareció escuchar roces de madera, separé mi vista del libro y expectante, escuché ruidos en el sillón grande que se hallaba frente a mí. Varias veces se repitió como si una persona moviera su cuerpo y el asiento se hiciese eco.

Luego la persiana comenzó a bajarse lentamente. Tras la ventana parecía que un ser invisible la guiara, no podía discernir exactamente qué tipo de objeto o persona era. Pensé en alucinaciones, pero no estaba tomando medicamentos que pudieran producirlas.

Retomé la lectura, en la calle, el parlante de un automóvil me aturdió con su propaganda política, porque las elecciones estaban próximas.

Comencé a sentir un ahogo, intenté gritar, pero fue imposible. No escuché la llave en la cerradura, no percibí que la puerta se abriera, una persona con un guardapolvo de médico y otra con el uniforme de enfermero me alzaron y sentaron en el sillón. Mientras tanto, mis hijos preguntaron qué me había sucedido. Se rieron cuando relaté la intromisión de un espíritu del pasado. Me respondieron que todo era producto de la lectura.

Pasaron varias semanas del hecho y yo no hallé explicaciones racionales. Dedicé mi tiempo a desenterrar y destruir todas las plantas y flores que había conservado desde la fecha en que habité la casa y que pertenecieron a la quinta.

Un hallazgo insólito: debajo de una palmera en una caja de hierro antiguo, encontré: un puñal, un pañuelo manchado de sangre, una bufanda de lana y un par de pantuflas gastadas por el tiempo.

DOMINGOS ATERRADORES

por PATRICIA SICOULY
Montevideo, Uruguay

Odio los domingos. ¡Éramos tantos en la familia! Nunca alcanzaban las sillas, ni los platos, ni los vasos. Todos tenían que colaborar. A mi mamá siempre le tocaba llevar el postre y, por supuesto, como éramos siete, teníamos que llevar para completar la larga mesa que mis tías abuelas ponían en un immaculado comedor sin rastros infantiles. Mi tía Nélida, mi tío Alberto, mis cuatro primos y mi abuela siempre llegaban temprano. Ellos eran los encargados de llevar la pasta.

Era una casa de tres pisos, con olor a viejo y a soledad. En cada piso, vivían los tres hermanos que aparentaban ser inseparables. En el primero, mi tía abuela Dora y su esposo, Alfredo. Una vez escuché que él le pegaba, de vez en cuando, pero sus hermanos decían que se lo merecía porque era muy insoportable. En el segundo, vivía María y su esposo, Raúl. No tenían hijos. Ella siempre decía “A quien Dios no le da hijos, le da sobrinos” y por eso intentaba darnos los gustos. En el tercero, vivía Amadeo. El hermano menor, adorado y protegido por sus tres hermanas a pesar de...

Todos los domingos. El día de los malditos raviolos. Cuando todo estaba listo, nos mandaban a mi hermana o a mí a buscar al tío Amadeo que siempre se demoraba en venir. Nadie se daba cuenta que lo hacía a propósito. No nos gustaba ir. Pero no podíamos explicarle a nadie por qué. Fueron muchos años de domingos atroces.

Tenía como nueve años. Mi hermana me estaba peinando para ir a un cumpleaños y, de repente, sin pensarlo mucho, me salió:

—A mí el tío Amadeo me hace cosas que no me gustan ¿a vos también?

Ella tenía cuatro años más. No sabía mucho más que yo sobre “esas cosas” pero, sin dejar de peinarme, me preguntó:

—¿Qué cosas?

—Me toca ahí.

—... y qué más?

—Me dice que soy muy linda, que estoy creciendo, que ya tengo tetitas, que me quiere mucho porque soy muy buena y que me va a regalar plata.

—¿Cuándo te dice y te hace eso?

—Cuando vamos los domingos a lo de las tías y me mandan a buscarlo...

Mi hermana terminó de peinarme. Su cara estaba como diferente.

No sé bien qué pasó. Al otro día, mi casa se llenó de llamadas telefónicas, y secretos. Cada vez que sonaba el teléfono, ni madre cerraba la puerta. Nadie me explicaba nada. Había algo diferente, pero nunca me enteré qué pasó. Nunca más volvimos a juntarnos los domingos.

Hoy, hace como dos años que no vamos más los domingos a comer pastas. Sonó el teléfono muy temprano. Era mi tía para decirle a mi mamá que el tío Amadeo había muerto como resultado de la cirrosis crónica que le habían diagnosticado hace tres años.

No se lo dije a nadie, pero me puse contenta.

Claro, sigo odiando los domingos.

CERROJO

por MARIA BELEN SILVA
Misiones

El gran armario con una decena de gavetas parecía tener solo una. Hasta cuando el sol se colaba por entre las cortinas de la habitación daba la impresión de apuntar como con un reflejo divino únicamente ese cajón. El del cerrojo.

Carece de importancia si todas las demás gavetas esconden grandes tesoros, los ojos quieren asomarse a la que se ufana de cerradura y secreto.

La segunda mitad del día era de singular obsesión, cuando Sara se iba al trabajo. Porque ahí, en esas horas, Lautaro se quedaba solo. En la casa, solo él y el cajón del cerrojo.

La intimidad no es algo que él considere posible de violar en Sara, la respeta demasiado como para permitir que su capricho socave una de las relaciones más importantes de su vida.

Entre deberes, Lautaro intenta no pensar demasiado en la gaveta, pero entonces su mente que recae en la contemplación y reconstruye la llavecita que cuelga celosamente de uno de los cierres de la cartera de Sara. Por dimensiones debe ser la llave de esa gaveta. La que durante años lo persiguió con la diligencia de la curiosidad, pero que en las últimas semanas ha llegado a causarle verdadero desasosiego, sin saber exactamente porqué.

Entonces las construcciones mentales, la creación de trayectorias y asociaciones entre acciones, sonidos y reflejos vistos, llevaron a Lautaro a notar que las únicas veces que Sara abre aquel cajón, son los días en que llega el correo, cerrándolo de nuevo en pocos instantes.

Alguna vez en la mesa, mientras compartían alguna comida, Lautaro lanzó alguna broma desesperada, alusiva a la misteriosa gaveta, con la intención de que alguna pista adicional se desprendiera de los labios de Sara, sobre lo que habita en aquel pequeño rectángulo cerrado.

Una noche calurosa de noviembre, mientras Lautaro ayudaba a llevar los platos de la cocina al comedor, Sara dio el anuncio, se ausentaría de la casa durante dos días, quizá tres. El motivo: una conferencia en La Plata. La gaveta del cerrojo pareció estrellarse contra la frente de él cuando escuchó la noticia.

Por motivos que algún obsesionado como él llamaría “señales” el universo lo dejaría a solas, dos días, quizá tres, con la casa en forma de cajón caoba.

Toleró el trayecto del primer día con admirable compostura. Se las arregló para mantener la mente ocupada, visitó amigos y paseó en bicicleta por caminos que pasaron de gris asfalto a caoba y dorado cerrojo.

El segundo día todos los elementos de la casa se ofrecían como herramienta de acceso al cerrojo, puntas pequeñas de cuchillos, horquillas sobre la mesa de luz, clips desparramados en el escritorio, coloridos. El superpoder más anhelado era el de convertirse en MacGyver.

Desde que la vio a los ojos por primera vez, se convenció de que no hay secretos entre ellos, de que ella sería incapaz de ocultarle algo importante, pero qué sino algo importante requeriría de un cerrojo cuya llave ha sido durante años inaccesible.

El destornillador penetró tembloroso en la cerradura... las manos que lo comandaban sudaban atemorizadas y con vergüenza por lo vil de esos minutos.

No hizo más que dañar el mecanismo presto de la reserva. No podía pensarse más disoluto e incapaz de retroceder ahora.

Un destornillador plano, más grande, grande palanca, que rompa con el secreto de años de una vez por todas. En algún momento llegó a reírse de sí mismo imaginando un espacio completamente vacío.

Crujía la madera gritando como quién pide ayuda, ya era demasiado tarde.

Minutos después, el cuadro del horror, Lautaro tumbado en el piso, llora con las manos contra la cara, las manos que forzaron el ingreso de una nueva realidad.

Cartas, fechas antiguas y actuales, el nombre de un hombre en el remitente, un romance, un romance paralelo de años, un secreto de dos. La mentira. Sara, la mentirosa. Sara, lo imperdonable. Sara... verduga de su inocencia.

Nunca sus ojos recorrieron palabras con tanta prisa y dolor.

Lautaro, azorado, trata de comprender como aceptará con 17 años, que el hombre que lo crió, que jugó con él al fútbol, que le enseñó los trucos con las chicas. Ese hombre que coincidentemente también se encuentra en un viaje por trabajo. Ese hombre no es su papá.

CHINGOLO

por CARLOS ALBERTO JESUS SUAREZ

Entre Ríos

Chingolo era todo un personaje a pesar de sus cortos nueve años, vivía en pleno Delta del Paraná, a la vera de un pintoresco riacho de los muchos que surcaban entre las múltiples islas del lugar. Su mundo se redactaba entre pajonales y bañados, conviviendo con animales, que para el común de la gente eran exóticos. El águila pescadora, curiyú y ciervos de los pantanos eran sus compañeros habituales. Sabía muy poco, y poco le importaba la vida fuera de esas islas. Vivía en un precario ranchito de adobe, construido sobre una plataforma de troncos sobre elevada, sostenida por puntales de dos metros de altura, para evitar los embates de las crecientes (las veces que éstas arrasaron con las pocas pertenencias que tenían).

Vivía con una anciana a la que llamaba “Oma”, un poco por haberlo escuchado de algún isleño alemán (muy común en esa zona) y otro tanto porque estaba convencido que era su verdadera abuela.–

Lo poco que escribía y leía se lo había enseñado un viejo pescador que venía periódicamente a la zona. Así transcurría su existencia en la tranquilidad de ese medio, sin mayores sobresaltos.

Hasta que un día, arribó a ése rudimentario muelle una lancha en la que a bordo, venía una familia que se había extraviado entre las numerosas islas, y ante la proximidad de la noche decidieron anclar en el único vestigio de civilización que avistaron: el rancho de la Oma.

Se trataba de un matrimonio con tres hijos que al principio miraban con recelo a Chingolo, pero al rato nomás, con el desenfado y la pureza sin prejuicios que caracteriza a los chicos, jugaban naturalmente. Esa noche escuchó palabras que nunca había oído, jugó sin entender lo que hacía, comió cosas raras; cuando se fue a dormir le contó atropelladamente sus vivencias a la Oma, se sentía abrumado, ésta lo escuchó en silencio, luego, lo arropó bien para que durante la noche no tuviera frío y antes de dormirse alcanzó a escuchar la reflexión de su anciana abuela:

–Esta noche fue de ellos, pero mañana será tu día.

Se durmió con una sonrisa. Al otro día despertó y lo invadió una ansiedad rara, desayunó, y esperó impaciente que los de la lancha se levantaran,

cuando bajaron a tierra, ansiosamente les quiso mostrar todo, el padre desde la borda le gritó:

–¡Eh chico! ¿no habrá peligro?

–Conmigo no, señor. –contestó Chingolo, como ofendido-yo conozco bien ésta isla, de punta apunta, vivo aquí desde chiquito.

–Está bien! Pueden ir con él, chicos –dijo el padre, con respeto–, pero ¡cuídalos! Entonces, Chingolo comenzó a sentirse importante y creyó comprender lo que le había dicho su abuela la noche anterior. Con tremenda alegría mostró a sus ocasionales amigos las bellezas de su mundo: las piruetas de un lobito de río, los hermosos colores de un zorzal colorado, un islote de camalotes flotando a la deriva, el sorprendente salto de un dorado, lo escurridizo de los ciervos de los pantanos entre juncos y totoras; al regresar se sintió más importante aún, sobre todo cuando escuchó que los chicos al contarle a sus padres le decían:

–¡Cómo sabe este Chingolo! Vieran cuántos animalitos tiene.

(Y si... en cierta forma eran de él, ¡si estaban en su isla!).

–Bueno –dijo la mamá– despídanse, nos vamos de regreso a casa, con las indicaciones de la abuela de Chingolo no tendremos inconvenientes.

–¡A propósito! –dijo el padre– ¿cómo es tu nombre?–.

–¡Chingolo, señor! –respondió, entre ofendido y extrañado.

–No, pero yo digo tu nombre y apellido, porque debes tener apellido ¿no? Con la simplicidad de los puros, Chingolo le contestó:

–¿Para qué quiero apellido, señor? ¡Si no tengo padre!

El pesado silencio que cubrió toda la isla, lo quebró una familia de carpinchos que a corta distancia se zambulló entre los pajonales.

COLORES

por FLAVIA TCHINA

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Las clases habían comenzado hacía diez días, pero los chicos de tercero todavía no se conocían bien. Una mañana faltó la seño de Lengua y tuvieron la hora libre, entonces un grupo de nenas se juntaron y se pusieron a charlar:

–Yo me llamo Celeste –dijo una–. Y tengo tres hermanos menores. Cuando nacieron, mi mamá los vistió de celeste porque me quiere mucho y a ellos también.

–Yo soy Rosina –dijo otra nena–, y me encantan las flores.

–Me llamo Bianca porque nací en Italia, mi mamá dice que soy muy pura.

–Y yo soy Azul –dijo una nena–. Dicen que soy muy tranquila y soñadora, siempre me distraigo pensando en cosas... Mis papás vienen de otro lugar y tenemos la piel oscura, entonces me llaman la Negrita.

–Igual que yo –dijo Bianca–. ¡Qué bueno, Bianca y la Negrita en el mismo grado!

–A mí me encantan la luna y las estrellas –dijo la Negrita.

–Qué romántica –comentó Rosina.

Una de ellas todavía no había abierto la boca.

–¿Cómo te llamás? –le preguntó Celeste.

–Violeta, y soy muy tímida.

Entonces Azul, que se había quedado pensando, dijo:

–Acá nos faltan colores: el amarillo, el naranja, el rojo y el verde. ¿Dónde estarán?

En eso viene corriendo una nena y dice:

–¡Yo, yo, yo los tengo!

–¿Cómo? –se sorprende Azul.

–Me llamo Iris. Tengo todos los colores porque cuando se aparecen el sol y la lluvia se juntan todos en un arco.

–Eso es muy raro –dijo la Negrita–. Nunca los vi jugando juntos.

–¿Te imaginas, si el sol y la lluvia se ponen de novios? –dijo Rosina, que era muuuy romántica.

–El sol y la lluvia se aman –dijo Bianca–, pero salen de vez en cuando porque la mamá de la lluvia no le da permiso.

–¡¿En serio?! –preguntó la Negrita muy triste–, podríamos ir a hablar con la mamá de la lluvia, que es el agua, y quizás la convencemos.

–¡Síííí...! –dijeron todas al mismo tiempo.

Y ¿saben lo que pasó? Se largó a llover y de pronto apareció el sol en medio del aguacero. La Negrita vio algo raro en el cielo, algo muy hermoso que nunca había visto, entonces derramó una lágrima y sonrió de emoción a la vez.

–¿Eso qué es?

Iris le contestó:

–Se llama Arco Iris, sale sólo cuando el sol y la lluvia se dan un beso. Por eso a mí me gusta salir a jugar al patio en ese momento, y por eso me llamo Iris, porque el día que yo nací el sol y la lluvia se besaron y a mi mamá le gustó tanto que me dio ese nombre.

Todas las nenas se quedaron concentradas mirando al arcoiris. Al rato Violeta comentó:

–Charlamos un montón, pero cuando compartimos el silencio nos hicimos realmente amigas, porque ante la sorpresa uno se emociona y se queda sin palabras.

Entonces sonó el timbre y salieron al recreo a jugar.

EL PROBADOR DE PLAZAS O EL DELITO CONTINUADO.

por ALEJANDRO TEIJEIRO

Buenos Aires

No se nos permite llevar identificación alguna. Contamos con métodos domésticos de medición. Una bolsa, un cuadernito de apuntes y algún otro efecto personal. Recorremos toda la provincia. Tampoco se nos permiten actuaciones en la que fue nuestra ciudad de nacimiento.

Los que ya están retirados nos cuentan que todo empezó con lo que se llamó el delito continuado. Esperar al atorrante que tira piedras contra el farol o escribe la palabra pito en un monumento.

Sin embargo, creo que como todas las cosas, el asunto empezó con un acomodado.

Formamos parte de un grupo que no reconoce nadie. Se nos confunde con los melancólicos que han perdido una novia, o con los que se revuelcan debajo de un árbol. O con los que improvisan un picnic con la camioneta de la puerta abierta. A veces jugamos con un perro suelto para aparentar rasgos de convivencia urbana.

Cobramos puntualmente nuestros sueldos en sobres que aparecen en los bebederos arruinados.

Se nos han encomendado tareas compatibles con nuestra modesta misión. Contamos árboles, adivinamos mensajes de amor en las cortezas, alimentamos palomas, entretenemos a los dueños de las calesitas con conversaciones mundanas, o enderezamos manubrios de bicicletas.

El primer relevamiento es perimetral. Contamos los pasos que nos lleva recorrer toda la vuelta. En el camino nos tropezamos con estiércol, baldosas flojas, canillas que chorrean y paradas de taxi. En el intento observamos la comisaría, la iglesia, el hotel y el correo. Son todos datos anexos que sirven para otro grupo, que por supuesto no conocemos.

Luego pasamos a los juegos. Todos tienen una marca del año cuarenta y pico. En los horarios de la noche nos sentamos en las hamacas para probar su resistencia, nos tiramos del tobogán para comprobar que al final esté el charco de agua podrida, revisamos los cables eléctricos de las calesitas y recolectamos gorros, bufandas y guantes para juntar todo en una bolsa. Engrasamos cade-

nas, sacamos astillas y reemplazamos peldaños. Los juegos muestran señales de óxido, abolladuras y mocos pegados.

En fin, hacemos todo aquello por lo que se dice que los niños tienen un dios aparte.

Cansados, nos acurrucamos en un banco.

Nuestro uniforme responde a los colores arratonados. Zapatos con grietas, bufandas bicolors. También combinamos pantalones de acrocel con zapatillas, en verano. Otros tienen grandes anillos de sello con iniciales tan barrocas que no pueden leerse. Dedos amarillos y uñas impresentables.

Tenemos olor a hoja quemada y los cuellos de las camisas roídos por una barba siniestra.

La misión ya está desvirtuada. Los trabajos adicionales han pasado a ser principales. Nuestras horas extras, las normales. Nuestra ocupación, el ocio.

Con el tiempo tenemos el aspecto del hombre de la bolsa. Los niños se detienen y señalan.

El final está codificado. Empezamos a dormir tapados con diarios, ocultando una botella y rodeados de perros galgo.

Un día llega la ambulancia. Todos miran fijo y aparece otro sobretodo contando pasos en voz baja.

EL SANTO

por CARLOS JAVIER TISSERA
Córdoba

El peregrino llegó caminando, lo que causó en el poblado costero no poca admiración, ya que doce leguas de semi-desértico camino no son fáciles de andar a pie. Pero así llegó, y “hasta con una sonrisa”, dijeron luego unos niños que atestiguaron aquel hecho. Lo cierto es que apenas arribado buscó y se acercó a la ermita, en cuyo costado hay uno de los pozos de agua dulce del lugar, sacó un poco, llenó un odre que portaba e ingresó y se sentó a rezar en la última de las tres filas de añosos bancos.

Nosotros, los habitantes de aquel ignoto lugar, quedó dicho, no éramos muy afectuosos con los visitantes, más bien todo lo contrario, pero este hombre era de andar tan pausado, de facciones tan neutras y de hablar tan lo justo y necesario que a todos nos daba ganas de hacerlo una excepción. Es que lo era.

A las pocas horas de su llegada y de su recogimiento en la ermita, se lo vio llegar al atracadero de pesca y acomodarse en un rincón lejano a observar. No hubiese sido necesario acotar esta situación si no fuese porque fue ahí mismo que el perro Melampo, un chusco y enorme quiltro más malo que un cardumen de “caribes” hambrientos y más antisociales que un escualo blanco, se le arrimó dócil y nunca más se separó de su lado.

Saludaba el hombre a quienes cruzaba, con un leve movimiento de cabeza y su mirada, siempre era directa, nunca y por nada era inquietante o áspera. De inmediato y hablando solo lo justo, se incorporó, como si fuese una cosa natural, entre los cófrades de aquel trozo de tierra pegada al mar. Ni el portugués, el más cerrado e impasable de aquél rejunte, opuso objeción alguna. Así es que aquel que llegó a pie, en una semana ya cosía unas redes por acá, limpiaba una parva de pescados frescos por allá o cambiaba unas tablas por ahí. (A la esperable y consabida requisitoria del eterno cazador de conspiraciones del pueblo, respondió que su paso por aquel lugar era solo porque iba en camino a Puerto Lucía, lugar donde en un año, él sabía que un terrible brote de una vieja mala fiebre iba a requerir, ante tanta muerte, de su presencia y trabajo... a todos confundió, pero nadie pre preguntó)

A unos cien días, más o menos, de su llegada, y sin decir mucho, tal cual acostumbraba, una mañana se marchó. A pie como había llegado, solo que esta vez Melampo, el perro malo, marchaba a su lado.

En aquella sociedad nuestra, donde poco alteraba la rutina, igual poco se dijo de aquel hombre y su extraño paso por el lugar. A las pocas horas era ya pasado y hasta entre los más sagaces ya estaba olvidado.

—Ahora, a los inmensos tiempos lo recuerdo... Roque. Sí, se llamaba Roque...

EL TESORO DE BARONE

por DANIEL TORDÓ
Buenos Aires

Era una caja metálica rústica, de color verde claro. Tenía un pequeño candado herrumbrado a un grado casi extremo. Con solo un leve movimiento, me cercioré que no se encontraba vacía. Había encontrado el tesoro de Barone.

Hace varios años compré un terreno, donde con el tiempo efectué mi vivienda, en el se hallaba tres pequeñas construcciones. Un baño que oficiaba de excusado, un kiosco de madera de no más de dos metros cuadrados, y otro similar hecho con tablas un poco más grande que había sido el puesto de venta de flores del extinto Barone. Las dos edificaciones de madera, me fueron útiles para el acopio de materiales destinado en la construcción de mi casa.

La hermana del propietario, heredó todos sus bienes y fue con quien efectué la compra del terreno. Una de las recomendaciones de esta mujer, de nombre Margarita, consistió que la dejara disponer de las dos construcciones en madera. Nada me llevó a sospechar que en realidad en su avidez por heredar los bienes de su finado hermano y convertirlos en dinero contante y sonante, había obviado en decirme el porqué de su pedido. Por intermedio de una amiga de ella, llegó a mis oídos que Margarita, pretendía hacer desarmar de cabo a rabo esas tristes maderas, porque sospechaba que en su interior podría hallarse oculta una caja, la que contendría en su interior alhajas valiosas y mucho dinero. De forma subrepticia, inició la búsqueda ayudado por el encargado de la obra de mi casa. Revisaron todo. Picaron los contrapisos, por si se hallaba enterrado bajo la carpeta de cemento. Todas las pesquisas resultaron infructuosas. Tiempo después, las dos construcciones en madera fueron desechas por el encargado de la obra, quien, de forma lenta, se llevó lo que pudo y solo quedaron huellas de las dos mudas ausencias.

Pero en la vereda, amurados al suelo, todavía se hallaban una improvisada mesa, un banquito y una silla metálica que nadie se atrevió a tocar. Una tarde, después del almuerzo, observé un pequeño detalle debajo de la silla metálica que me llamó la atención. Era una piedra de mármol blanco, semi enterrada. Cuando la extraje, debajo de la misma, se encontraba envuelta en un grueso plástico negro la caja de herramientas color verde claro.

Confieso que la primera intención fue restituirla a su hermana. Pero hubo algunas circunstancias que me frenaron hacerlo. Los hijos del finado se enteraron que su padre había, en vida, cedido todos sus bienes a su tía Margarita, en razón de una supuesta mala relación entre padre e hijos.

No se me cruzaba por la cabeza conservarlo, pero la disyuntiva era a quienes se lo entregaría. ¿A su interesada heredera? ¿A sus hijos? También, quería saber que contenía dicha caja.

Una noche, no di más con mi curiosidad y la abrí. Hallé dos alianzas de matrimonio, un cintillo que parecía de plata, varias cartas y un par de fotos de Barone junto a su esposa. Sus rostros eran muy jóvenes. “Año 1958”, versaba en sus anversos.

Leí las cartas. Hablaban de sus sueños, de casarse, de tener hijos, de ser felices, de amarse hasta el final. Me emocioné. Sentía el gran amor que todavía emanaban de esos viejos papeles amarillentos por el tiempo. Guardé todo en su interior. Era mi convicción que, al desaparecer físicamente su esposa, él enterró esos recuerdos, su tesoro. No trataba de olvidarla. La parte más importante de su ser, se había ido con ella. Comprendí, que era una forma de amarla aún más.

¡Era ella, la que se sentaba en esa silla de chapa amurada, en el mismo lugar donde encontré la caja!

Al poco tiempo de la partida de su mujer, él falleció. No me hacía falta tratar de entender otras razones. ¿A quién pertenecía lo hallado? Ni de margarita, ni de los hijos, ni mío. Tampoco del finado. La caja pertenecía a la tierra que lo cobijó con sus brazos, sin tiempo, como lo hizo con Barone y su esposa; como lo hará conmigo y con todos los seres vivos el día que perdamos la existencia.

Volví a enterrar la caja junto a su contenido intacto. Sentí que hice lo correcto en honor al amor y la memoria de esos dos seres. Debía respetar los designios de la tierra a la cual se la entregó. Esa misma que es, la fuente del principio y nuestro final.

VÉRTIGO

por MARÍA JOSÉ TULINO
Buenos Aires

Con los pies colgando por el balcón del piso veintiuno, juega con la idea de caerse queriendo, o tirarse sin querer. Se pregunta si seguiría con vida al momento del impacto o moriría de miedo en la caída. No lo sabe con exactitud, aunque en su fantasía el descenso transcurre lenta y dramáticamente. No se siente infeliz, sus pensamientos no tienen nada de suicidas. Lo considera algo más bien filosófico, una curiosidad que va a quedar insatisfecha hasta el preciso instante de su muerte. Le llega una sensación de urgencia. ¿Qué es la ansiedad sino el saber catastrófico de que irremediamente todo va a terminar?

Cada vez que formula alguna cuestión existencial siente vértigo, como cuando viaja en moto. La adrenalina le corre por el cuerpo inundándole la sangre y, al mismo tiempo, siente un miedo terrible capaz de incendiar el Litoral entero. El deseo de saborear la muerte y la necesidad de permanecer con vida; combinaciones raras con resultados excepcionales.

Se siente como una pieza de ajedrez en un tablero retorcido y sádico. Se mueve como cree que debería moverse, siguiendo instrucciones tácitas que no comprende. Desea ser peón, torre y reina; caballo, alfil y rey. Saltear casilleros bajo sus propias reglas, comer y dejarse comer. Sacarse de encima los 'tendrías', buscar en el cajón de ropa sin estrenar el traje de La Libertad, lucirlo lo mejor que pueda.

Sus pensamientos van en cadena, enganchándose unos a otros sin seguir un patrón en particular. Su mente vuela, libre. Vaga por rincones conocidos e inexplorados. Los deja hacer y deshacer.

Llega a la reflexión del desenlace, la que siempre supo, pero decidió mantener escondida a la vista, pisándole los talones, agarrándole las alas.

Tal vez el descenso sean los minutos que le lleva darse cuenta de que toda su existencia fue una mentira; su sistema pulmonar empieza a fallar, la máquina de crear sueños está colapsando. Su vida ya no respira, está muerta.

Quizás la muerte no sea sólo un momento, sino un estado. Estuvo sin vida hace ya algún tiempo.

Su imaginario acaba de chocar contra el pavimento y le hace saber, sintió el impacto.

EL MUNDO INVISIBLE

por RAUL MARTÍN VALDEZ
Córdoba

Desde tempranas horas de la mañana, el paisaje natural comienza a poblarse. El lugar es uno de los últimos paraísos terrenales que quedan en el mundo, hay un lago, montañas, bosque y un inmenso y verde césped que invita a relajarse y a perderse en su suave manto.

En poco tiempo, los turistas colman las instalaciones y quiebran con su murmullo la paz natural. Decenas de personas van y vienen recorriendo cada centímetro del lugar.

A un costado del camino que se pierde en el bosque, un diminuto ser contempla la escena desde una roca gris. En pocos minutos comenzará su acto.

Un hombre calvo y alto se acerca a toda prisa. El pequeño personaje se quita el enorme sombrero arrugado que cubre su blanca cabellera y se inclina en señal de saludo; el hombre pasa junto a él y ni siquiera advierte su presencia, está muy concentrado discutiendo negocios a través de su teléfono celular. El diminuto ser se sienta en la vieja roca a esperar mientras acaricia su larga barba blanca.

Pasan unos minutos y dos jovencitas se aproximan. El hombrecito repite las reverencias, pero las adolescentes se hallan muy ocupadas tomándose fotografías y riendo a carcajadas.

Transcurre la mañana, luego la tarde, pero no ha habido suerte, la presencia del pequeño habitante del bosque permanece inadvertida ante los ojos de los ocupados humanos. Ya está por darse por vencido cuando observa que una joven mujer se acerca con un niño. La mujer está muy entretenida con los ojos clavados en la pantalla de una computadora portátil, mientras tanto el infante contempla fascinado todos los elementos de la naturaleza que lo rodean: mira el lago azul y cristalino, los árboles soberbios y frondosos y el césped que le recuerdan a una interminable alfombra. De repente, su mirada se posa en la roca gris y sus ojos se conectan con la mirada del pequeño ser, éste se quita el sombrero con un gran ademán y se inclina ceremoniosamente. El niño sonrío estupefacto y lo saluda agitando la mano.

–¡Mamá, mamá, mirá el duende, mirá, mirá! –grita el niño muy excitado.

—¡Qué lindo!, seguí jugando —responde la madre sin siquiera apartar los ojos de la pantalla ni los dedos del teclado.

El niño se sienta frente a la roca; el duende hace unos gestos con sus pequeños brazos indicándole que mire hacia los frondosos árboles. Aquél obedece y no puede creer lo que aparece ante sus ojos. Un grupo de ninfas, hadas y gnomos comienzan a emerger de las ramas de los árboles y realizan una extraña danza. El niño observa el espectáculo con el rostro desencajado por el asombro, mientras su madre continúa como un ente conectada a la pantalla de la computadora.

CASTIGO DE UN SUICIDA

por L. E. VELÁZQUEZ

Mendoza

La minúscula sombra en el suelo como péndulo oscilante mostraba unos pies en movimiento.

Una caída corta y un golpe seco fue el final.

No hubo carta de despedida, ni posesiones que legar.

Tampoco necesitó de alcohol o drogas para darse ánimos.

Estaba decido a llevar a cabo su tarea y, ni siquiera a último momento flaqueó en su propósito.

La televisión mostraba la lluvia blanca que indicaba el final de retransmisión.

Un grifo en el cuarto de baño no paraba de gotear.

Se hizo el silencio y la oscuridad lo siguió.

Una espiral multicolor apareció ante sus ojos hasta que la misma fue volviéndose cada vez más monocromática, más oscura.

Negra...

La espiral lo succionó y finalmente se encontró de pie ante un murallón lóbrego.

Estaba frente a la condenación eterna.

A las puertas del infierno, lo esperaba un diablillo. Su aspecto no parecía tan aterrador como uno podría imaginarse al guardián de dicho portal.

Esto lo tranquilizó un poco.

Una leve inclinación de cabeza, fue lo que recibió por saludo.

Las puertas se abrieron a su paso.

Lo que encontró lo dejó estupefacto.

Una réplica exacta de su departamento, tal y como lo recordaba, permanecía del otro lado.

Y su cuerpo, justo donde lo dejó, colgando del rollizo saliente de la pared.

En un rincón de la habitación, con mirada escrutadora, el Demonio observaba divertido.

—¿Sorprendido? —Inquirió el anfitrión.

—¿Qué es todo esto? ¿No debería estar en el infierno?

—Lo estás, este es tu particular infierno. De ahora en más, tendrás como tarea preservar tu cuerpo de tus propios cuervos. Esos que creaste de pequeño y crecieron contigo, aquellos con los que juzgaste a cada ser que tuvo la desgracia de cruzarse en tu camino.

—No me importa ya ese cuerpo, he querido librarme de él y no lo custodiaré —espetó el suicida.

Una carcajada, irrumpió el silencio.

Un cuervo, empezó revolotear sobre la cabeza inerte del, ahora temeroso, hombre.

—No es tu cuerpo sin vida el que deberás preservar de los cuervos. Sino el que trajiste acá, y en el que sentirás tremendos dolores, los mismos que causaste durante tu vida.

Aparecieron los cuervos uno a uno, el hombre con sus brazos, no daba abasto para quitárselos de encima.

El Demonio regodeado, no detenía sus carcajadas, mientras que el suicida a duras penas conseguía mantenerse en pie.

En una oportunidad casi cayó al suelo.

—No, no te dejes caer —recomendó Satanás— de lo contrario te comerán eternamente. Ya moriste una vez, no pueden acabar con vos, pero jamás se apartarán de vos. Porque conmigo, pagarás por todo aquello que hiciste. Y cada uno de estos cuervos no es más que una representación de lo que fuiste en vida.

Una pequeña partecita de ti, por así decirlo.

Para que lo entiendas bien, serás mi Prometeo. Cada amanecer tu cuerpo mutilado, renacerá para ser devorado, por los siglos de los siglos —sentenció el Demonio—. Solo que, a diferencia de éste, no habrá salvador para tu castigo.

Y así fue, como aquel suicida transcurrió su eternidad, intentando apartar a las carroñeras aves de su cuerpo. Día tras día cual Sísifo con su roca.

EL PRIMER AMANECER INVERNAL

por DAIANA MELISSA VELAZQUEZ ARO
Santa Cruz

–Laurel-susurró una voz suave–. Laurel, despierta. Vamos
“Pero ¿qué?”-Pensé, entreabriendo un poco los ojos. Aún era temprano.

–¡Laurel! ¡Rápido, despierta!–

Abrí un poco más los ojos antes de soltar un pequeño grito.

–¿Eileen? Maldición, no me hagas esto.

Exclamé alterado por el susto al ver aparecer en medio de la oscuridad, una cabellera dorada y un par de ojos claros.

–Lo siento, pero rápido, quiero que seas el primero en verlo ¡NO PENSÉ QUE LO LOGRARIA!

–¿Lograr?-Pestañeeé confuso– Eileen, ¿de qué hablas? ¡esperame!-exclamé al verlo salir rápidamente de la habitación. Me puse unas botas abrigadas y salí velozmente siguiendo sus pasos.

¡EILEEN!-grité moderadamente. Con suerte los demás habitantes de aquel castillo, tendrían un sueño profundo.

¡AQUI!-respondió su voz, proveniente de la entrada del vestíbulo.

Corrí rápidamente para alcanzarlo.

–Está bien, ya... estoy aquí ¿qué lograste?-hablé entrecortado por el agotamiento de perseguirlo, pero él tenía lamirada perdida a lo lejos– ¿Eileen?

–susurré tocando su hombro-¿Que estas...?

–Lo logré –dijo con la mirada enajenada.

En ese instante observé hacia donde me indicaba y el tiempo se congeló. Literalmente, se congeló.

Hace unos años, mis padres cumplieron mi petición y me llevaron a un lugar llamado imperio Sekirei, desde entonces me he estado educando en él, junto a muchos otros niños, mayores y menores. En mi primera visita, conocí a Eileen Zegers.

Un niño mayor que yo, desde entonces ambos formamos un vínculo muy especial de amistad, Eileen al igual que otros niños del imperio, es un sekirei, una criatura mestiza. Mitad Ángel, mitad dios.

Todos ellos han nacido con habilidades o talentos especiales, que los destacan sobre los humanos. Eileen manipula el hielo sin importar en qué estado se encuentre. Es sensacional.

Pero aún no había logrado grandes cosas debido a que es muy joven e inexperto.

Por eso pude entender a qué se refería con “Lograr”, cuando vi lo que se presentaba delante de mis ojos.

El imperio Sekirei siempre había sido hermoso, el otoño ya estaba acabando y los días fríos empezaban a llegar, pero aún, no había nevado... bueno hasta ahora.

Todos los árboles, las flores, incluso el objeto más pequeño, estaba cubierto de nieve. Era hermosa, de un color blanco perla, espesa, cubriendo todo. Las casas que veíamos pequeñas por estar lejos, el castillo entero, a nuestras espaldas. Todo estaba nevado y del cielo seguían cayendo delicados copos.

En ese instante comprendí porque Eileen estaba desesperado. A lo lejos podían verse los primeros rayos del sol del nuevo día, haciendo del paisaje invernal algo aún más perfecto. Rápidamente, giré sobre mis pies “¿Eileen has visto?” ¡Wow! –susurré.

Eileen me observaba fijamente arrodillado en la nieve, tenía la cara roja. Del frío, seguramente.

No había reparado que él mismo podría pasar desapercibido en la nieve, con su pijama de color blanco, con su cabello rubio que brillaba con los primeros rayos de luz en la mañana... y su cabeza que agrupaba los copos, dando la ilusión de tener en aquel momento una corona de un blanco celestial.

Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Aquellos ojos de color cielo que ahora poseían una chispa de orgullo y mostraban una felicidad inmensa.

–Eileen...

Quise en ese momento decir algo como “eres genial”, tal vez alguna palabra de orgullo, pero sentía que cualquier cosa que dijera no sería suficiente.

–No debes decir nada. Está bien, incluso yo me sorprendí cuando paso.

Se acercó a mí y pasó uno de sus brazos alrededor de mis hombros en ademán amistoso: “solo quería que fueras el primero en verlo”.

Asentí y ninguno dijo más.

Ambos nos quedamos contemplando aquel amanecer, sabiendo que unas horas después vendrían a castigarnos por arriesgarnos a contraer gripe con el frío.

Después alabarían a Eileen por su hazaña y disfrutarían de escuchar los aplausos y gritos de los niños que salieron a jugar con la nieve.

Para todos sería el primer día en que nevó en mucho tiempo. Pero para mí, siempre sería el día en que Eileen Zegers, me dio el mejor regalo del mundo, el invierno más hermoso y el calor de su mirada sobre la mía.

No sé qué nos depare el futuro a Eileen y a mí, pero cualquier obstáculo, lo superaremos juntos.

ENCUENTRO

por ANALÍA CELESTE VENTOS
Buenos Aires

No había mucho por decir después de aquel día, solo se miraron y se despidieron con la esperanza de olvidar ese encuentro y mirar hacia adelante.

Ella camino rumbo al sur, quizás los vientos de la Patagonia limpiaran su tristeza. Él, en cambio, corrió hacia el norte, rogando que el calor de aquellas tierras áridas, quemaran sus recuerdos.

Tanto se mintieron ese día y los siguientes, (durante diez años) que al cruzarse hoy en la calle no pudieron evitar desconocerse. Sin embargo, apenas un “Hola, ¿cómo estás?”, fue suficiente para que el pasado volviera.

Ninguno tenía nada para decir, aunque sentían tanto o más que aquel día de hace diez años atrás.

Hablaron sobre la maravillosa vida que acababan de inventarse, cada uno nombrando a su amante del momento como un gran amor. Ambos temblaban en la voz, el cuerpo, el alma, preguntándose a gritos ¿Cómo podía el pasado regresar así!?, ¿Cómo los sentimientos de tantos años olvidados volvían a estar intactos!?

Se despidieron, otra vez, con la esperanza de que fuera para siempre, con el anhelo de no volver a verse, pero ¡Dios!, como dolía el alma. Ojalá las mentiras dichas en este encuentro logren el olvido tan deseado...

–Me alegro que estés bien –dijo él. Sin mí, pensó.

–Me alegro que seas feliz – dijo ella, Sin mí, susurró para sí...

–Buena vida– dijo Mauro con la mirada perdida.

–Gracias–respondió Narel, mirando al cielo para no llorar.

Sin abrazos y con un saludo frío y distante, esta vez cada uno siguió su camino.

¡ABU! ¿ME CONTÁS UN CUENTO?

por JUAN CARLOS VIALE
Buenos Aires

–¡Abu! ¿Me contás un cuento...?

–Cecilia, es hora de ir a dormir. Mañana hay que levantarse temprano para ir al Jardín.

–¡Sí mami! Ya voy. ¡Abu! ¿Me contás un cuento? –insistió.

–¡Sí mi chiquita!

–¡Papá! No le des todos los gustos, siempre se le ocurren más cosas.

–¡Virginia! ¡Hija! Yo no le doy los gustos a ella. Me doy los gustos a mí mismo. Y me encanta observar como escucha mis cuentos.

–¿Y de dónde sacás tantos cuentos?

–De mi libreta. Ésta que llevo siempre conmigo.

–¡Pero! ¿Esa es la misma libreta de siempre?

–¡Sí!

–¿Me la prestás?

–Sí.

–¡Pero! ¿Tiene las hojas en blanco? ¿Cómo es esto?

–¡Sí! Las hojas están todas en blanco, pero llenas de imaginación. Esa misma imaginación que nos mantiene unidos a tu madre y a mí, y que es el mejor remedio contra el estrés y la depresión.

–¡Abu!

–¡Ya voy mi chiquita!

Bueno, antes de comenzar se tapa bien tapadita y abraza a su Dumbito para que le haga calor. ¿Sí?

–¡Sí, Abu!

–Ahora sí, podemos empezar:

“Había una vez una niña llamada Rosa Linda que se quedó huérfana y fue enviada a vivir con su Madrina y sus dos hijas (los únicos parientes que tenía). Y le fue mal porque ellas tenían envidia de su belleza (por eso se llamaba Rosa Linda) y la hacían trabajar muchísimo y usar ropas viejas y rotas. Un día se

enteró que el Príncipe Real organizaba una fiesta para elegir a su prometida y como ella no podía asistir se puso a llorar. Hasta que apareció un hada madrina que la transformó en princesa para que pudiera ir al baile y le advirtió que ese hechizo duraría sólo hasta la medianoche. Fue al baile y el príncipe Carlos se enamoró de su delicada belleza al punto de querer obsequiarle un anillo de brillantes, pero cuando se lo estaba por colocar en su dedo, Rosa Linda tuvo que salir corriendo porque era media noche y el hechizo terminaría... Y el príncipe se quedó muy triste sosteniendo el anillo.

Rosa Linda corrió tan asustada que se equivocó de camino, y en vez de ir en dirección a su casa tomó el sendero hacia el bosque, y se perdió...

Estaba cansada, con mucho hambre y frío; y en el recorrido se cruzó con un gato con botas. Y este se disculpó por no poder indicarle sobre un lugar para pasar la noche, pero sí la previno que tuviera cuidado porque en el bosque había un lobo malo.

Luego se encontró con dos enanitos, quienes le dijeron que les gustaría mucho ayudarla, pero ya eran muchos en su pequeña casita (en total eran siete enanitos y una niña llamada Blanca Nieves). Y también la advirtieron sobre el lobo.

Rosa Linda siguió caminando hasta que se topó con el famoso animal. Este lobo conocía muy bien el lugar porque hacía varios días que venía vigilando a la abuelita de Caperucita Roja. Y al ver sola a la niña le dijo que conocía una casita donde podría comer y dormir. Y le indicó el camino. Lo bueno fue que el lobo se equivocó al tomar un atajo (con el cual pretendía llegar él primero a la misma casa) y no pudo encontrar el lugar.

Así que Rosa Linda llegó sin problemas hasta la casa indicada y se encontró con la linda sorpresa que sus paredes estaban hechas de bizcochuelo y golosinas, los que devoró por el hambre que tenía. Pero esa casa de dulces era un hechizo de una bruja malvada, y luego de comer tanto, Rosa Linda, se quedó profundamente dormida, hechizada para siempre...

A todo esto el Príncipe Carlos, que seguía buscando a su enamorada por todo el reino, se enteró de la existencia de esta bella durmiente y fue a visitarla. Inmensa fue su sorpresa al ver que esa mujer que dormía profundamente era Rosa Linda. Sin poder contenerse se acercó hasta su lecho y le colocó aquel anillo de brillantes que guardaba para ella y así produjo el milagro... ¡La niña se despertó! Rosa Linda miró a los ojos a su héroe y entendió que amaba a ese príncipe. Y juntos fueron felices...

Y, colorín colorado, este cuento ha terminado; y mi chiquita dormidita se ha quedado.

¡Qué sueños con los angelitos...!

LA NADA

por HUGO ZADUNAISKY

Santa Fe

Y llegó, finalmente, la nada. Todo se fue diluyendo. Las voces se fueron apagando, lentamente, pero sin interrupción, hasta que las palabras se tornaron ininteligibles, inaudibles. Tal cual se lo habían advertido, dejó de oír, de preguntar, de averiguar, de comprender, de... todo. Hasta de estar. En realidad, dejó de ser, porque eso es la nada: en la nada no se es.

No hubo premios, ni castigos, ni “juicio final”; paraísos, ni purgatorios. Nada. La nada absoluta. Él no lo pudo corroborar, porque ya no era. “Muerto el perro...”; y cuando uno muere, deja de ser. No existió reencarnación ni conversión en espíritu o alma, de los que se dice que suelen volver al poco tiempo para despedirse definitivamente de los seres queridos, de los pocos que, en su caso, lo recordarían.

No permaneció flotando imperceptiblemente en el espacio durante su breve velatorio, observando la materia de su cuerpo inerte dentro del precario ataúd; ni los pocos llantos y flores, que, obviamente y como lo había vaticinado, no habría podido agradecer.

Sólo quedaron, por un corto lapso, las voces, encargadas de “limpiar la cancha pa’ los que vienen detrás” (tal y como podía leerse en uno de sus poemas), como quien sacude las migajas del mantel y las arroja sobre el piso del patio de tierra para acondicionar nuevamente, la mesa de la próxima cena y para que fueran aprovechadas por el chiviro, la calandria y el cardenal de los hermanos Cuestas.

No lo alojó nadie en una confortable nube, ni lo encadenaron dentro de ninguna celda próxima al fuego fatal del infierno. No se le apareció ningún santo vestido de blanco; ni ningún demonio salido de la Salamanca, ofreciéndole un mejor pasar en el “más acá” a cambio de su alma. Nadie le dio la bienvenida a ningún sitio, ni físico ni espiritual. Por ende, no tuvo (¿cómo iba a tener, si ya no era?) ocasión alguna de reprochar o reconocer a nadie los sinsabores o las alegrías por los que había atravesado en vida. Eso era la nada. Tan simple como... nada.

Es que, definitivamente, había muerto y cuando se muere ya no se está. El verbo “estar” desaparece, junto con todos los demás. Para estar hay que

vivir y él ya no vivía. Murió de noche, como también lo había presentado e insinuado en otro poema:

“Yo voy a morir de noche
en este mismo lugar...”

¿Y por qué “en este mismo lugar”? Pues porque, siempre, mientras vivimos, estamos en este lugar. Como cuando, de pequeño, viajaba con su padre y, al despertar de un sueño reparador mantenido durante el trayecto y preguntar “¿ya estamos acá?”, aquél le respondía, invariablemente: “Siempre estamos acá”.

Todo se confirmaba, si bien él ya no podía reparar en ello. Ni siquiera tuvo la oportunidad de enrostrarle a alguien el consabido; “¿Viste? Yo te dije...”.

Todo encajaba perfectamente con sus vaticinios. Sus íntimas, sinceras y razonadas convicciones se revalidaban, aunque lo de “perfectamente” sea sólo una manera de decir. Él nunca había pretendido la perfección. No había, jamás, experimentado ambiciones; sí deseos, sueños, quimeras; pero no ambiciones y así lo había plasmado en otro de sus numerosos poemas:

“No busco la perfección
pa’mí, ni que me la briden,
pues el día que la encuentre
sólo será pa’aburrirme.

“Yo no creo en lo perfecto,
pues lo perfecto no existe.
Perfecto dicen que es Dios.
Pero yo nunca lo vide”.

Y bueno... nada.

FIN

UNA COARTADA PERFECTA

por GABRIEL ZAS

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Parece increíble que, a la Justicia argentina se le escapen los culpables frente a sus propias narices. Muchas veces puedo pensar que la parte acusada incentiva económicamente a los jueces para que fallen en su beneficio. Pero en muchos otros casos el problema reside en la inoperancia y en la falta absoluta de idoneidad por parte de quienes la imparten. Y el brevísimo caso que pretendo exponer es una clara muestra de esto último.

Voy a mantener mi identidad al margen, porque no quiero que después me persigan por hacer público un caso sobre el que se hizo un esfuerzo muy grande para mantenerlo en las más absolutas de las discreciones. Sólo voy a aclarar que soy abogado y nada más.

El 13 de julio de 1985, Edgardo Viola fue asesinado de un disparo en la frente en su casa de Villa Mercedes, provincia de San Luis. Los vecinos lo escucharon, minutos antes del crimen, discutir fuertemente con una mujer, a la que identificaron fehacientemente como su esposa, Analía Beltrán. Según lo que declararon los propios testigos ante el fiscal del caso, el doctor Juan Manuel González, la discusión giraba en torno a una supuesta infidelidad por parte de la víctima hacia su esposa. De repente escucharon un disparo de arma de fuego y a los pocos minutos vieron huir de la escena a una mujer cuya descripción física coincidía con la de la principal sospechosa del homicidio, Analía Beltrán, aunque no alcanzaron a verle bien la cara.

El juez de Instrucción y el fiscal le tomaron declaración indagatoria y nunca creyeron ni una sola palabra de lo que declaró, por lo que se abrieron los autos de procesamiento correspondientes sin prisión preventiva y la posterior elevación a juicio.

Durante el debate, los testigos ratificaron sus declaraciones y Analía Beltrán, acusada del asesinato de su esposo, la suya. Declaró que estaba cenando con una amiga en un restaurante del centro de San Luis a las 21.20, hora oficial de la muerte. Su abogado defensor presentó el comprobante de pago con tarjeta de crédito en el que constataban la hora, la fecha, número de tarjeta, firma y DNI. Además, la supuesta amiga con la que estaba cenando en esos momentos confirmó su coartada, al igual que los mozos, el encargado

y algunos comensales que la vieron en el local gastronómico, ese día, a esa hora. El abogado defensor expuso los alegatos y arremetió contra el juez y el fiscal por haberla acusado injustamente y por no habersele tenido en cuenta su declaración durante la etapa de instrucción.

Después de deliberar durante un rato largo, el tribunal la absolvió completamente de culpa y cargo, y fue a mi propio entender el error más grande que cometieron porque lo que Analía quería precisamente era que la acusaran porque sabía que la iban a sobreseer de la causa.

Para mí está todo demasiado claro. Analía tenía una hermana gemela que le proporcionó una coartada perfecta. Analía le dio su tarjeta de crédito a su gemela para que la utilizara para pagar la cuenta en el restaurante junto con su DNI. Además, su idéntica sabía falsificar a la perfección su firma. Está hecho. Mientras su hermana cenaba en el restaurante junto con una amiga y ante la vista de un centenar de personas, Analía asesinaba a Gerardo Viola a sangre fría. Y procuró hacerse ver ante los vecinos con ciertas precauciones para que la pudieran señalar sin lugar a dudas. La Justicia nunca investigó la posibilidad de una hermana gemela.

Analía se salió con la suya: lograr que la sobreseyeran, porque en Argentina una persona no puede ser juzgada dos veces por el mismo delito, valiéndose de la complicidad de su hermana para alcanzar su objetivo y quedar impune. No tengo ninguna duda de que así se dieron las cosas realmente aunque, carezco de pruebas que respalden mi hipótesis. Tendría que hallar a su gemela y así y todo se complicaría, más aún porque el caso fue archivado y encima dentro de cinco meses la causa prescribe definitivamente. Pero, que error más estúpido que cometió la Justicia: sobreseerla en vez de dictarle la falta de mérito. Pero, ¡cuánta impertinencia junta!

SOBRE LA COMPILADORA

Sánchez, Ramona Esther

Nació en Capital Federal, 15 de enero del año 1970.

Edad 48 años

Inició sus estudios secundarios a los 39 años, culminándolos a los 41.

Ingresó a la carrera del Profesorado de Lengua y Literatura a los 42 años, cursando actualmente la última etapa.

Ha participado de seminarios y capacitaciones en Santiago de Chile

Ha iniciado su camino en la docencia.

Aficionada a la Lectura y escritura de textos literarios.

Es autora de múltiples poesías y textos que aún no han sido publicados.

En el año 2016, realizó la compilación de los textos poéticos que forman parte de la obra, “El sentir en Letras”, teniendo a su cargo su título e imagen de tapa. Además de prologarlo, sugirió las correcciones que ayudaron a resaltar el estilo narrativo de cada autor.

En el año 2016, trabajó en la compilación de cuentos y poesías que conformaron la obra “Letras del FACE”, tomo XIII, además de prologarla, hizo las sugerencias para las correcciones, respetando siempre el estilo literario de cada uno de los escritores.

En el año 2017, realizó el trabajo de compilación para la obra “De Lira Buenos Aires”, teniendo a su cargo la escritura del prólogo, imagen de tapa, título y las sugerencias de correcciones necesarias, con el único fin de exaltar la obra de cada autor.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
DINA AGUIRRE - <i>El Residente</i>	7
NELLY CRISTINA AGUIRRE - <i>Maxiquiosco-Carnaval</i>	9
MARIA DEL CARMEN ALTAMURA - <i>Mal presagio</i>	11
MARÍA CRISTINA ALTABELLI;LEONARDO DA VINCI - <i>La visión del Vitrubio</i>	13
LEONEL ALVAREZ ESCOBAR - <i>Noche de ritual y espanto</i>	15
ANDREA ARMOA - <i>Incontenible</i>	16
MARIANELA BALCARCE - <i>La casamentera</i>	18
DELIA GUADALUPE BARLASCHIAVONI - <i>Terror en primera persona</i>	20
MARÍA LOURDES BASUALDO - <i>13 de septiembre</i>	22
SUSANA BAVIO - <i>La búsqueda</i>	24
FABIAN BENASSI - <i>Sin título</i>	25
ROBERTO BOCHATAY - <i>Un par de zapatos</i>	27
ADRIÁN CESAR BORDON - <i>El Príncipe</i>	28
SEBASTIÁN BORKOSKI - <i>La solicitud</i>	30
JORGE BRISEÑO - <i>Don Hache</i>	32
JUAN ANGELBURGIO - <i>Decisión hipocrática</i>	34
MATÍAS BUSQUED - <i>Trans-figurarse</i>	36
MELISA LAURA CABELLO - <i>La Patas Negras</i>	37
DIEGO CAMPS - <i>Vacío sofocante</i>	39
CLARA CANTORE - <i>Indefensión</i>	41
LEILA CAPDEVILA - <i>El final</i>	43
ALICIA ELSA CAPECE - <i>Por siempre juntos</i>	45
ROMINA NATALIA CARAFFA - <i>Coronita cobra vida</i>	47
MOISÉS CÁRDENAS - <i>El Hada</i>	49
ELVIRA ISABEL CASCARDO - <i>Un llamado para una soledad</i>	50
EDUARDO LIONEL CATANIA - <i>El otro letrado</i>	52
PABLO CAVIGLIA - <i>El Debut</i>	54
JUANA GRISEL CAYO SIVILA - <i>La Novia de Lucifer</i>	55
SILVIA BEATRIZ CECCHI - <i>Sueño de primavera</i>	57
MARÍA MARTHA CHAPARRO - <i>Un cuento y tres finales</i>	58
AIDA VIVIANA CHARETTE - <i>La dama de agua</i>	60
JULIETA CHAVES - <i>Una Carta</i>	62

FLAVIA CIARLARIELLO - <i>El Mago</i>	64
GUSTAVO CONDANO - <i>Harapos</i>	65
MATÍAS CORBANI - <i>Viaje en colectivo</i>	67
VERÓNICA MARÍA CORES GÓMEZ - <i>La puerta</i>	69
SILVANA D. ANTONI - <i>La última bocanada</i>	71
NICOLAS DE LUCA - <i>El que Camina en el Viento</i>	73
OSCAR DELGADO - <i>El Amanuense</i>	75
JULIÁN DÍAZ - <i>Necesidad de un color</i>	77
AMELIA ESTELA ETCHEVARNE - <i>Eso querías</i>	78
MARTIN FABIANO - <i>Solo un trabajo</i>	80
RAÚL FERNÁNDEZ - <i>La extraña vida del hombre lobo</i>	82
SILVIA ALEJANDRA FERNÁNDEZ; JIM MORRISON - <i>El cuaderno de Wladislaw</i> ...	85
SILVIA SUSANA FERNÁNDEZ - <i>El encuentro</i>	87
SILVIA BLANCA FREDES - <i>La comida</i>	88
LAURA MARIEL FRIAS RODRIGUEZ - <i>La astucia del diablo</i>	90
JOSÉ OSCAR FRIGERIO - <i>¿Papá, que te pasó en ese campo de concentración donde estuviste prisionero?</i>	91
HORACIO JOSÉ FUENTES - <i>Sorpresas te da la vida</i>	93
VICTORIANA DEL CARMEN GAJARDO REBOLLEDO - <i>Voyeur</i>	95
HÉCTOR FABRICIO GALLARDO - <i>Piel de jazmines</i>	97
JOSÉ GARBER - <i>Misógino</i>	98
CARLOS GARDEY - <i>A tiempo y hora</i>	100
KARINA GARRIDO - <i>Mordaza a la mordaza</i>	101
MARIO ALBERTO GRINBERG - <i>El espejo</i>	102
ONAN NAHUEL GUERRERO - <i>Bosque de pinos</i>	104
MARÍA SOLEDAD GUZMÁN - <i>Confesiones de una triste bota en la madrugada</i>	106
JUAN DAVID JÁCOME SUÁREZ - <i>A la mierda el amor</i>	108
DAIANA AILÍN JORGE - <i>El Lienzo Mágico</i>	109
GABRIELA KOTURBASZ - <i>Las leyes y el filo</i>	111
MARIANO MIGUEL LANZI - <i>Anselmo el héroe</i>	113
MARÍA ESTHER LARTIGUE - <i>Vidas oblicuas</i>	115
ARIELLEDESMA - <i>A.C.V.</i>	118
LUCIANA MARÍA LEZCANO - <i>Hazañas</i>	120
IVÁN LÓPEZ - <i>Diario de un asesino</i>	121
MARIELA LÓPEZ - <i>María Carne</i>	123
MARCELO LÓPEZ MARÁN - <i>La causa</i>	125
FAVIO ANSELMO LUCERO - <i>Amanece al oscuro</i>	126
ELENA DEL CARMEN LUJAN - <i>Almería</i>	128
ELIDA CARMEN MANGO - <i>Momentos</i>	130

EDDY MARCOLINI PÉREZ - <i>La enfermera</i>	131
EMANUEL SEBASTIÁN HORACIO MARIN - <i>Cuando llueve</i>	133
SOLEDAD SILVINA MONTICELLI - <i>Las mañanas de Ema</i>	136
MARÍA ELENA MORRA - <i>Loco</i>	137
MARCELA MUIÑO - <i>Los niños Omega</i>	139
NÉSTOR LUIS MÜLLER - <i>Bicho de luz</i>	141
RODOLFO OSCAR NEGRI - <i>Trascendencia</i>	143
ABIGAIL NIEVA - <i>El Marinero y la Sirena</i>	146
SERGIO NUÑEZ - <i>Secretos de un hombre solo</i>	148
DIEGO OBIOL - <i>Completo</i>	149
RENATA OTTO DE TORI - <i>Luces navideñas</i>	151
ALICIA ELBA PAGANO - <i>Aguas vivas</i>	153
KAREN ALEJANDRA PARED - <i>Sombras dentro de sombras</i>	154
RUBEN PARISI - <i>Conducta de los que esperan el colectivo</i>	155
ZULEMA PIAGGIO - <i>La máquina de Juan</i>	157
RUBÉN ALBERTO PIATTI - <i>Los únicos ojos</i>	160
MACARENA PORTO FERNANDEZ - <i>¡Pata pum-pum, al suelo!</i>	161
MARÍA EVA PRESTES - <i>El hijo del Sol</i>	163
JORGE RAVAZZANI - <i>Rodeados</i>	164
GUILLERMO OSCAR RECIO - <i>El dragón de la colina</i>	167
PABLO ANDRES RIAL - <i>Oriana</i>	170
STELLA MARIS RIERA - <i>Los miedos – Profecías autocumplidoras</i>	171
RAMON JOSÉ RODRÍGUEZ - <i>El cuatrero</i>	173
SERGIO ABEL DARÍO RODRÍGUEZ - <i>Trasturdio</i>	174
ALFREDO JAVIER ROMERO - <i>El colectivo de los muertos</i>	176
VÍCTOR ANDRÉS ROSSETTI - <i>El hincha extinto</i>	178
ALEJANDRO ROSTAGNO - <i>Un pétalo de Coleridge</i>	180
FLORENCIA SABATÉ - <i>La chica de las piernas rojas</i>	182
ANA MARÍA SAINÉ - <i>Entre el mar y el corazón</i>	184
SUSANA SANTIAGO - <i>Febрил la mirada</i>	186
PAULINA LUISA SARFSON - <i>Ofensa</i>	188
MARÍA ANTONIA SASSI - <i>Las hermanas</i>	190
PATRICIA SICOULY - <i>Domingos aterradores</i>	192
MARIA BELEN SILVA - <i>Cerrojo</i>	194
CARLOS ALBERTO JESUS SUAREZ - <i>Chingolo</i>	196
FLAVIA TCHINA - <i>Colores</i>	198
ALEJANDRO TEJEIRO - <i>El probador de plazas o El delito continuado</i>	200
CARLOS JAVIER TISSERA - <i>El santo</i>	202
DANIEL TORDÓ - <i>El tesoro de Barone</i>	204
MARÍA JOSÉ TULINO - <i>Vértigo</i>	206

RAUL MARTÍN VALDEZ - <i>El mundo invisible</i>	207
L. E. VELÁZQUEZ - <i>Castigo de un suicida</i>	209
DAIANA MELISSA VELAZQUEZ ARO - <i>El primer amanecer invernal</i>	211
ANALÍA CELESTE VENTOS - <i>Encuentro</i>	214
JUAN CARLOS VIALE - <i>¡Abu! ¿Me contás un cuento?</i>	215
HUGO ZADUNAISKY - <i>La nada</i>	218
GABRIEL ZAS - <i>Una coartada perfecta</i>	220
SOBRE LA COMPILADORA.....	223

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Octubre de 2018

